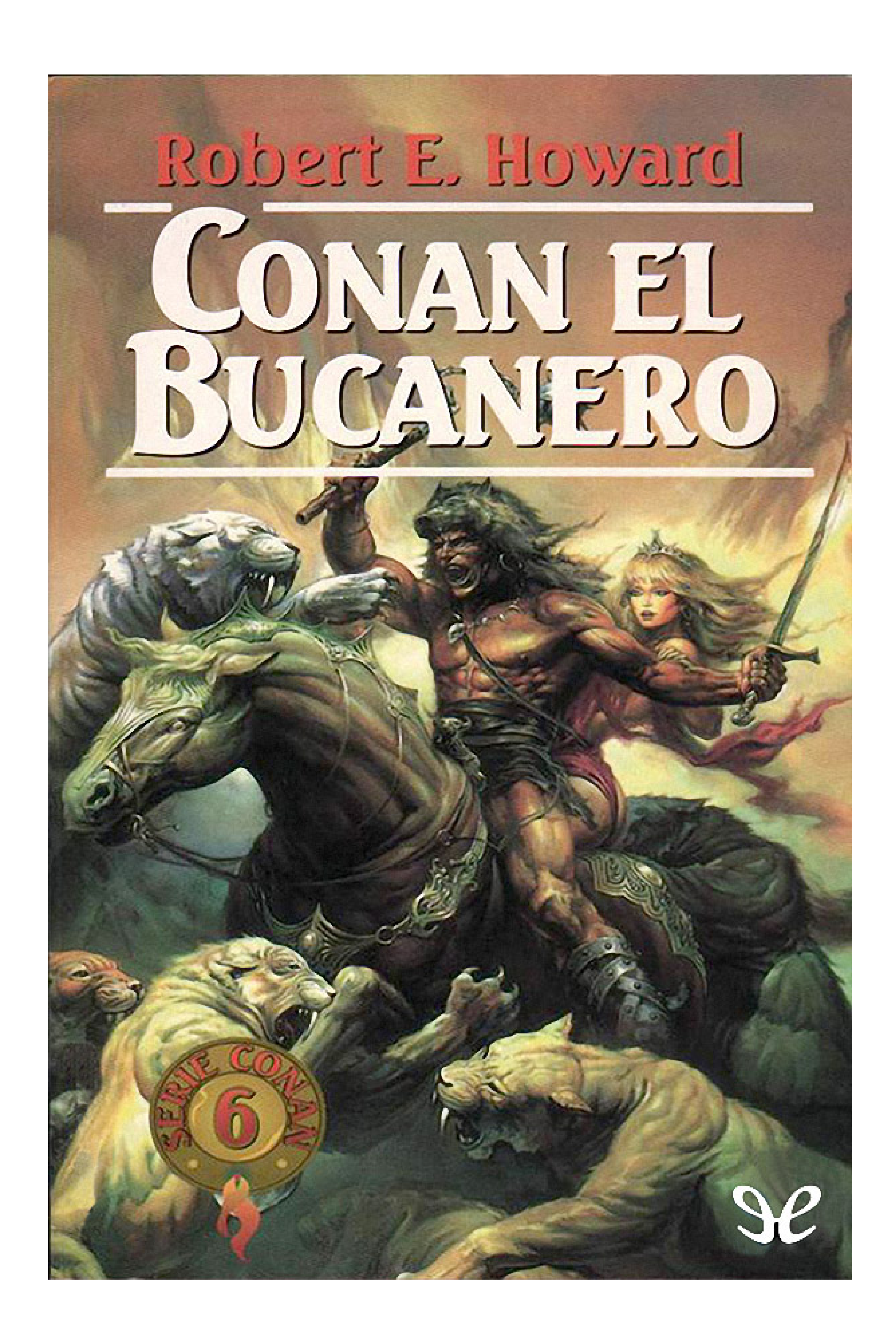

Robert E. Howard
Conan el Bucanero
Serie Conan
6

En una época anterior a la historia conocida, antes de que los continentes adoptaran su forma actual, recorrió el mundo un héroe indómito y legendario, de quien se dice que llegó a él en un campo de batalla. Su nombre era Conan.

Después de un sinfín de vagabundeos, Conan se ha establecido como corsario en el reino de Zingara. El robo de un mapa que había quedado en comprar le conduce a una intensa persecución por las costas del océano Occidental. Conan se encuentra envuelto en una conspiración que intenta derrocar al rey e implantar el culto a Set en Zingara, y que solo su intervención puede malograr. A lo largo de la Costa Negra, más allá de Estigia y de Kush, llegando incluso al reino de las amazonas, se sucede una aventura singular durante la cual Conan se enfrenta a todo tipo de peligros y al más temible de los magos estigios,
Toth-Amon
.

Esta novela fue escrita por Lin Carter y Sprage de Camp a partir de unos bocetos de Howard para un relato largo.



L. Sprague de Camp & Lin Carter

Conan el bucanero

Conan: Serie Conan - 6

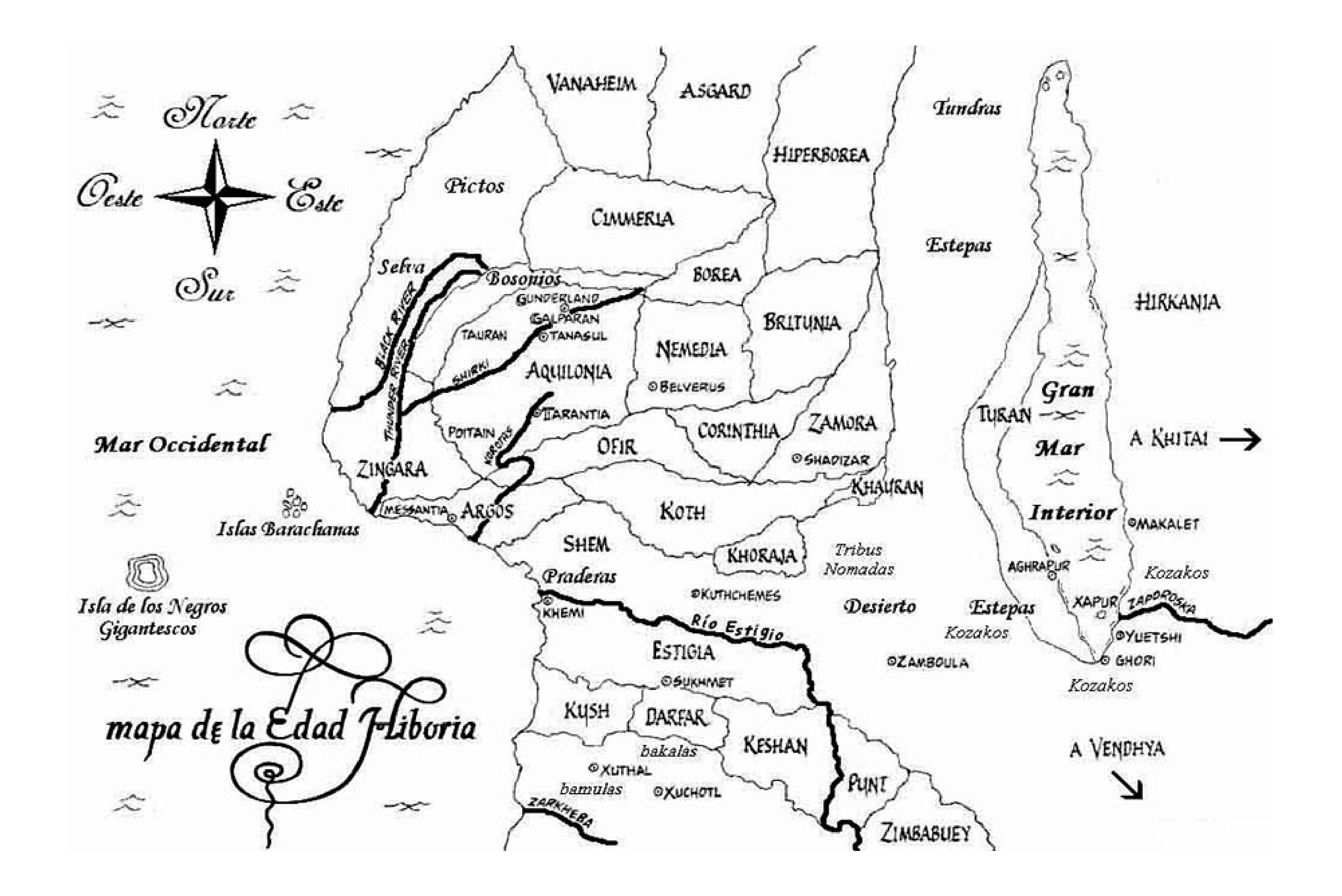
ePub r1.1

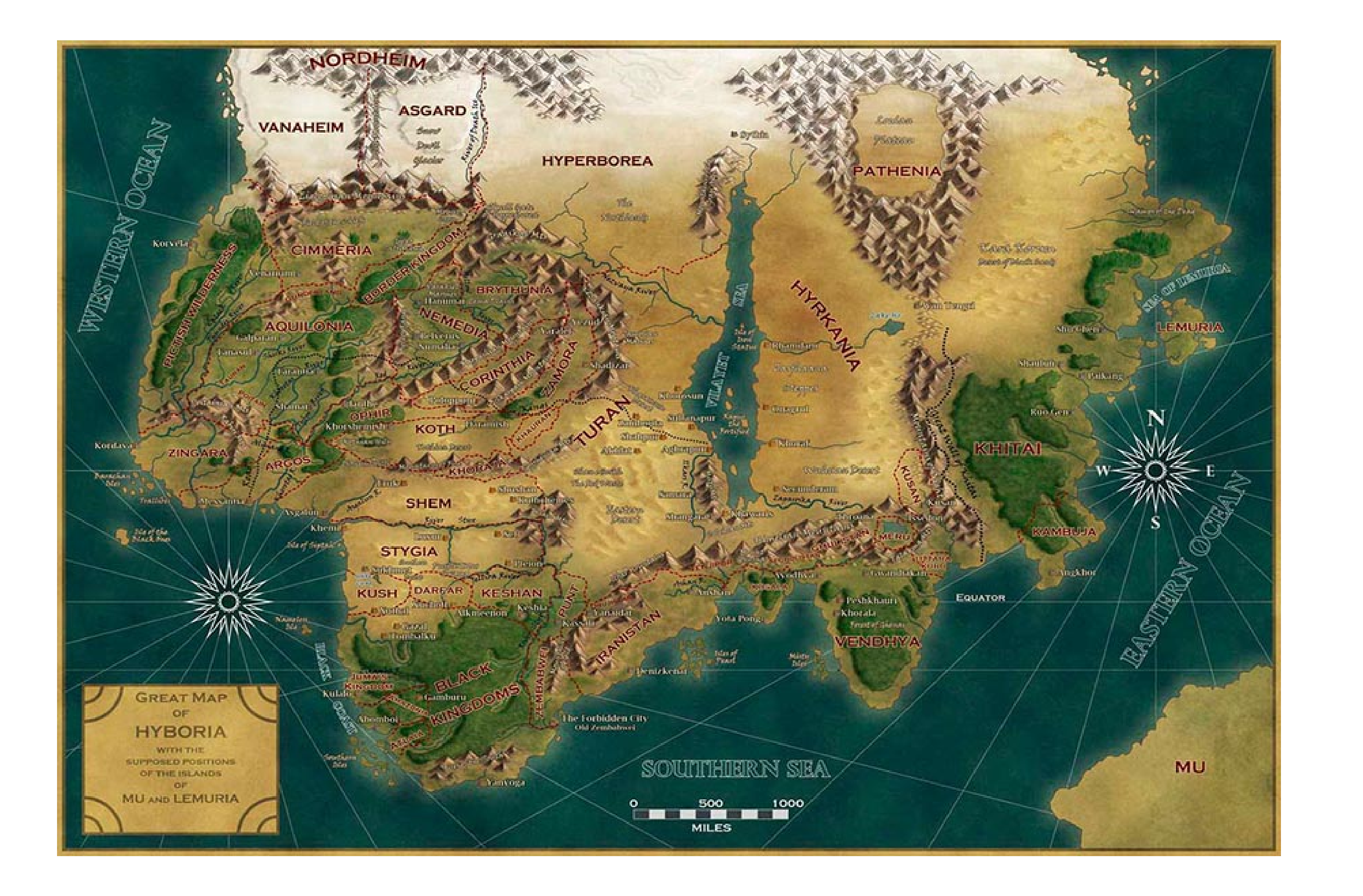
Titivillus 01.11.17

Título original: *Conan the Buccaneer*
L. Sprague de Camp & Lin Carter, 1971
Traducción: Beatriz Oberländer

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




mapa de la Edad Hiboria
Norte
Oeste
Este
Sur
Vanaheim
Asgard
Tundras
Hiperborea
Pictos
Cimmeria
Estepas
Selva
Bosonios
Borea
Gunderland
Galparan
Tanasul
Tauran
Black River
Thunder River
Shirki
Aquilonia
Nemedia
Britunia
Hirkania
Belverus
Tarantia
Poitain
Khorotas
Corinthia
Zamora
Ofir
Shadizar
Mar Occidental
Zingara
Messantia
Argos
Koth
Khauran
Islas Barachanas
Shem
Khoraja
Tribus Nomadas
Praderas
Kuthchemes
Desierto
Isla de los Negros Gigantescos
Khemi
Río Estigio
Estigia
Sukhmet
Zamboula
Kush
Darfar
bakalas
Keshan
Xuthal
bamulas
Xuchotl
Punt
Zarkheba
Zimbabuey
Turan
Gran
Mar
Interior
A Khitai
Makalet
Aghrapur
Kozakos
Xapur
Zaporoska
Estepas
Kozakos
Yuetshi
Ghori
Kozakos
A Vendhya



GREAT MAP OF HYBORIA WITH THE SUPPOSED POSITIONS OF THE ISLANDS OF MU AND LEMURIA
NORDHEIM
VANAHEIM
ASGARD
HYPERBOREA
PATHENIA
CIMMERIA
BORDER KINGDOM
BRYTHUNIA
NEMEDIA
AQUILONIA
PICTISH WILDERNESS
CORINTHIA
ZAMORA
OPHIR
KOTH
TURAN
HYRKANIA
VILAYET SEA
KHITAI
KAMBUJA
KUSAN
ZINGARA
ARGOS
KHORAJA
SHEM
STYGIA
KUSH
DARFAR
KESHAN
PUNT
ZEMBABWEI
IRANISTAN
BLACK KINGDOMS
VENDHYA
LEMURIA
MU
WESTERN OCEAN
EASTERN OCEAN
SOUTHERN SEA
EQUATOR
N
S
E
W
0
500
1000
MILES
Korvela
Kordava
Khemi
Luxur
Kulalo
Gamburu
Alkmeenon
Keshia
Yanaidar
Kassali
Yota Pong
Peshkhauri
Khorala
Angkhor
Ruo Gen
Paikang
Shaulun
Khorshemish
Tarantia
Shadizar
Khawarizm
Sultanapur
Shahpur
Aghrapur
Khoraf
Secunderam
The Forbidden City
Old Zembabwei
Yanyoga
Sythia
Zingg
Shushan
Vendhya

Introducción

Bucaneros y Magia Negra

Esta novela se desarrolla en un mundo en el que no existen la televisión, el impuesto sobre la renta, el metro, la polución, las crisis nucleares, las manifestaciones de estudiantes ni los problemas de moda femenina.

Se trata de un mundo inocente y feliz, completamente ajeno a los anuncios de detergentes, las tarifas del metro, los discursos de políticos, el café instantáneo, los cepillos de dientes eléctricos, las películas pornográficas y el movimiento de liberación de la mujer.

Nos encontramos ante un mundo que nunca existió, pero que ciertamente debería haber existido. Se trata de un universo fascinante y romántico, en el que todos los hombres son atractivos y heroicos, y todas las mujeres increíblemente hermosas y deseosas de coquetear con los gladiadores que se enfrentan en la arena. Es un mundo lleno de selvas espesas, montañas inmensas y mares transparentes, en el que las ciudades brillan con un esplendor bárbaro, las gestas gloriosas son posibles y las aventuras forman parte de la vida cotidiana. Se trata de un mundo plagado de monstruos extraños, magos siniestros y guerreros de rostros lúgubres, en el que la magia funciona y los dioses existen realmente y no solo en la imaginación de sus adoradores.

Este es el universo en el que se desarrolla un nuevo tipo de novelas que llamamos «de espada y brujería». ¡Bienvenidos a él!

Si eres uno de los pocos desafortunados que jamás ha leído una novela de espada y brujería, te espera un festín en el que solo podrás participar si deseas evadirte por unas horas de los

lamentables aspectos de la vida moderna mencionados anteriormente y estás dispuesto a entrar en un mundo fantástico e increíble. Porque las novelas de espada y brujería constituyen una lectura de evasión, sin más. No tienen ningún otro sentido oculto. No ofrecen ninguna solución práctica y prefabricada a ninguno de los numerosos problemas de la humanidad. No constituyen un «ismo» ni una «logia» vendible, ni tienen mensaje, lo que supone algo excepcional en nuestra época.

Son… pura diversión.

En la actualidad, mucha gente, incluyendo (¡ay!) a muchos colegas, autores de libros de ciencia-ficción, tiene la sensación de que de alguna manera es inmoral leer simplemente por placer. Estos eruditos dicen que un relato debe tratar temas importantes y denunciar problemas cruciales como la contaminación de los mares o la extinción del pájaro llamado «lavandera de cresta amarilla». O al menos, aconsejan estas personas, el protagonista debería ser un negro que clama por la libertad de su gente, o un homosexual que lucha por ser aceptado por la sociedad, o un joven estudiante que protesta por las injusticias del Pentágono, o un indio americano que se venga de los hombres blancos invadiendo Alcatraz.

Los problemas sociales aparecen en las novelas modernas casi con la misma frecuencia que en los titulares de los periódicos. Y esos eruditos consideran que los escritores deben abandonar su torre de marfil y salir a luchar a las barricadas.

Yo no estoy de acuerdo.

El mundo ha estado lleno de conflictos desde que el hombre se bajó del árbol e inventó la civilización. Los problemas sociales han estado a la orden del día desde la época glacial, por lo menos.

Es poco probable que esta generación, o la próxima, solucione alguno de los problemas que asolan a la sociedad. Lo que no quiere decir que debamos ignorarlos ni fingir que no existen, sino que deberíamos contemplarlos en su contexto histórico y saber que forman parte de la condición humana.

Por ejemplo, la guerra. Siempre ha habido guerras, y muy pocas de ellas han sido por causas nobles.

Y los crímenes. El crimen callejero constituye un problema terrible hoy en día. Pero ha habido crímenes en las calles desde que se inventaron las calles. Al igual que ha habido corrupción en los

cargos públicos desde su creación, si no antes.

No veo ninguna razón por la que debamos ocupar todas las horas del día dando vueltas a los males de nuestro tiempo. Al menos se debería reconocer que es divertido sentarse en un sillón cómodo en una noche de lluvia, encender una pipa, poner un vaso de Martini en la mesilla y dejarse llevar por una exótica historia de aventuras durante unas horas.

Esta necesidad existe desde que el viejo Homero, ya ciego, cantó las hazañas de valientes guerreros y bellas cautivas en unas islas de extraño encanto en medio de un mar desconocido.

Quienes ejercemos el oficio de escritores llamamos cuento «de espada y brujería» a una apasionante historia de aventuras y de acción que se desarrolla en un mundo preindustrial en el que la magia funciona y los dioses existen, a un relato que enfrenta a un heroico guerrero en una lucha cara a cara con las fuerzas sobrenaturales del mal.

Es evidente que este tipo de relatos es tan antiguo como Homero. La utilización de un argumento en el que un guerrero lucha contra monstruos malignos se remonta al relato épico anglosajón de Beowulf, en el que el príncipe lucha contra el ogro Grendel, o a la leyenda épica germana de los Nibelungos, en la que Sigfrido mata al dragón Fafnir.

No se puede negar que los elementos esenciales que forman parte de los relatos de espada y brujería son tan antiguos como la propia literatura.

Pero hoy en día nadie escribe largos poemas épicos en verso. Estos elementos narrativos fueron recuperados hace muy poco tiempo por lo que llamamos cuentos de espada y brujería.

El primer hombre que lo hizo fue un escritor de relatos de aventuras de los años treinta llamado Roben Ervin Howard, que nació en el año 1906 en la ciudad de Peaster, Texas, y vivió la mayor parte de su corta vida en Cross Plains, situada en la zona central de Texas, entre Brownwood y Abilene.

Murió en 1936, cuando yo era un niño, y no le he conocido personalmente.

Howard fue un escritor de cuentos de aventuras de la vieja escuela, que se inspiró en la gloriosa tradición de Talbot Mundy, Harold Lamb, Edgar Rice Burroughs y otros escritores de géneros

menores de esa época. En realidad, él quiso escribir historias de piratas en alta mar, o cuentos que tuvieran por escenario el África negra, o relatos de magia y de misterio en el desconocido Tíbet. Pero dado que quería publicar en *Weird Tales*, la revista dirigida por Farnsworth Wright, al igual que sus amigos H. P. Lovecraft y Clark Ashton Smith, tuvo que modificar su tendencia natural a escribir relatos de acción e incluir elementos mágicos y sobrenaturales.

Su colega Clark Ashton Smith estaba teniendo mucho éxito en la revista *Weird Tales* con una serie de cuentos que se desarrollaban en el marco exótico de civilizaciones perdidas de la más remota antigüedad como Hiperbórea y Atlantis. Estos mundos fabulosos y románticos estaban llenos de animales legendarios y fantásticos, de magos y milagros, de dioses y demonios. En esa época, su amigo Lovecraft publicaba historias sobrenaturales de horror en las que los hombres luchaban contra el mal cósmico proveniente de allende las estrellas. Eran historias bien escritas y divertidas, llenas de emociones y de escalofríos.

Howard parece haber incorporado todas esas ideas creando un estilo propio de cuentos de aventuras.

El resultado fue una serie de gran éxito de magníficas historias acerca de Conan el Cimmerio, un poderoso guerrero bárbaro que viajó por el legendario mundo prehistórico peleando, ganando batallas, ejerciendo profesiones tan modestas como las de ladrón, bandido, pirata y soldado mercenario hasta convertirse en general de un rey y llegar al trono de su propio reino.

Combinando elementos de horror sobrenatural, magia antigua y una legendaria civilización prehistórica en una historia de acción y aventuras, Howard contribuyó a crear un nuevo género en el campo de la literatura, que llamamos «de espada y brujería».

Howard sentó los cimientos de este particular terreno literario en 1932. En diciembre de ese año, la revista *Weird Tales* publicó un relato titulado *«The Phoenix on the Sword» (El fénix en la espada)*. Fue el primer relato de Conan y causó sensación. A los lectores les gustó muchísimo y pidieron más.

Howard se dedicó entonces a crear su Edad Hybórea y a relatar las aventuras de su ciudadano más famoso. No sabía que le quedaban solo cuatro años de vida.

En esos cuatro años, Howard creó una leyenda viva y palpitante.

Los lectores devoraron todos los cuentos de Conan a medida que se iban publicando, y pedían más. Hoy, treinta y nueve años después, ellos o sus descendientes siguen pidiendo más. Por ello les ofrecemos esta novela de L. Sprague de Camp y mía.

Muy pocos escritores tienen la suerte de haber creado una leyenda. Conan Doyle lo consiguió con Sherlock Holmes, Edgar Rice Burroughs lo hizo con Tarzán de los Monos y es probable que Ian Fleming haya logrado el mismo milagro con James Bond (es demasiado pronto para saberlo), pero en solo cuatro años Robert Ervin Howard de Cross Plains, Texas, creó una leyenda viva que no solo ha sobrevivido a su creador, sino también a la revista en la que apareció por primera vez y a la editorial que la publicó en su versión original.

Tal como ocurrió con Sherlock Holmes, con Tarzán e incluso con ese recién llegado a las filas de los «inmortales populares», el comandante James Bond del Servicio Secreto de Su Majestad, otros escritores no han dejado de emular a Howard, creando personajes similares a Conan.

Los primeros post-howardianos se contentaban con imitar al héroe de Howard. Tal es el caso de Henry Kuttner con sus relatos de Elak de Atlantis; la esposa de Kuttner —C. L. Moore— con sus cuentos de Jirel de Joiry, y Norvell W. Page con sus dos novelas cortas sobre Wan Tengri. Después hubo otros escritores que se inspiraron en un mundo similar a la Edad Hybórea de Howard, con la magia que le es propia, pero con personajes más originales, como Fritz Leiber con su magnífica saga de Fafhrd y el Ratonero Gris; Michael Moorcock y sus historias de Elric de Melniboné, el siniestro y maldito príncipe albino, o mi colaborador L. Sprague de Camp y sus relatos agudos, ingeniosos y divertidos acerca de la Era Pusadia, posterior al hundimiento de Atlantis.

Sprague se aficionó hace relativamente poco a las historias de Conan, mientras que yo llevo leyéndolas desde que era un adolescente. La diferencia de edad que hay entre nosotros es considerable (él es veintitrés años mayor que yo), por lo que resulta asombroso que yo haya leído y gozado de los relatos de Howard varias décadas antes de que él las conociera. Pero aunque Sprague es un entusiasta de la literatura fantástica de toda la vida, tuvo la impresión, al verla en los quioscos, de que *Weird Tales* era una

revista de historias de fantasmas, un género que nunca le gustó demasiado. Fue un ejemplar de la edición de tapa dura de *Conan el Conquistador*, que su colega Fletcher Pratt casi le obligó a leer, el que inició a Sprague en los cuentos de espada y brujería. Una vez que comenzó a leerlos, no hubo forma de detenerlo: se convirtió en un ávido lector y en un entusiasta del género, y cuando descubrió que existían historias de Conan sin publicar y, en algunos casos, sin terminar, que se encontraban en forma de manuscrito en diversas ciudades de nuestro país, consiguió localizarlas, las completó, las revisó y las publicó con la ayuda de Glenn Lord, el albacea literario de las obras de Howard.

Mientras tanto, yo dejé de ser un adolescente, estuve en el servicio de infantería en Corea y me fui a vivir a Nueva York para participar en algunos cursos de creación literaria en la Universidad de Columbia. En el año 1965 comencé a publicar novelas. La primera se llamó *The Wizard of Lemuria (El hechicero de Lemuria)*, que ha sido descrita, generosamente, como «el resultado de una explosiva combinación de Howard y Burroughs».

Mi primera novela acerca de Lemuria fue el principio de una serie de seis y, además de estas historias de Thongor el Poderoso, el rey-guerrero bárbaro de la remota Lemuria, he escrito seis o siete novelas más de espada y brujería.

Nuestro entusiasmo por la literatura fantástica en general y por la fantasía heroica en particular permitió que Sprague y yo nos encontráramos en varias convenciones de ciencia-ficción e hizo que mantuviéramos una larga correspondencia. En el año 1967 completé y preparé para su publicación un libro de relatos de Howard titulado *Rey Kull*, que consistía en una serie de narraciones de espada y brujería acerca de un salvaje atlante llamado Kull.

Ese mismo año, Sprague me invitó a colaborar con él en «algunas historias de Conan que servirían para llenar las lagunas existentes en los relatos», y hemos seguido trabajando juntos desde entonces.

Colaborar con L. Sprague de Camp ha sido y sigue siendo una experiencia fascinante y un inmenso placer (yo he leído a Sprague de Camp en mi adolescencia). Es muy interesante conocer cómo funciona su mente y cómo elabora un relato. Me gustaría creer que he aprendido algo como escritor al verlo trabajar, porque se trata de

uno de los más grandes maestros vivos del oficio, y he aprendido muchísimo trabajando con él.

Esta novela de bucaneros y de magia negra es, de acuerdo con la secuencia interna de la saga, el sexto volumen de las aventuras de Conan. La historia sirve para cubrir un período un poco confuso en la biografía de Conan —los dos años en los que vivió como bucanero en Zíngara—. También hemos utilizado este libro para fortalecer la coherencia interna de la saga: aquí aparece por primera vez el simpático Sigurd, que reaparece en el duodécimo y último libro de la serie, titulado Conan de las islas.

Aquí reaparece también uno de los viejos amigos de Conan, el fiel guerrero negro llamado Juma de Kush, que apareció por primera vez en el cuento titulado «*La ciudad de las calaveras*», en el primer libro de la serie titulado Conan. También hemos querido contribuir a la lógica interna de la saga en su conjunto presentando aquí al personaje llamado Zarono, que aparece por primera vez en la serie (y que vuelve a aparecer en el relato titulado «*El tesoro de Tranicos*», en el octavo volumen titulado *Conan el Usurpador*), y utilizando como supremo villano al magnífico Príncipe de los Magos,
Toth-Amon
de Estigia, que aparece con frecuencia en distintos momentos de las historias de Conan. El cimmerio, dicho sea de paso, tiene ahora unos treinta y siete o treinta y ocho años.

Howard publicó en vida dieciocho cuentos de Conan. Otros ocho, desde manuscritos completos hasta meros fragmentos y bosquejos, han sido descubiertos después de su muerte entre sus papeles. El equipo formado por De Camp y Carter ha agregado ocho relatos más, de los cuales dos constituyen novelas, sin contar «*La mano de Nergal*» (de Howard y Carter) y «*El hocico de la oscuridad*» (de Howard, De Camp y Carter). Es probable que Sprague (trabajando sucesivamente en colaboración con Howard, conmigo o con Björn Nyberg) haya escrito más historias de Conan que las que Howard escribiera originalmente.

Pero el final está cerca.

No el fin del propio Conan, por supuesto.

Él seguirá viviendo. Estos libros seguramente se seguirán publicando durante mucho tiempo.

Además, Conan se ha convertido en un personaje de cómic con varias revistas propias (véase *Conan el bárbaro* y *La espada salvaje de Conan*, publicadas por Marvel). Hollywood ha descubierto también al valiente e imperecedero cimmerio. Estuvimos negociando con un productor durante un año, y hubo otras ofertas de gente de cine. Ya hay una película y seguramente habrá más en los invisibles túneles del tiempo.

Y los lectores siguen pidiendo más…

Lin Carter
Hollis, Long Island, Nueva York

Prólogo

Sueño de sangre

La princesa Chabela se despertó dos horas antes de medianoche. Una transparente colcha cubría el cuerpo desnudo de la hija del rey Ferdrugo de Zíngara mientras yacía en el lecho temblando y con todos los músculos de su cuerpo tensos. Estaba a oscuras y sintió un escalofrío de terror a causa de una terrible premonición. Fuera, la lluvia repiqueteaba sobre el techo del palacio. ¿Qué habría en aquel oscuro y espantoso sueño de cuyas sombrías tenazas había escapado su alma?

Ahora que todo había terminado, apenas recordaba los detalles. Todo era oscuridad, y en medio de ella había unos ojos malignos que la miraban; vio el brillo de unos cuchillos, y sangre. Sangre por todas partes: en las sábanas, en el suelo de mármol, filtrándose por debajo de la puerta… ¡una sangre roja y viscosa que manaba en abundancia!

Chabela, temblando, hizo un esfuerzo por alejar su mente de aquella morbosa sensación. El resplandor de una pálida luz nocturna le llamó la atención. Procedía de una fina vela de cera que ardía sobre una cómoda que había en el otro extremo de la estancia. Encima de la pequeña cómoda había también un pequeño icono de Mitra, el Señor de la Luz, dios principal de Kordava. El impulso de buscar una ayuda sobrenatural hizo que Chabela se pusiera de pie sobre el suelo de mármol, temblando. Con su voluptuoso cuerpo envuelto en la transparente colcha, cruzó la alcoba y se arrodilló ante el ídolo. Sus cabellos, negros como la noche, le caían sobre los hombros como una catarata de ébano brillante.

Encima de la cómoda había un pequeño incensario de plata. Lo destapó y dejó caer unos polvos sobre la titilante llama. El aire se llenó inmediatamente con un aroma de nardos y de mirra.

Chabela entrelazó las manos y se inclinó como si se dispusiera a rezar, pero de su boca no salió ni una sola palabra. Su mente era un caos. A pesar de sus esfuerzos, no pudo lograr el sereno dominio interior necesario para que su oración fuera eficaz.

Recordó que desde hacía muchos días un terror sombrío llenaba el palacio. El viejo rey parecía distante, distraído, preocupado por problemas que ella ignoraba. Había envejecido asombrosamente, como si un vampiro fantasmagórico le hubiera bebido la vitalidad. Algunos de los decretos que dictaba no parecían escritos por él ni estaban de acuerdo con su forma habitual de gobernar. Había momentos en que el espíritu de otra persona parecía asomarse por sus cansados ojos, hablar con su tono de voz lento y áspero, o garrapatear una firma temblorosa sobre los documentos que dictaba. Parecía absurdo, pero era evidente que estaba ocurriendo algo extraño. ¡Y después, aquellos terribles sueños de cuchillos, de sangre y de ojos que la miraban fijamente, en los que extrañas sombras la espiaban y musitaban palabras ininteligibles!

Súbitamente se le despejó la mente, como si un viento fresco se hubiese llevado la bruma que envolvía sus pensamientos. Descubrió que podía darle un nombre al hechizo maligno que la oprimía.

Era como si una fuerza oscura luchara por dominar su mente.

Se sintió invadida por el horror. Un sollozo sacudió su magnífico cuerpo. De su pecho joven surgieron profundos suspiros. Luego se dejó caer boca abajo ante el pequeño altar. Sus negros cabellos se deslizaron suavemente sobre el suelo de mármol. Luego rezó:

—¡Mitra, defensor de la Casa de Ramiro, señor de la piedad y de la justicia, castigador de la depravación y de la crueldad, ayúdame en esta hora angustiosa! ¡Dime lo que tengo que hacer, te lo suplico, poderoso Señor de la Luz!

Se puso de pie, abrió la caja dorada que había junto al incensario y extrajo una docena de finas varillas de madera de sándalo. Algunas eran cortas y otras más largas, unas eran curvas y otras rectas y planas.

Las arrojó al azar sobre el suelo, delante del altar. El sonido de las varillas sagradas cayendo rompió el profundo silencio que

reinaba en la habitación.

La muchacha examinó durante un momento la disposición de las varillas, y abrió los ojos con espanto.

Las varillas habían formado la palabra T-O-V-A-R-R-O.

La muchacha repitió el nombre en voz baja:

—Tovarro… Ir con Tovarro…

Sus oscuros ojos brillaron con decisión.

—¡Lo haré! —dijo para sí—. Le pediré al capitán Kapellez que me acompañe.

Mientras se movía por la habitación, el resplandor de los relámpagos iluminaba intermitentemente la escena. La joven tomó algunas ropas que había en un cofre. Luego cogió un cinto con una espada envainada, se puso una capa y salió apresuradamente de la alcoba.

Mitra contemplaba la escena con ojos vidriosos. ¿Es posible que hubiera un leve brillo de inteligencia fantasmagórica en aquella mirada? ¿Y una ligera expresión de grave misericordia en aquellos labios esculpidos? ¿Sería la voz del dios la que hablaba a través de aquel lejano trueno? Imposible saberlo.

Sin embargo, al cabo de una hora, la hija de Ferdrugo había abandonado el palacio. Y ese fue el comienzo de una serie de acontecimientos fantásticos que reunirían en los confines del mundo conocido a un poderoso guerrero, a un mago temible, a una orgullosa princesa y a los dioses antiguos en una extraña y misteriosa confrontación.

1. Una antigua costumbre zingaria

Se había levantado viento, arrastrando tras de sí fuertes ráfagas de lluvia. En esos momentos, después de medianoche, el húmedo aire del mar ululaba a través de los callejones empedrados que partían del puerto. También hacía oscilar los carteles de madera que había encima de las puertas de las tabernas y posadas. Unos perros sin dueño se encogían, temblorosos, en los umbrales de las puertas, protegiéndose del viento y de la lluvia.

A esa hora había muy pocas luces en las casas de Kordava, capital del reino de Zíngara, situado a orillas del Océano Occidental. Densas nubes ocultaban la luna y cruzaban el cielo como fantasmas.

Todo estaba a oscuras; era aquella hora de la noche en la que los hombres de mirada dura hablaban en voz baja acerca de traiciones y de robos, la hora en la que enmascarados asesinos penetraban en las habitaciones en penumbra con dagas envenenadas en sus manos enguantadas. Una noche propicia para la conspiración y para el asesinato.

De vez en cuando se oía el sonido metálico de las espadas por encima del ruido del viento y de la lluvia. Un destacamento de la guardia nocturna —seis hombres con botas altas y capas, sombreros inclinados sobre la frente contra el mal tiempo, y picas y alabardas sobre los hombros— caminaba por las calles desiertas de la ciudad. No hacían ruido, excepto algún comentario en voz baja, en lengua zingaria. Miraban a derecha e izquierda buscando puertas o ventanas forzadas. Estaban atentos a cualquier ruido sospechoso. Y seguían caminando, pensando en la jarra de vino que beberían en cuanto terminaran la ronda.

Cuando el grupo pasó junto a un establo abandonado cuyo techo había caído a medias en el interior, cobraron vida dos figuras

sombrías que hasta ese momento habían permanecido completamente inmóviles. Una de ellas sacó una pequeña linterna que llevaba debajo de la capa. El débil rayo de luz iluminó una parte del establo.

El hombre de la linterna se inclinó y apartó con una mano el polvo y la paja sucia, y dejó al descubierto una trampilla de piedra. De esta colgaba una cadena corta, cuyo extremo terminaba en una anilla de bronce. Los dos hombres cogieron la anilla y tiraron de ella. La trampilla se levantó con un crujido de goznes sin engrasar. Luego las dos figuras desaparecieron por la abertura y la trampilla de piedra volvió a su posición anterior con un ruido seco.

En medio de la oscuridad se veía una estrecha escalera de piedra en espiral, apenas iluminada por la luz de la linterna. Los peldaños eran muy viejos y estaban desgastados por el uso. Por otro lado, el musgo y la humedad los hacían peligrosamente resbaladizos. En el ambiente flotaba un olor a moho.

Los dos hombres de la capa negra bajaron por la escalera con pasos quedos. Unos antifaces de seda ocultaban sus rostros. Fueron descendiendo lentamente como fantasmas, mientras una húmeda brisa marina, procedente de los corredores que había más abajo —túneles secretos conectados con el mar abierto— levantaba sus capas, que parecían las alas de un gigantesco murciélago.

Mucho más arriba, en la ciudad dormida, las torres del castillo de Villagro, duque de Kordava, se recortaban contra el sombrío firmamento. Había pocas luces en las altas y estrechas ventanas, ya que muy pocos de sus moradores estaban despiertos a esas horas.

Debajo de aquel edificio había un hombre sentado estudiando antiguos pergaminos a la luz de un alto candelabro dorado cuyos brazos parecían serpientes entrelazadas.

No se había reparado en gastos para convertir aquella habitación en un lujoso salón. Los muros de piedra húmeda y áspera estaban ocultos por tapices bordados. Las frías losas del suelo estaban cubiertas con una gruesa y suave alfombra de varios colores —escarlata, oro, esmeralda, azul y violeta—, con diseños vendhios. Sobre una mesa de madera con sensuales figuras desnudas talladas en relieve había una bandeja de plata con vino de Kiros en un frasco de cristal, y frutas y pastas en cuencos de plata.

La mesa de trabajo ante la cual estaba el hombre leyendo era

enorme y estaba tallada según el estilo de la Aquilonia imperial. Un tintero de cristal y oro sostenía una pluma de pavo real, y una fina espada descansaba sobre la mesa como pisapapeles.

El hombre era de mediana edad, tal vez de unos cincuenta años, pero se veía delgado y elegante.

Vestía unos estrechos pantalones de seda negra y llevaba zapatos de cuero de Kordava magníficamente trabajados, con enjoyadas hebillas que brillaban cuando golpeaba impacientemente sobre la espesa alfombra con la punta del pie.

Sobre su ancho torso llevaba una levita de terciopelo de color turquesa y las mangas, abombadas y abiertas en los extremos, tenían un forro de satén de color melocotón. Sobre sus muñecas caía un exquisito encaje blanco. Una enorme sortija centelleaba en cada uno de los dedos de sus cuidadas manos.

La edad del hombre se reflejaba en sus fláccidas mejillas y en las bolsas que tenía bajo los ojos negros y vivaces. Era evidente que había intentado, en vano, ocultar su edad, ya que los cabellos cuidadosamente peinados que le caían sobre los hombros estaban teñidos. Una suave capa de polvos suavizaba las líneas de su aristocrático rostro. Pero los cosméticos no conseguían ocultar la piel envejecida y la carne descolorida que tenía debajo de los ojos, de expresión dura, así como en el cuello.

Con una de sus enjoyadas manos jugueteaba con los pergaminos… Se trataba de documentos oficiales con sellos de oro y carmesí y cintas de diversos colores, escritos con una letra muy barroca. El nervioso movimiento del pie y las frecuentes miradas al elegante reloj de agua que había en la cómoda delataban su impaciencia. También miraba de vez en cuando hacia un pesado tapiz que había en un rincón de la habitación.

Detrás del hombre había un esclavo kushita de pie, con los brazos cruzados sobre su desnudo pecho.

De los alargados lóbulos de sus orejas colgaban unos aros de oro. La luz de las velas se reflejaba sobre su espléndido torso. De un ancho cinto de color carmesí colgaba una enorme cimitarra.

Se oyó un suave sonido metálico proveniente del reloj de agua. Eran las dos de la madrugada.

Farfullando una maldición, el hombre de la mesa arrojó a un lado el pergamino que estaba estudiando. En ese momento el

pesado tapiz se abrió para dejar paso a dos hombres con capas y antifaces negros. Uno de ellos llevaba una pequeña linterna. La luz del candelabro se reflejó en las capas mojadas de los recién llegados.

El hombre que estaba sentado había apoyado una mano sobre la empuñadura de la espada que se encontraba sobre la mesa, mientras que el kushita acariciaba su cimitarra. Cuando los dos individuos entraron en la habitación y se quitaron los antifaces, el hombre de la mesa exhaló un suspiro de alivio.

—Está bien, Gomani —le dijo al negro, que cruzó los brazos sobre el pecho y volvió a su actitud indiferente de antes.

Los dos enmascarados dejaron caer sus capas al suelo y luego se inclinaron ante el hombre que estaba al lado de la mesa. El primer individuo echó hacia atrás la capucha de su oscura túnica y dejó al descubierto un cráneo afeitado o calvo, un rostro de halcón y una boca de labios finos. Entrelazó ambas manos sobre el pecho y se inclinó una vez más.

El otro hombre dejó la linterna en el suelo e hizo una graciosa reverencia, trazando un amplio arco con su emplumado sombrero. Luego murmuró:

—¡Mi señor duque!

Cuando se volvió a incorporar, apoyó una mano sobre la enjoyada empuñadura de una larga espada.

Entonces se vio que era un hombre alto, esbelto, de cabellos negros y rostro de rasgos afilados, como el de un perro de caza. Sus bigotes negros estaban tan bien arreglados que parecían pintados. De toda su persona exhalaba una gentileza espúrea: un toque extravagante con algo de pirata.

Villagro, duque de Kordava, le echó una mirada de hielo al delgado zingario.

—Patrón Zarono, no estoy acostumbrado a esperar —dijo.

El hombre se volvió a inclinar con cortesía.

—Mil perdones, Excelencia; ni por las bendiciones de todos los dioses quisiera haberos molestado.

—¿Entonces por qué llegáis media hora tarde?

El hombre hizo una mueca de disculpa y se excusó diciendo:

—Por casi nada, una tontería…

El hombre de la cabeza rapada terció:

—Una pelea de taberna, señor duque.

—¿Una riña en una vulgar taberna? —preguntó el duque—. ¿Acaso has perdido el juicio, estúpido? ¿Cómo ocurrió eso?

Enrojeciendo violentamente, Zarono miró al sacerdote con rabia. Este lo contempló impasible.

—Fue una tontería, Excelencia, nada que valga la pena contar.

—Seré yo quien decida eso, Zarono —dijo el duque—. Existe la posibilidad de que seamos traicionados. ¿Estás seguro de que eso, bueno… de que eso no ha sido una interrupción intencionada?

Las manos del duque se apoyaron sobre una carta que había en la mesa. Lo hizo con tanta fuerza que los nudillos de su mano se pusieron blancos.

Zarono rio entre dientes.

—Nada de eso, mi señor. Quizá hayáis oído hablar de un bárbaro llamado Conan, que ocupa un alto cargo a pesar de ser un hijo de perra cimmerio.

—No conozco en absoluto a ese bribón. Continúa.

—Como decía, la cosa no tuvo la menor importancia. Al entrar en la posada de las Nueve Espadas, donde estaba citado con el santo Menkhara aquí presente, vi que estaban asando carne en el fuego, y puesto que no había comido nada desde el amanecer, decidí matar dos pájaros de un tiro. Y dado que un hombre de mi linaje no puede perder el tiempo esperando, llamé a Sabral, el tabernero, y le ordené que me sirviera aquella carne asada. Entonces, ese estúpido cimmerio osó oponerse, alegando que era su comida. Naturalmente, no es de esperar que un caballero acepte que se dé preferencia a un individuo como ese…

—¿Qué ocurrió? Al grano —dijo el duque.

—Hubo una breve discusión, y de las palabras pasamos a los hechos…

Zarono emitió un sonido ininteligible cuando se tocó una oscura magulladura que tenía debajo de un ojo, y agregó:

—Ese individuo es fuerte como un toro y, aunque parezca poco modesto, también yo dejé marcado su feo rostro. Antes que pudiese demostrar a ese zafio cuál era el temple de mi acero, el tabernero y algunos de sus clientes nos separaron, no sin esfuerzo, y aun fueron necesarios cuatro o cinco hombres para cada uno. Mientras tanto llegó el santo padre Menkhara y se dedicó a calmar nuestra furia.

En fin, que con una cosa y otra…

—Entiendo. Probablemente haya sido un simple accidente. Pero, de todos modos, deberías saber que hay que evitar ese tipo de problemas. ¡No lo consentiré más! Y ahora, al grano. Supongo que este hombre es…

El zingario se retorció el bigote y dijo:

—Perdón por mis modales, Excelencia. Os presento al santo Menkhara, sacerdote de Set, a quien convencí para que tomara parte en nuestra importante empresa y que, en estos momentos, trabaja diligentemente por la causa.

El hombre de la cabeza afeitada cruzó las manos y se inclinó. Villagro asintió cortésmente con un movimiento de cabeza.

—¿Por qué insiste en una entrevista personal, santo padre? —preguntó el duque con soberbia—. Prefiero trabajar por intermedio de agentes como Zarono. ¿Acaso algo no va bien? ¿No es suficiente la recompensa que te he ofrecido?

Los ojos vidriosos del calvo estigio lanzaron extraños destellos. Luego adoptó una expresión de indiferencia y repuso:

—El oro no tiene importancia, pero, aun así, hemos de sustentar la carne en este mundo. Nuestro culto sabe que el universo no es más que ilusión, una máscara que cubre el rostro desnudo del caos…

»Pero… perdonadme, Excelencia. Los discursos teológicos son habituales en mi tierra, pero mi presencia aquí se debe a una costumbre de la vuestra, ¿no es así?

El estigio esbozó una sonrisa, indicando que acababa de decir algo ingenioso.

El duque Villagro enarcó una ceja inquisitivamente, y Menkhara siguió diciendo:

—Me refiero al plan de Su Excelencia para obligar al amable, pero senil, rey Ferdrugo a que os conceda la mano de la princesa Chabela antes de que ese pobre monarca abandone para siempre la Tierra. Así, pues, con mis anteriores palabras me refería al conocido refrán que dice que «la conspiración y la traición son costumbres venerables en Zíngara».

La mueca que hizo Villagro demostró que no consideraba muy ingenioso el comentario.

—Sí, sí, sacerdote, eso ya lo sabemos. Pero ¿qué novedades hay?

¿Cómo va esa lucha por captar la mente de, digamos, vuestro objetivo?

El estigio se encogió de hombros.

—No demasiado bien, mi señor. La mente de Ferdrugo puede dominarse fácilmente porque está viejo y enfermo. Sin embargo, he tropezado con un problema.

—¿Cuál?

—Cuando tenga al rey bajo el dominio de mi voluntad podré manejarlo perfectamente. Puedo obligarlo a que os conceda la mano de la princesa, pero ella —supongo que con razón, dada la diferencia de edad— protesta.

—¡Entonces procura controlar su mente, estúpido! —bramó Villagro, molesto por la alusión a su edad.

—Lo he intentado esta misma noche —repuso—. Mi espíritu llegó hasta la princesa, entrando en sus habitaciones e introduciéndose en sus sueños. Es joven, fuerte y está llena de vida. Con enorme dificultad logré dominar su cerebro, pero aun cuando mi sombra le habló a su alma dormida, sentí que mi control sobre la mente del anciano rey desaparecía. Dejé rápidamente a la joven para volver a dominar al padre. La muchacha se despertó aterrada, aunque no recuerda ninguna de mis sugerencias.

Sin embargo, creo que la alarmé bastante. Y ese es el problema. No puedo dominar al rey y a la princesa al mismo tiempo.

El sacerdote calló al ver el fuego que brillaba en los ojos del duque.

—¡Entonces has sido tú, perro asqueroso! —bramó Villagro.

La sorpresa y la alarma se reflejaron en los ojos indiferentes del estigio.

—¿Qué queréis decir, señor? —musitó.

Zarono hizo la misma pregunta casi al mismo tiempo.

El duque profirió un juramento y dijo:

—¿Es posible que mi inteligente espía y mi agudo hechicero ignoren lo que es de dominio público? ¿Acaso ninguno de vosotros, idiotas, sabe que la princesa ha desaparecido? ¿Y que nuestros planes no han servido de nada?

El duque Villagro lo había planeado todo minuciosamente. El rey Ferdrugo era un hombre decrépito y enfermo. Para asegurar una pacífica sucesión, la princesa Chabela debía casarse pronto. ¿Quién

mejor que Villagro para aspirar a su mano y seguirla al trono, puesto que era viudo desde hacía muchos años y, después del rey, el hombre más rico y poderoso del reino?

En una reunión que tuvo lugar en los sótanos de su antiguo castillo, Villagro estableció su plan de acción. El pirata Zarono, de noble linaje pero con un pasado oscuro, se había alistado a su causa. El duque le encomendó la tarea de buscar a un hechicero que, además de tener pocos escrúpulos, pudieran ejercer influencia sobre la mente y la voluntad del anciano monarca. Para esa misión, el agudo Zarono había elegido a Menkhara, sacerdote-hechicero del prohibido culto estigio de Set. Sin embargo, la huida de Chabela echaba por tierra los planes de Villagro. ¿De qué serviría dominar la mente del rey si la princesa no estaba presente para contraer matrimonio?

Con un dominio personal realmente extraordinario, Menkhara fue calmando poco a poco al excitado Villagro.

—Perdonadme una vez más, Excelencia —dijo—, pero mi modesto dominio de las ciencias ocultas pronto me revelará el lugar donde se encuentra la princesa.

—Entonces, actúa pronto —repuso Villagro secamente.

Bajo las órdenes del sacerdote, Gomani, el esclavo kushita, se acercó hasta una celda de tortura próxima y extrajo de ella un trípode de bronce y un poco de carbón. Luego apartó la alfombra, dejando al descubierto el suelo de piedra. Acto seguido, el sacerdote tomó un trozo de tiza de color verde luminoso que llevaba en la túnica y trazó en el suelo un dibujo circular parecido a una serpiente mordiéndose la cola.

Mientras tanto, el kushita encendió un fuego debajo del trípode, y poco después comenzó a arder el carbón.

El sacerdote vertió sobre el carbón encendido un aromático líquido verde que tenía en un pequeño frasco. El aroma llenó inmediatamente la habitación. Unas espirales de humo de color verde pálido ascendieron hacia el techo abovedado.

El hechicero tomó asiento dentro del círculo trazado con la tiza verde. Luego se apagó la luz del candelabro y la habitación se sumió en una siniestra semioscuridad. Quedaban solo tres fuentes de luz: el rojo resplandor de los carbones que había debajo del trípode, el círculo en forma de serpiente que había en el suelo y los

amarillentos ojos del brujo, que brillaban como los de un animal nocturno.

Entonces se oyó la voz del estigio que decía:

—¡Iao, Setesh… Setesh, Iao! ¡Abrathax kuraim mizraeth, Setesh!

Las sibilantes y ásperas palabras adquirieron poco a poco un tono muy bajo, luego formaron un simple murmullo y finalmente dejaron de oírse. El único ruido que se oía en la habitación era el de la lenta y rítmica respiración del estigio Al entrar en trance, sus ojos amarillentos quedaron ocultos por los párpados.

—¡Por Mitra! —exclamó Zarono, asombrado.

La mano del duque, crispada sobre su brazo, le hizo guardar silencio.

Las espirales de humo se retorcieron más y luego adoptaron la forma de una luminosa nube de color jade. En medio del vapor se destacaban retazos de luz y de oscuridad. Entonces, el duque y Zarono contemplaron una escena vivida dentro de la nube. Había una pequeña embarcación que cruzaba el mar en plena noche. En la cubierta de proa había una joven de pie cubierta con una capa, que el viento ceñía contra su cuerpo…

—¡Chabela! —musitó Villagro.

Como si la exclamación del duque rompiera el encanto, la brillante nube se fragmentó y desapareció.

Los carbones encendidos se apagaron con un fuerte siseo. El hechicero cayó hacia adelante, golpeándose la cabeza afeitada contra el suelo.

—¿Dónde está la princesa? —le preguntó Villagro a Menkhara cuando el brujo volvió en sí, después de haber bebido un buen trago de vino.

El estigio reflexionó.

—Leo el nombre de Asgalun en su mente. ¿Conocéis alguna razón por la cual ella pueda dirigirse a Asgalun, Excelencia?

—Allí está Tovarro, el hermano del rey —respondió el duque—. Viaja como embajador de una ciudad shemita a otra, pero ahora se encuentra allí ¡Ya lo entiendo! Chabela va a ver a Tovarro para que regrese a Kordava. Y con ese individuo aquí, solo los dioses saben qué sería de nuestros planes.

Bien, ¿entonces qué se puede hacer si no eres capaz de dominar al mismo tiempo la mente del rey y la de la princesa?

Zarono extendió una mano hacia la bandeja de plata y musitó:

—Con el permiso de Su Excelencia.

Ante el gesto de aprobación del duque, Zarono se sirvió una fruta y luego dijo:

—Quizá debamos contratar los servicios de otro hechicero.

—Eso suena bien —dijo el duque—. ¿A quién sugieres, sacerdote?

El estigio reflexionó un momento y dijo:

—El jefe de mi orden, el mago más poderoso del mundo, es el gran Toth-Amon.

—¿Dónde vive ese Toth-Amon?

—En su Estigia natal, en el oasis de Khajar —repuso Menkhara—. Sin embargo, he de advertir a Su Excelencia que el talento de Toth-Amon no se puede comprar con oro.

El brujo se detuvo y esbozó una sonrisa antes de proseguir:

—El oro compra a hombres pequeños como yo, pero Toth-Amon es un verdadero príncipe de la magia. Quien domina los espíritus de la Tierra no tiene necesidad de oro ni de riquezas materiales.

—Entonces, ¿qué es lo que lo puede tentar?

—Toth-Amon solo acaricia un sueño. Hace siglos, aquí, en estos reinos occidentales, los cultos a Mitra y a mi propio dios, Set, eran las religiones dominantes. Fueron tales los vaivenes del destino que mi culto se suprimió porque nos superaron los seguidores de Mitra. Se prohibió adorar a la Serpiente y toda mi orden partió hacia el exilio. Si Su Excelencia jurase destruir los templos de Mitra, reconstruir los de Set en su lugar y elevar su divinidad por encima de los dioses occidentales, me atrevería a decir que Toth-Amon colaboraría con vuestros planes.

El duque se mordió el labio inferior. Los dioses, templos y sacerdotes no significaban nada para él; todo le daba igual, mientras esos templos y sus jerarquías pagaran los impuestos. Se encogió de hombros y dijo:

—Así será. Lo juro por todos los dioses o demonios vuestros. Y

ahora, esta será tu tarea, al amanecer embarcarás. Emprenderás rumbo hacia el sudeste e interceptarás el velero que lleva a la princesa.

Captúrala y destruye el barco sin que queden sobrevivientes que puedan contar lo sucedido. Tu *Petrel,* Zarono, no tendrá dificultades en alcanzar al pequeño *Reina del Mar*.

»Una vez capturada la dama —prosiguió—, continuarás hasta Estigia. Tú, Menkhara, guiarás al grupo hasta el reducto de Toth-Amon y serás mi embajador ante él. Cuando lo hayas convencido de que sirva a nuestra causa, regresarás a Kordava con él y con la princesa. ¿Alguna pregunta?

Así se iniciaba la doble misión.

2. Un cuchillo en la oscuridad

Comenzaba a amanecer. La tormenta había cesado y en ese momento unas nubes oscuras, casi negras, cubrían el cielo sombrío. Algunas estrellas titilaban a lo lejos, reflejándose en los charcos de agua y lodo que se habían formado en las calles de Kordava.

Zarono, patrón del velero *Petrel* y agente secreto del duque de Kordava, atravesó las encharcadas calles malhumorado. La pelea con el gigantesco bucanero cimmerio no había suavizado su estado de ánimo, y su enfado había aumentado al perderse la cena. Las imprecaciones que le lanzara su amo, el duque, habían sido el principal motivo de su disgusto, pero además de eso tenía un ojo morado, mucho sueño y un hambre realmente atroz. Al caminar por la calle se agachaba para evitar las goteras de los canalones, levantando al mismo tiempo el borde de su capa para no mancharla de barro. De repente sintió que su cólera iba en aumento, sin saber por qué. Deseaba encontrarse con alguien en quien pudiera descargar su ira. Menkhara caminaba a su lado en silencio.

Un hombre pequeño y esquelético, cuyas piernas desnudas asomaban por debajo del rasgado borde de la casaca llena de remiendos, luchaba por mantener un paso uniforme sobre el empedrado grasiento y resbaladizo. Sus sandalias chapoteaban sobre las piedras mojadas. Con una mano sostenía una especie de viejo pañuelo sobre su delgado pecho, y en la otra llevaba un trozo de soga, empapada en alquitrán encendido, para iluminar el camino.

El hombre rezaba en silencio la letanía del amanecer en honor a Mitra. Para él esas palabras eran solamente un conjunto de sonidos sin sentido, ya que su pensamiento estaba en otra parte. De ese modo, Ninus, sacerdote menor del templo de Mitra, corría por las húmedas calles de la ciudad hacia su destino.

Ninus se había levantado de su jergón antes del amanecer y, eludiendo al preceptor de la orden, había trepado por uno de los muros del templo e ido a dar a un solitario callejón lleno de barro. Desde allí se abrió camino hacia el puerto de Kordava para asistir a su cita con el corsario extranjero Conan el cimmerio.

El hombrecillo, a pesar de su delgadez, tenía un vientre abultado y piernas largas. Sus ojos acuosos miraban al frente. La especie de pañuelo que lo envolvía era, en realidad, la harapienta túnica de los sacerdotes del culto mitraico sospechosamente manchada de vino. En sus primeros años, antes de llegar a ver la luz de Mitra, Ninus había sido uno de los mejores ladrones de joyas de las tierras Hybóreas. Así conoció a Conan. El cimmerio, si bien no frecuentaba los templos, también había sido ladrón, por lo que se habían hecho amigos. Aunque Ninus creía que su vocación al sacerdocio era sincera, jamás había logrado dominar los apetitos de la carne, de los que tanto abusara en su vida anterior.

Muy cerca de su esquelético pecho, el pequeño sacerdote guardaba el documento que Conan le prometiera comprar. El corsario necesitaba el tesoro y Ninus exigía oro… o, por lo menos, plata. Hacía mucho tiempo que ese mapa estaba en posesión de Ninus. En sus épocas de ladrón, el hombrecillo había pensado muchas veces en seguir aquel camino marcado con tinta hasta encontrar las fabulosas riquezas cuyo escondite sería revelado por ese documento. Pero una vez inmerso en su nueva profesión, parecía poco probable que volviera a dedicarse a la búsqueda de tesoros. ¿Por qué, pues, no vender el mapa?

Su mente, llena de prometedoras visiones —buenos vinos, fabulosas carnes asadas y hermosas mujeres—, no estaba ocupada más que en el dinero que esperaba recibir de Conan, con el que, sin duda, podría obtener todos esos caprichos. Ninus dobló la esquina y tropezó con dos hombres cubiertos con capas negras, que se apartaron para dejarlo pasar. Murmurando una disculpa, el pequeño sacerdote miró con ojos de miope a uno de los hombres, cuya capucha había caído hacia atrás por la fuerza del encontronazo. Entonces, el asombro lo impulsó a abandonar su habitual prudencia.

—¡Menkhara, el setita! —exclamó—. ¿Tú aquí? ¡Vil adorador de serpientes! ¿Cómo te atreves…?

Ninus levantó la voz, furioso, y gritó con todas sus fuerzas

llamando a los guardias.

Zarono bramó una maldición y aferró a su compañero por un brazo para huir de allí, pero el estigio se soltó de un fuerte tirón y lo miró, diciendo:

—¡Este pequeño cerdo me ha reconocido! ¡Mátalo inmediatamente, o de lo contrario estamos perdidos!

Zarono dudó un instante, luego desenvainó su espada y atacó. La vida de un pobre sacerdote no significaba nada para él. Lo que importaba realmente era no responder a las preguntas de los guardias.

El brillo de la hoja de acero, sobre la que se reflejó la pálida luz del amanecer, desapareció entre las ropas del sacerdote de Mitra. Ninus se tambaleó y cayó hacia atrás con un grito ahogado, después abrió la boca como si intentara llenar de aire los pulmones y se derrumbó sobre el húmedo empedrado. De sus labios brotó un hilo de sangre.

El estigio escupió y dijo:

—¡Que así desaparezcan todos los seres abominables como tú!

Mirando nerviosamente a su alrededor, Zarono limpió con cuidado la hoja de acero con las ropas de su víctima y gruñó:

—¡Vámonos de aquí!

Pero los ojos del estigio se habían clavado en algo que asomaba de la túnica de Ninus. Se agachó y cogió un pequeño pergamino de entre las ropas del sacerdote de Mitra. Luego extendió el documento con ambas manos.

—Es un mapa, una carta de viajes —musitó el brujo—. Creo que podré descifrarlo, si lo estudio con calma…

—¡Más tarde! ¡Más tarde! —insistió Zarono—. ¡Date prisa, o nos cogerán los guardias!

Menkhara asintió con un movimiento de la cabeza y se guardó el pergamino enrollado. Luego los dos hombres desaparecieron entre la rojiza bruma del amanecer, dejando a Ninus tendido sobre el empedrado.

Bebiendo un vino malo, un tanto irritado por la pelea con el impertinente Zarono y cansado de esperar tantas horas, el humor de Conan había ido empeorando lentamente. Se paseaba inquieto como

un gato salvaje por el salón de la posada, una sala llena de humo cuyo techo casi tocaba con la cabeza.

Aunque la posada Nueve Espadas había estado llena de gente en las primeras horas de la noche, ahora solo quedaban unos pocos clientes, entre ellos un trío de marineros borrachos tendidos en un rincón.

Dos de ellos entonaban canciones, desafinando terriblemente, mientras el tercero dormía.

Estaba a punto de amanecer. Ninus se había retrasado varias horas. Algo debía haberle ocurrido al pequeño sacerdote, que jamás llegaba tarde a una cita si había dinero en juego. Hablando en zingario con acento bárbaro, Conan soltó un gruñido y se dirigió al fornido tabernero:

—¡Sabral! Voy a salir a respirar un poco de aire fresco. Si alguien pregunta por mí, dile que regresaré pronto.

Afuera, la lluvia había amainado. El oscuro manto de nubes se había roto y la luna plateada iluminaba las últimas hojas de la noche. De los charcos de agua se levantaban pequeñas nubecillas de vapor.

Soltando un poderoso y saludable eructo, Conan caminó con dificultad sobre el húmedo empedrado con la intención de dar una vuelta a la manzana de edificios en la que se hallaba la posada Nueve Espadas. Maldijo a Ninus entre dientes. Ese estúpido sacerdote lo obligaría a perderse la brisa del amanecer que habría impulsado al *Holgazán* fuera del puerto de Kordava. Sin viento, tendría que sacar la embarcación de su lugar de amarre con remolques.

Conan se detuvo súbitamente. Sobre las empapadas piedras de la calle había un informe montón de ropas sucias, del que sobresalían unos delgados miembros.

Los ojos de Conan recorrieron con una rápida mirada los tejados circundantes, los quicios de las puertas y las entradas de las bocacalles en busca de los agresores. Apartó con calma la capa que lo protegía de la lluvia y se ajustó el cinturón que sostenía su espada envainada. No era nada sorprendente encontrar un cadáver en aquella zona de la ciudad. Era un barrio de calles serpenteantes y estrechas que habitualmente albergaba a asesinos, ladrones y todo tipo de escoria humana. Sin embargo, allí donde yace una víctima

existe siempre la posibilidad de que, en las cercanías, esté su agresor. Conan había aprendido desde hacía mucho tiempo a tener sumo cuidado en esos asuntos.

El cimmerio caminó silencioso entre las sombras como un leopardo al acecho y después se arrodilló junto al cuerpo caído. Lo puso boca arriba y la sangre todavía fresca brilló a la luz del amanecer.

—¡Por Crom! —exclamó Conan.

Se encontraba delante del cadáver del exladrón y sacerdote Ninus de Messantia, a quien Conan estaba esperando desde hacía horas.

El cimmerio registró rápidamente el cadáver. Faltaba el mapa que el sacerdote había prometido llevar a la cita.

Conan se sentó sobre sus talones, reflexionando, y pensó quién podría desear matar al insignificante sacerdote, que probablemente, solo llevaría en su bolsa unas pocas monedas. El mapa era la única cosa de valor que tenía. Y dado que la carta de viajes había desaparecido, era lógico suponer que el inofensivo Ninus había sido acuchillado por alguien que quería apoderarse del mapa.

Con la salida del sol, los bordes de los tejados y las torres de Kordava se pintaron de color carmesí.

Los ojos fogosos de Conan se convirtieron en una feroz llama azul. Cerrando uno de sus poderosos puños, el gigantesco cimmerio juró que alguien pagaría con sangre aquella hazaña.

Conan levantó con cuidado el pequeño cuerpo con sus poderosos brazos y regresó rápidamente al Nueve Espadas. Al entrar en la sala, le gritó al tabernero:

—¡Sabral! ¡Una habitación y un cirujano! ¡Rápido!

El tabernero sabía que, cuando empleaba ese tono, el cimmerio no admitía demoras. Se apresuró a conducirlo escalera arriba, hasta que llegaron al segundo piso.

Los pocos clientes que había en la taberna a esas horas los siguieron con la mirada. Vieron a un gigante de rostro oscuro lleno de cicatrices, perfectamente afeitado, con una gastada gorra de marinero y el rostro bronceado por el sol, enmarcado por una negra melena cuadrada. Los profundos ojos que asomaban bajo las espesas cejas negras eran azules. El bucanero llevaba aquel cuerpo entre sus brazos con tan poco esfuerzo como si se tratara del de un niño.

Ninguno de los hombres de la tripulación de Conan se encontraba en la taberna. El cimmerio se había asegurado de ello al concertar la cita con Ninus, porque no deseaba que la noticia acerca del tesoro se extendiese entre la tripulación antes de que él pudiera comunicársela personalmente.

Sabral condujo a Conan a la habitación que reservaba para los huéspedes especiales. El gigante comenzó a colocar a Ninus sobre la cama, pero se detuvo cuando el tabernero apartó apresuradamente la cubierta del lecho diciendo:

—¡Nada de sangre sobre la colcha!

—¡Que el diablo se lleve tu colcha! —repuso Conan, depositando a Ninus sobre la cama.

Mientras Sabral doblaba la colcha, el cimmerio examinó al sacerdote. El exladrón aún respiraba débilmente. Su pulso era irregular.

—Al menos está vivo —dijo Conan con un gruñido—. Lárgate, amigo. Ve en busca de un médico. ¡No te quedes ahí con la boca abierta como un idiota!

El tabernero desapareció silenciosamente. Conan desnudó el pecho del sacerdote y vendó torpemente la herida, de la que aún manaba sangre.

Al cabo de un rato volvió a entrar Sabral en compañía de un médico, vestido con una bata, que bostezaba. De su gorro de dormir asomaba una mata de cabellos grises.

—El buen doctor Gratos —anunció el tabernero.

El médico quitó la venda que había puesto Conan, limpió la herida y luego la volvió a vendar con una tela limpia.

—Afortunadamente —dijo—, la puñalada no le tocó el corazón ni los vasos sanguíneos. Creo que solo le ha rozado un pulmón. Con un poco de cuidado vivirá. ¿Paga usted por él, capitán?

Conan asintió con un gruñido. Ninus recobró el conocimiento después de beber unos tragos de vino.

Con una voz que casi era un murmullo, el sacerdote hizo un relato de los hechos.

—Tropecé… con dos hombres en la calle. Uno era… Menkhara, el sacerdote de Set. Grité… y grité, pero le dijo a su acompañante que me matara.

—¿Quién era el otro? —preguntó Conan.

—Estaba envuelto en una capa, y el sombrero que llevaba era de ala ancha… Creo que se trataba del bucanero Zarono…

Conan frunció el ceño. ¡Zarono! Ese era el tipo con el que había discutido hacía unas horas. ¿Se habría enterado Zarono de su cita con Ninus y asaltó al sacerdote para robarle el mapa? Todo parecía una conspiración para arrebatar a Conan el secreto del tesoro.

El cimmerio se incorporó, rojo de ira.

—¡Toma! —exclamó, entregando a Gratos un puñado de monedas que extrajo de su bolsa.

Luego dejó algunas más en la palma de la mano de Sabral y advirtió:

—¡Vosotros dos, cuidad de él! Cuando regrese, veré lo que habéis hecho y os arrancaré el pellejo a ambos si las cosas no marchan bien. Pero si se muere, enterradlo según el rito de Mitra. Ahora, tengo que irme.

Conan desapareció de la habitación como un fantasma, bajó corriendo la escalera y acto seguido abandonó la posada Nueve Espadas. Caminó deprisa, con la ancha capa rozando suavemente sus altas botas.

Cuando el sol naciente iluminó los mástiles y los cordajes de los barcos, el puerto comenzó a hervir de actividad. Los marineros subían y bajaban por las escalas, los oficiales daban órdenes con altavoces hechos de pergamino, y crujían los cabrestantes manejados por los musculosos remeros, que cargaban bultos del muelle a la cubierta.

Conan llegó por fin al muelle. En respuesta a una pregunta, el jefe de los guardias del puerto respondió que el *Petrel* de Zarono había zarpado hacía una hora y que ya había doblado el cabo oriental del puerto. Conan dio las gracias y luego se dirigió apresuradamente hacia la pasarela de embarque de su propio buque, el *Holgazán*.

—¡Zeltran! —llamó.

—¿Sí, capitán? —dijo un hombre que estaba dirigiendo el embarque y la colocación de provisiones en la bodega.

Zeltran era un zingario de baja estatura, fornido y con un enorme bigote negro. A pesar de estar gordo, se movía con la agilidad de un gato.

—¡Organiza a la tripulación! ¡Zarparemos en cuanto podamos!

Al cabo de un rato, todos los bucaneros se reunían en la segunda cubierta. La mayoría eran zingarios con sangre de otras razas. Faltaban tres hombres. Inmediatamente se envió al muchacho de a bordo a buscarlos y a sacarlos de los burdeles en los que disfrutaban de su libertad. El resto de la tripulación reanudó las faenas de carga bajo las órdenes de Conan.

Finalmente se presentaron los tres hombres que faltaban. Se almacenó el último bulto de la carga y se soltaron amarras. Ocho marineros se inclinaron sobre los largos remos para llevar al *Holgazán* a alta mar. Cuando las primeras ráfagas de viento comenzaron a hinchar las velas, los hombres abandonaron los remos.

El *Holgazán*, con todas las velas al viento, inició la singladura. Las suaves ondas que producía su proa sobre el agua enseguida se convirtieron en blanca espuma. La embarcación se balanceó suave y rítmicamente cuando se encontró en mar abierto. Los alegres chillidos de las gaviotas que volaban en círculo se mezclaron con el crujido de los maderos, de los cordajes y con los suspiros del viento en el aparejo.

Conan se hallaba en pie cerca del castillo de proa, apoyado sobre la borda, mirando hacia el lejano horizonte. Después de repetir a la tripulación el rumbo ordenado por Conan y ya organizados los turnos de servicio, Zeltran se acercó al cimmerio.

—Y bien, capitán —dijo—. ¿Adónde vamos esta vez?

—¿Conoces el *Petrel* de Zarono? —preguntó Conan.

—¿Ese enorme pedazo de madera que zarpó hace una hora, antes de que tú llegaras a bordo? Sí, lo conozco. Dicen que Zarono es un hábil marino, pero un hombre duro y de negras entrañas. Tiene amigos entre los nobles menores, pero, según dicen, lo han expulsado de su círculo por haber hecho algo que incluso esos tipos de alta cuna no soportaron. Así fue como se convirtió en bucanero. ¿Reñir con el capitán Zarono? No es cosa para tomarse a la ligera.

—Guárdate tus opiniones hasta que yo te pregunte —repuso Conan.

A continuación, el cimmerio le explicó lo que le había ocurrido a Ninus, y el robo del mapa relacionado con Zarono.

—De manera que si lo cazo en alta mar —agregó—, le haré probar una medicina que no le gustará. Si bien el *Petrel* es más

grande que el *Holgazán*, este tiene mejor línea y toma mejor el viento.

—¡Oh, sí que lo podremos cazar! —exclamó Zeltran retorciéndose furiosamente el bigote—. Y no me cabe la menor duda de que yo solo podría liquidar a seis o siete de los bribones que acompañan a Zarono. Pero, capitán, ¿no sería más prudente seguirlo de cerca para que nos conduzca hasta el lugar del tesoro?

Conan miró al segundo con los ojos entrecerrados. Luego sonrió y le dio una fuerte palmada de asentimiento al hombre en la espalda.

—¡Por Crom y por Manannan, muchacho! —rugió—. ¡Te has ganado tu paga!

Conan miró hacia arriba, donde había un grupo de marineros al lado de la vela superior esperando la orden de soltarla.

—¡Fuera de ahí! —bramó el cimmerio—. ¡Todos a cubierta!

Luego se volvió hacia Zeltran.

—No aparejaremos la vela superior porque podemos navegar sin ella a la misma velocidad que lo hará Zarono.

»Además, podría verla de lejos. ¿Quién era ese hombre que me dijiste que tenía vista de águila?

—¿Riego de Jerida?

—Sí. Lo pondrás en la torre de vigía para que nos informe de lo que ve.

El joven marinero zingario se hallaba en ese momento de vigía, observando el horizonte sudeste, y de repente gritó:

—¡Barco a la vista, capitán! Veo su vela superior, y cuando sube el mar, distingo un casco negro.

—Ese es el *Petrel* —dijo Conan—. Firme en ese rumbo, timonel.

A continuación le dijo a Zeltran, que se retorcía nerviosamente el bigote:

—Mantendremos el mismo rumbo durante el día, y por la noche aumentaremos la velocidad para estar cerca de sus luces de popa. Con un poco de suerte ni siquiera nos verán.

Conan sonrió irónicamente, con un brillo de placer en los ojos. Suspiró hondo y pensó que eso era vivir: una fuerte cubierta bajo los pies, medio centenar de bribones a sus órdenes, un mar para navegar y un enemigo contra el cual luchar… ¡y la aventura permanente en el horizonte!

Con todas las velas al viento menos la superior, el *Holgazán* se deslizó velozmente siguiendo al *Petrel*, bajo un esplendoroso sol y rodeado de delfines que saltaban alegremente en el aire esperando algún resto de comida, para hundirse nuevamente en el mar de color esmeralda.

3. La muerte del Reina del Mar

La carabela *Reina del Mar*, el yate real zingario, había pasado entre la costa zingaria y las islas Barachas. Este archipiélago era un conocido nido de piratas —en su mayoría argoseos—, pero, en esta ocasión, los corsarios no asolaban aquella parte del Océano Occidental. Luego el buque atravesó la línea divisoria entre Zíngara y Argos.

La costa argosea se encontraba al este. Siguiendo las órdenes de Chabela, el capitán Kapellez navegaba en dirección al puerto, pero su rumbo no seguía fielmente la curva de la costa. En consecuencia, la costa argosea fue quedando lejos, hasta que apenas se distinguió desde el mástil.

Había dos razones para seguir ese rumbo. Una era alcanzar la costa de Shem, cerca de Asgalun, lo más rápidamente posible. La otra era impedir que algún pirata argoseo pudiera seguirlos.

Sin embargo, a media mañana, se había divisado una enorme embarcación con casco negro. A primeras horas de la tarde se acercó lo suficiente como para que el vigía distinguiera su insignia.

—No hay nada que temer, señora —dijo el capitán Kapellez—. Ese barco está al servicio de su padre.

Creo que es el *Petrel*, del capitán Zarono.

Chabela no estaba satisfecha con la explicación. Había algo terrible en ese enorme casco negro que se acercaba. Por supuesto, siempre cabía la posibilidad de que el otro buque siguiera el mismo rumbo que el suyo.

Tampoco la tranquilizó la mención del nombre de Zarono. Chabela apenas conocía a ese hombre, más allá de las relaciones protocolarias de la corte, pero circulaban rumores siniestros acerca de él. Una de sus amigas, la dama Estrella, le había contado a Chabela que Zarono se sentía muy atraído por la princesa. Pero esta

prestó muy poca atención a aquella historia, ya que casi todos los hombres de la corte estaban prendados de su belleza. Siempre existía la posibilidad de llegar a convertirse en consorte real… Las sospechas de Chabela fueron en aumento. El *Reina del Mar* llevaba tres días fuera de Kordava, y seguramente su desaparición ya sería del dominio público. Toda la gente del palacio estaría en vela.

La ausencia del yate real de su acostumbrado punto de amarre quizá habría delatado la forma de huida de Chabela. Puesto que era imposible dirigirse al norte, hacia las salvajes costas de los pictos, o rumbo al oeste, a las enormes extensiones inexploradas del océano, estaba claro que debía haber puesto rumbo sudeste, siguiendo la costa del continente. Allí estaban Argos, las ciudades de Shem, el siniestro reino de Estigia y los países negros.

El escándalo o la alarma de su desaparición —pensaba ella— habría sido lo suficientemente grande como para despertar al rey Ferdrugo del letargo que lo invadía. También era probable que hubiese despachado a Zarono con el encargo de hacer regresar a su hija a casa.

Chabela murmuró algunas palabras de cortesía dirigidas al capitán y se alejó. Se paseó nerviosamente por cubierta y apoyó los codos sobre la borda, en la que había delfines y dioses del mar tallados en madera. Desde allí contempló como hipnotizada la embarcación que los seguía.

El *Petrel* se acercaba cada vez más. Su proa hendía las olas majestuosamente. La joven pensó que, si aquella nave seguía navegando a la misma velocidad, al cabo de media hora casi se pondría al pairo escudando el velamen del *Reina del Mar*, que era más pequeño, y lo obligaría a detenerse.

Chabela conocía casi todo lo relacionado con el mar. A diferencia de su padre, que detestaba la náutica y jamás se había acercado al *Reina del Mar*, ella había sido marinera desde pequeña. Solo en los últimos años, cuando se hizo mujer y a causa de las rígidas órdenes de su padre en ese sentido, debió suprimir la práctica de aparejar equipo en compañía de los marineros.

La princesa sintió un escalofrío y luego hizo un esfuerzo por serenarse. La otra embarcación, hasta ese momento, no había realizado ninguna maniobra hostil ni había dado señales alarmantes. Ningún bucanero zingario se atrevería a atacar el yate

privado del rey de Zíngara.

Pero en ese momento una enorme sombra oscureció la cubierta bañada por el sol. La sombra tenía un color verde extraño, un intenso color esmeralda de un resplandor misterioso.

La princesa levantó la cabeza y no vio nada que explicara la extraña oscuridad que envolvía al *Reina del Mar*. No había ninguna nube que ocultara el sol, ni un monstruo volador que se cerniera con sus gigantescas alas sobre la nave. Sin embargo, una sombra de color esmeralda envolvía al buque como una densa niebla intangible. Los tripulantes habían palidecido y tenían los ojos desorbitados de terror.

Entonces el horror atacó. Unos fantásticos tentáculos verdosos rodearon al marinero que estaba más cerca, que lanzó un grito desesperado. Los extraños seudópodos lo asieron como si fueran los serpenteantes miembros de un monstruo abismal. La joven se fijó en el pálido rostro del hombre, que levantaba los brazos al cielo como si suplicara clemencia. Entonces, los enormes tentáculos parecieron hundirse en su cuerpo y luego desaparecieron. El fornido marinero adquirió una rigidez de estatua mientras una fina columna de humo verdoso cubría todo su cuerpo. Parecía una figura de jade.

Chabela chilló, suplicando a Mitra. El buque se había convertido en una masa de hombres que aullaban histéricos, luchando contra los seudópodos de color esmeralda que los rodeaban y penetraban en sus carnes, transformándolos en verdes efigies.

Después, los mismos tentáculos rodearon a la princesa. Su carne se estremeció de terror al sentir el contacto de aquella cosa intangible. Una especie de parálisis invadió todo su cuerpo. Cuando los tentáculos penetraron en su carne, una fría oscuridad rodeó su mente y no supo nada más.

En el alcázar del *Petrel*, Zarono contemplaba asombrado cómo el hechicero ponía en práctica sus artes mágicas. El estigio estaba sentado en cuclillas, inmóvil como una estatua, ante un aparato que había montado cuando la nave se acercaba al *Reina del Mar*. Consistía en un pequeño cono de cristal gris, colocado sobre un altar bajo, de madera negra. El altar parecía muy antiguo. Estaba cubierto de figuras talladas, pero la mayoría de ellas estaban desgastadas por el paso del tiempo. Las pocas que aún se conservaban eran imágenes de seres humanos desnudos huyendo de

una serpiente gigantesca. Los ojos del reptil habían sido originalmente dos ópalos, pero uno de ellos había desaparecido.

Como reacción a las palabras mágicas de Menkhara, el cono de cristal había emitido una misteriosa radiación. A su alrededor había una aureola de color esmeralda que iluminaba el rostro del hechicero, que tenía un aspecto más cadavérico que nunca.

Cuando la luz verdosa se hizo más intensa, el estigio sostuvo delante de su rostro un espejo de metal negro enmarcado por unos pequeños monstruos de hierro. Zarono contemplaba la escena asombrado.

La luz verde pareció llegar hasta la superficie del espejo y desde allí se reflejó sobre la distante cubierta del *Reina del Mar*. Aunque aparecía débil a la luz del sol, el rayo verde era visible, y parecía una soga tendida entre los dos buques. Algo estaba ocurriendo en la carabela, aunque Zarono no lo podía ver a causa de la distancia.

Con la pérdida del control de su timón, el *Reina del Mar* comenzó a navegar a la deriva y todas sus velas restallaron. Zarono acercó su buque a un costado de la carabela. El estigio pareció salir de su trance y se apoyó, exhausto, sobre la balaustrada de la borda. Su oscuro rostro había palidecido y un sudor frío le cubría el cuerpo.

—No puedo más, estoy muy cansado —musitó—. Este conjuro me ha dejado sin fuerzas. Y sin embargo, no es nada extraordinario, ya que cualquiera que sepa, puede contrarrestarlo… pero esa gente desconoce totalmente todo lo que se refiere a la magia negra. Ve hacia allá, los encontrarás… inofensivos durante casi una hora.

—Entonces, ¿están muertos?

—No. Simplemente están inanimados. Acompáñame al camarote.

Zarono ayudó al debilitado hechicero a ponerse en pie y luego lo condujo, casi a rastras, hasta el camarote. Detrás de ellos iba el grumete de a bordo cargando el altar.

Cuando cerró la puerta tras el agotado estigio, Zarono se enjugó el sudor de su frente con un pañuelo de encaje. La magia estaba muy bien, pero era un arma terrible. Él, Zarono, prefería el choque del acero y el siniestro silbido de las flechas, el impacto de las catapultas y el crujido de un espolón de bronce al penetrar en el costado de un buque enemigo. Había realizado muchas villanías en

su vida, pero al menos todas ellas habían sido pecados humanos normales, ¡y no poderes oscuros e incontrolables, pertenecientes a otros planos y dimensiones sobrenaturales!

—¡Ernando! —le gritó al cocinero—. ¡Una ración doble de vino… y que sea el más fuerte que tengas en la bodega!

Así fue ocupado el *Reina del Mar*. Los marineros del *Petrel* abordaron, recogieron el cuerpo inmóvil de la princesa y la trasladaron al puente de mando de su buque. Otros apilaron materiales combustibles al pie de los mástiles y lo regaron con aceite. Todos regresaron al *Petrel* utilizando las lanchas de desembarco.

Cuando hubo una distancia prudencial y segura entre los dos navíos, una escuadra de arqueros disparó sobre el *Reina del Mar* una lluvia de flechas encendidas Al cabo de unos minutos se incendiaron los mástiles. Las velas fueron pasto de las llamas, una por una. Crujían siniestramente bajo el fuego y arrojaban fragmentos negruzcos en todas direcciones. Más tarde, las llamas envolvieron el buque, a bordo del cual permanecían inmóviles los hombres que formaban la tripulación.

El *Petrel*, con todo su velamen al viento, se deslizó hacia la costa de Shem, dejando atrás una enorme antorcha que se fue apagando poco a poco.

Conan contempló desde su barco el hongo de humo negro que señalaba el fin del *Reina del Mar*, y profirió un juramento a Crom, su dios cimmerio. El *Holgazán* se encontraba en el noroeste, y no se veía desde la cubierta del *Petrel* aunque, si algún marinero de Zarono se hubiera molestado en mirar en esa dirección, habría divisado la parte superior del aparejo del *Holgazán* cuando el mar de fondo lo levantaba intermitentemente.

Desde su atalaya, Conan había contemplado el hundimiento del yate real zingario No podía imaginar por qué Zarono había destruido un barco de su propia nación. Pensó que en todo aquello debía de haber algo más que el simple deseo de robar el mapa del tesoro, pero el gigantesco cimmerio había aprendido hacía mucho tiempo a dejar a un lado las preguntas que no se podían contestar hasta que una información ulterior arrojase más luz sobre los hechos.

Pero, fuesen quienes fueran las víctimas que se hallaban a bordo

de la carabela, pensó vengarlas al tiempo que arreglaba cuentas con Zarono. Quizá pronto se le presentara la ocasión deseada.

4. La Isla sin Nombre

La puesta del sol convirtió la nublada cúpula celeste en un dosel de ardiente esplendor. Sobre las oscuras olas con reflejos dorados, la roma proa del *Petrel* trazó un arco de espuma blanca al girar hacia el sudoeste bajo viento oeste. Detrás lo seguía Conan con su *Holgazán* a la mínima distancia para no ser descubierto bajo el sol poniente, luego iluminado por las estrellas.

En la cabina de mando, Zarono, sentado cómodamente en un enorme sillón, daba vueltas a sus ideas ante una jarra de plata llena de vino. El aroma del fuerte vino estigio llenaba la habitación. Las oscilantes lámparas que colgaban de cadenas sujetas al techo arrojaban su luz sobre los arrugados pergaminos clavados en los paneles de madera tallada que había en las paredes. La luz se reflejaba también en las enjoyadas empuñaduras de las dagas y espadas que adornaban las paredes.

El delgado rostro de Zarono tenía una expresión triste y sus ojos negros miraban hacia el vacío.

Vestía una amplia blusa de seda de manga larga y encajes en el cuello y en la garganta. Sus cabellos estaban desordenados y bebía con desesperación.

Cuando oyó unos nudillos que golpeaban en la puerta repetidas veces, soltó una maldición y acto seguido dio permiso para que entraran. Allí estaba Menkhara con un mapa enrollado en la mano. El delgado estigio estudió la tendida figura del capitán e hizo una mueca de disgusto.

—¿Más brujerías? —preguntó Zarono con voz ronca—. ¿Es que no puedes dejar que un infeliz mortal se suma en los placeres del vino sin que metas tus narices en sus pensamientos? Bien, ¿qué tienes que decirme?

Sin responder al estallido de cólera provocado por la borrachera,

Menkhara desenrolló el pergamino sobre la mesa, delante de Zarono, y señaló con un dedo huesudo las líneas y los jeroglíficos que había en el mapa.

—Desde que le quitamos el mapa al sacerdote de Mitra, no hago más que pensar en él —dijo el estigio con una tensión poco habitual en su tono de voz, que era normalmente monótona—. La línea de la costa que se señala aquí corresponde, sin duda alguna, al sur de Estigia. Aunque desconozco el idioma, descubrí algunas palabras que me resultaron familiares. He estado horas tratando de descifrar las inscripciones, mientras tú estás aquí bebiendo como un estúpido…

Zarono enrojeció y comenzó a levantarse, apoyando una mano sobre la empuñadura de la espada.

Pero Menkhara lo detuvo levantando un brazo.

—Domina tus emociones, amigo —dijo—. Este es un asunto de suma importancia. Escucha: estudié lenguas al mismo tiempo que magia negra, y sé que la antigua lengua valusia, al igual que las de la vieja Estigia y Aquerón, se escribía en un alfabeto simbólico. Cada signo denota una idea. Puesto que varias partes de este mapa muestran tierras que conocemos, como Shem y Estigia, con ciudades como Asgalun y Khemi, pude deducir el significado de ciertas letras en las inscripciones que representan estos lugares. Otras parecen señalar los lugares de antiguas ciudades ya desaparecidas como Kamula y Phiton.

La música de aquellos nombres endemoniados transmitió una cierta serenidad a la mente de Zarono, que se estremeció ligeramente. Se inclinó hacia adelante frunciendo el ceño, para escuchar con más atención. Menkhara prosiguió.

—Al descifrar esta antigua lengua a través de los símbolos que representan nombres conocidos, finalmente pude deducir la inscripción correspondiente a una isla que hasta ahora no había visto en ningún mapa.

Zarono miró hacia el lugar que señalaba el índice de Menkhara y murmuró:

—Tampoco yo la conozco, hechicero. Continúa.

El estigio obedeció:

—Descifré la inscripción que señalaba a esta isla: siojinakisua, o algo por el estilo. Y siojina, en estigio antiguo, puede traducirse al

zingario como «la que no tiene nombre».

Los inquietos ojos de Zarono se iluminaron. Su rostro parecía una máscara de marfil.

—La Isla sin Nombre —murmuró.

—Sí —musitó Menkhara con una fría satisfacción reflejada en su mirada de reptil—. Podemos estar seguros de que kisua significa isla, ya que esa misma palabra aparece aquí en relación con otras islas…

Menkhara movió el dedo sobre el mapa, señalando uno y otro punto. Luego agregó:

—Y supongo que habrás oído hablar alguna vez de las leyendas que mencionan a esta isla habitada por los demonios. La Isla sin Nombre, al parecer, es un resto de la antigua Valusia en la que aún sobreviven ruinas que atestiguan los poderes de los hombres-serpiente prehumanos.

—Solo sé que las historias que relatan los marineros mencionan una Isla sin Nombre en la que se encuentra el tesoro más grande que se haya podido reunir en un lugar —dijo Zarono.

—Sí. Pero hay algo más que quizá no sepas. Allí hay un magnífico botín, es cierto, pero, además de vulgar oro y piedras preciosas, se dice que hay un tesoro mucho más valioso aún… un ejemplar auténtico del Libro de Skelos.

—¡No busco magia, sino oro!

Menkhara esbozó una sonrisa.

—Sí, pero piensa un poco. Podríamos convencer al mago más poderoso de la Tierra de que ayude a nuestro señor Villagro a ocupar el trono de Zíngara. Sin duda alguna, le agradaría restaurar el culto a Set y eliminar el de Mitra. Por otro lado, podríamos ganar su favor y contar con su ayuda regalándole un tesoro tan poderoso y mágico como el Libro de Skelos. Es un crimen contra la sagrada ciencia de la magia que un libro tan valioso esté abandonado. Se cree que no hay más que tres ejemplares en todo el mundo. Uno está guardado en una cripta que hay debajo de la biblioteca real de Aquilonia, otro en un templo secreto de Vendhia, y el tercero aquí.

El estigio señaló de nuevo el mapa con su mano huesuda.

Zarono preguntó:

—¿Y por qué, si este condenado libro es tan valioso, no ha habido nadie que se lo haya llevado de la Isla sin Nombre?

—Porque hasta que no vi ese mapa, ni yo ni nadie sabía dónde se encontraba esta isla. Como ves, está muy lejos de las costas negras y de las otras islas que conocemos. No hay tierra en cien leguas a la redonda, ni está cerca de las rutas que siguen las naves hacia los puertos civilizados. Un marino que la buscara siguiendo un rumbo al azar, probablemente se pasaría la vida sin encontrarla. Por otro lado, sabes muy bien que los marineros son muy supersticiosos y su fantasía ha poblado el mar del sur con acantilados mortales y monstruos devoradores de hombres. Supongo que no ha sido por casualidad que la Isla sin Nombre ha sido ignorada durante tanto tiempo.

—Aun contando con vientos favorables, nos llevaría días llegar hasta ella —dijo Zarono, apoyando su largo mentón sobre la palma de una mano.

—¿Y eso qué importa? Tenemos a la muchacha, y unos días más o menos no tienen importancia. Con el Libro de Skelos como soborno, valdrá la pena demorarse unos días para tener la seguridad de que contaremos con la ayuda de
Toth-Amon
. Tampoco creo que seas insensible a los encantos del oro.

El fuego del fanatismo brillaba en los ojos de Menkhara, que normalmente eran inexpresivos.

Zarono se rascó el mentón, pensativo. Aunque la magia no le importaba en absoluto, le parecía bien hacer todo lo posible por ganar para su causa al poderoso príncipe de los magos, a fin de que este ayudara al duque Villagro. Y si a la vez podía hacerse con el fabuloso tesoro de la Isla sin Nombre no solo poseería riquezas sino también rango, privilegios y respetabilidad.

Hubo un brillo de decisión en sus negros ojos. Se puso en pie súbitamente, abrió la puerta de la habitación y bramó:

—¡Vancho!

—¿Sí, capitán?

—¡Rumbo sur hasta que la estrella polar se convierta en un punto en el horizonte!

—¿Rumbo a alta mar, señor? —preguntó Vancho incrédulo.

—¡Ya me has oído, maldito sea tu pellejo! ¡Rumbo sur!

Los maderos y los cordajes sonaron estrepitosamente cuando el *Petrel* escoró para tomar el viento por estribor. La proa del navío

pronto hendió las aguas en su nuevo rumbo a través de un mar salpicado de estrellas.

Menkhara se retiró a su camarote para estudiar mejor el mapa. Su alma ardía en deseos de adquirir aquellos conocimientos antiguos y siniestros. Con el Libro de Skelos, Toth-Amon podría llegar a ser todopoderoso. Ayudar a Villagro en su ascensión al trono sería algo trivial, un juego de niños. El gran hechicero podría incluso tener al alcance de la mano el dominio del mundo entero. Y cuando los hijos de Set dominaran en todas las tierras, ¿cuál no sería la inmensa fortuna del sacerdote Menkhara, que había hecho posible todo aquello?

Conan siguió pensativo las luces de posición del *Petrel* cuando el gran navío cambió su rumbo y se dirigió al sur. Ignoraba la presencia de Chabela a bordo del barco, así como los planes de Villagro y las ambiciones de Menkhara. Solo sabía, o creía saber, que Zarono le había arrebatado el mapa a Ninus y que ponía rumbo a la Isla sin Nombre y a su tesoro. Por supuesto, tampoco sospechaba las razones que motivaban aquel súbito cambio de rumbo.

El gigantesco cimmerio descendió del mástil con la agilidad de un mono.

—¡Zeltran!

—¿Sí, capitán?

—¡Seis puntos a estribor! ¡Todo el trapo al viento! ¡Sigue las luces del *Petrel*!

Conan permaneció en silencio, apoyado sobre la borda del puente de mando, mientras el *Holgazán* iniciaba rumbo hacia aguas desconocidas. Cuando abandonaran las costas del continente, no tendrían medios de saber dónde estaban respecto a la estrella polar que, en una noche clara, les hubiera indicado lo lejos que habían llegado en dirección norte-sur. Zarono tenía que saber a dónde se dirigía. Si se perdía en aquella formidable extensión de agua, también perdería al *Holgazán*.

Conan estaba seguro de que la inmensidad de agua que se extendía delante de él terminaba en los confines del mundo. No

podía sospechar lo que habría más allá. Las antiguas leyendas mencionaban islas fabulosas, extraños continentes, pueblos desconocidos y monstruos terribles.

Las leyendas podrían ser una realidad. Apenas había transcurrido un año desde que Conan había navegado en el *Holgazán* con su antiguo capitán, el duro Zaporavo, hasta una isla desconocida del este, donde él y varios hombres de su tripulación habían encontrado la muerte. Pocas cosas en la azarosa vida de Conan habían sido tan terribles o siniestras como el Estanque del Negro y sus inhumanos servidores. Sospechaba que ahora se encaminaba al encuentro de peligros mayores aún.

Exhaló un profundo suspiro y luego se echó a reír estruendosamente. ¡Por Crom! Un hombre solo se moría una vez. ¿Por qué pensar en peligros imaginarios? Ya era suficiente combatir contra los horrores cuando tropezaba con ellos, y pelear con frenesí con el acero en la mano. Correría el riesgo que el destino le deparaba en la Isla sin Nombre, que se encontraba delante de él, en los confines del mundo.

5. En los confines del mundo

Las dos naves surcaron los mares del cálido sur durante toda la noche. Al amanecer, el *Holgazán*, tal como había hecho en los últimos cinco días, rizó velas para reducir la velocidad y no ser visto desde el *Petrel* bajo la tenue luz del amanecer. Con la llegada de la noche, en el caso de no haber alcanzado la Isla sin Nombre, recuperaría tiempo, ya que su casco más ligero y su proa hueca le daban una gran ventaja sobre el *Petrel*, mucho más pesado.

Mientras tanto, la afilada quilla del *Holgazán* seguía cortando las olas del mar azul verdoso. Los peces saltaban ágilmente por encima del agua y realizaban un vuelo perfecto sobre cubierta para caer de nuevo al mar. Ninguna de las dos naves había avistado a ningún otro barco desde que iniciaron la travesía.

Al cabo de un rato apareció en el cielo un grupo de pequeñas nubes. El *Petrel* cambió de rumbo a babor y, algunas horas más tarde, divisaron unas islas en el horizonte, debajo de las pequeñas nubes.

Desde el puente de mando del *Petrel*, Zarono recorrió la isla con la mirada. Parecía completamente inofensiva. Se veía una playa amarilla y unas altas palmeras en medio de una densa vegetación.

Imposible saber lo que había más allá de las palmeras.

Menkhara se acercó a Zarono, con una capa negra encima de los hombros.

—Esa es la isla —dijo con voz monótona. Zarono sonrió.

—¡Sí, sacerdote, así es! ¿Cómo estará cuidado ese tesoro? ¿Por fantasmas, por demonios o simplemente por dragones? Cuento con tus poderes sobrenaturales para protegernos de cualquier daño mientras saqueamos las tumbas, criptas o lo que sea. ¡Vancho! Pon rumbo a cualquier ensenada o bahía que tenga suficiente calado…

Un cuarto de hora más tarde, Zarono ordenó:

—¡Ancla a fondo! ¡Rizad velas! Vancho, baja el primer bote y organiza un grupo de desembarco… que sean hombres fuertes y bien armados.

En medio de una gran algarabía se bajó el bote, y una docena de zingarios armados hasta los dientes descendieron por las sogas de la borda para ocupar sus puestos en las bancadas. Luego se alejaron del *Petrel* en dirección a la playa. Al cabo de un rato, cuando alcanzaron aguas poco profundas, los hombres se metieron en el agua hasta la cintura y arrastraron el bote a tierra. Bajo las órdenes del contramaestre, los hombres se desplegaron por la playa con las espadas desenvainadas y los arcos preparados, vigilando las palmeras. Un pequeño grupo penetró entre los árboles y al cabo de un rato reapareció indicando que el camino estaba libre.

—Bajad el otro bote —ordenó Zarono.

Él y Menkhara ocuparon sus respectivos puestos en compañía de ocho marineros. Vancho permaneció en el *Petrel*.

El segundo bote alcanzó la playa sin incidentes. Zarono reunió a sus hombres. En pocos minutos, él y Menkhara y los demás grupos de desembarco desaparecieron entre las palmeras. Tres bucaneros quedaron de guardia junto a los botes: un shemita de nariz aguileña, un negro gigantesco de Kush y un zingario calvo y de cara roja.

Conan había estado observando todos esos movimientos desde la cofa mayor del *Holgazán*. Su barco se encontraba sobre la línea del horizonte, balanceándose sobre las olas y con la vela superior recogida.

Durante un rato, el grupo de Zarono se abrió paso a través de una densa vegetación tropical. No se oía ningún ruido excepto los gruñidos y la pesada respiración de los hombres. Los piratas se abrían paso lentamente a través de la selva con un sonido ahogado de espadas cortando los gruesos tallos de las lianas y un fuerte crujido de hojas secas.

El aire era caliente y húmedo. El sudor brillaba sobre los musculosos brazos y sobre los torsos desnudos de los hombres. El olor a vegetación se mezclada con el de las flores exóticas que se destacaban en color oro, blanco y carmesí contra el verde oscuro de la selva.

Zarono sintió un olor extraño. Le llevó algún tiempo

reconocerlo. Finalmente se dio cuenta, asqueado, de que se trataba del olor a almizcle que despedían las serpientes. Farfullando una maldición, se llevó a la nariz un frasco redondo y dorado que contenía trozos de cáscara de limón y especias aromáticas. Pero aun así, seguía sintiendo el olor a serpiente. Esto lo desconcertó. En su larga vida de pirata había visitado infinidad de pequeñas islas oceánicas y jamás había visto serpientes en ellas.

La atmósfera era asfixiante. Las numerosas palmeras, muy cerca unas de otras y rodeadas de un verdadero muro de lianas, impedían el paso de la brisa marina. Empapado en sudor, Zarono examinó detenidamente la vegetación que los rodeaba. Luego le dijo a Menkhara:

—No veo nada peligroso en tu Isla sin Nombre, estigio, excepto ese maldito olor a serpiente.

Menkhara esbozó una leve sonrisa.

—Entonces, ¿no notas nada más? —preguntó.

Zarono se encogió de hombros.

—Además de ese asqueroso olor y del calor, nada. Esperaba encontrarme con horrores sobrenaturales y me siento decepcionado. No hay fantasmas ni espectros… ¡Ni siquiera una simple cucaracha saliendo de una tumba! ¡Nada de nada!

Menkhara le lanzó una mirada fría y pensativa.

—¡Qué adormecidos están los sentidos de los hombres del norte! ¡Ni siquiera notas el silencio!

—¡Vaya! —gruñó Zarono—. Ahora que lo mencionas…

Zarono sintió un súbito estremecimiento. Era verdad. La selva estaba terriblemente silenciosa. Por supuesto, no cabía esperar la presencia de grandes animales en una isla pequeña, pero aun así, debía oírse el canto de los pájaros, el ruido de huidizos lagartos o de cangrejos de tierra y el susurro de las hojas de las palmeras agitadas por el viento. Pero no se oía ningún ruido, como si la selva estuviera conteniendo la respiración, vigilándolos con ojos invisibles.

Zarono gruñó una maldición, pero dominó sus sentimientos. Mientras se abrían paso por la selva, los hombres tampoco se habían percatado del formidable silencio. Zarono le hizo una seña a Menkhara para que no hablara y prosiguió su camino detrás de la tripulación, que se dirigía hacia el interior de la selva. Pero no

dejaba de tener la sensación de que estaban siendo vigilados.

Hacia el mediodía, los bucaneros alcanzaron su objetivo. Era extraño: al abrirse paso entre la tupida vegetación, se encontraron súbitamente en un amplio claro. La selva se terminaba allí abruptamente, como si las plantas no osaran cruzar ese límite invisible. Más allá de aquella barrera intangible se extendía un terreno arenoso en el que solo se veían algunos retazos de color verde pálido. Menkhara y Zarono intercambiaron una mirada significativa.

En medio de aquella zona muerta se alzaba el misterioso edificio que pensaban saquear. Zarono no entendía el porqué de su estructura. Podía ser tanto una tumba como un templo o una especie de almacén. Era un edificio bajo y compacto de piedra negra opaca, que parecía absorber toda la luz que caía sobre él, de tal forma que resultaba difícil ver su contorno.

Tenía forma cúbica, pero sus lados, en lugar de ser simples cuadrados, estaban formados por una multitud de planos y de curvas irregulares, orientados en todas direcciones. No había ninguna simetría en el edificio. Era como si cada una de las partes del edificio hubiera sido diseñada por un arquitecto diferente, o como si el conjunto se hubiera edificado con partes de otras estructuras elegidas al azar entre varios países y épocas.

El templo negro… si es que era un templo… se alzaba delante de ellos rodeado de bruma. Zarono sintió un horror que jamás había experimentado, como si una mano helada le tocara el corazón.

Aquella cosa negra irradiaba un aura de terror que lograba perturbar a un rufián de nervios de acero como él. Miró parpadeando hacia el edificio, tratando de descubrir la fuente del horror que le hacía jadear y hacía que su corazón latiera agitadamente.

El templo tenía el aspecto de una monstruosa equivocación. Zarono jamás había visto algo parecido.

Incluso las siniestras tumbas de Estigia eran menos temibles que aquel bloque irregular de piedra negra. Era como si el edificio obedeciera a una geometría no humana… a un diseño de proporciones sobrenaturales.

El rostro de Menkhara se había vuelto ceniciento y estaba perlado de sudor.

—Es tal como yo pensaba —murmuró para sí—. En este lugar se ha practicado el ritual de
Z’thoum
.

»Pero no sabía que ese oscuro rito se hubiera llevado a cabo en los últimos tres mil años…

—¿Qué sucede, perro moreno? —preguntó Zarono, a quien el medio volvía irritable.

El estigio lo miró con los ojos desorbitados.

—Una magia protectora —respondió—. Con enorme poder. Si algún necio osara entrar en el templo sin haber pronunciado las palabras mágicas, su presencia despertaría a quien duerme ahí dentro.

—¿Conoces el conjuro?

—Sí, gracias al Padre Set. Se sabe poco acerca de los hombres-serpiente prehumanos de Valusia.

»Pero creo que puedo conjurar el hechizo, aunque la magia no se mantendrá por mucho tiempo.

—Espero que lo suficiente como para saquear esa cosa negra —dijo Zarono con un gruñido—. Será mejor que comiences ya, amigo.

—Entonces, regresa a la selva con tus hombres y poneos de espaldas —repuso Menkhara.

Zarono reunió a sus bucaneros y volvió a la selva, dando la espalda al claro. Todos escucharon con los nervios en tensión como Menkhara hablaba en voz alta en una lengua desconocida. Si el hechicero hizo algo más, ni Zarono ni sus hombres lo vieron. Pero la luz que se filtraba por la densa vegetación pareció titilar, como si la cubriesen unas sombras. A la voz del estigio parecía responder un eco de voces desde las alturas…, unas voces sobrehumanas que hablaban en tono áspero y seco, como si sus cuerdas vocales no estuvieran hechas para hablar. La tierra tembló ligeramente y la luz casi se esfumó, como si una negra nube estuviera cruzando por delante del sol…

Finalmente, Menkhara gritó con voz débil:

—¡Podéis venir!

Zarono notó que el estigio había envejecido. Su aspecto era el de un hombre absolutamente agotado.

—Deprisa —musitó Menkhara—. La magia no se mantendrá por

mucho tiempo.

Zarono y Menkhara, pálidos y sudorosos, entraron en el templo. En el interior había poca luz, excepto la que se filtraba por la puerta abierta. La lisa piedra negra absorbía el resplandor y lanzaba muy pocos reflejos.

En el extremo más alejado de la habitación irregular se alzaba un enorme altar negro, y sobre este había un ídolo de piedra gris. El ídolo era una mezcla de hombre y de sapo, con las características masculinas obscenamente exageradas.

La piedra gris era áspera, como si estuviera comenzando a desmoronarse por los efectos de la erosión.

La desdentada boca del ídolo estaba abierta y tenía una expresión siniestra. Encima de esta había un par de orificios que correspondían a las aletas de la nariz y más arriba había una fila de siete gemas que representaban los ojos. Las siete piedras preciosas reflejaban débilmente la luz que entraba por el portal.

Zarono apartó los ojos, temblando por el aura cósmica maligna que parecía irradiar de la cosa.

Delante del altar había dos pequeños sacos de cuero viejo. Uno de ellos se había roto por una costura y se había caído al suelo un montón de brillantes piedras preciosas que resplandecía como una constelación celeste a través de un claro en las nubes.

Debajo de los sacos de joyas había un enorme libro encuadernado con la piel de algún reptil y cerrado con unas bisagras de bronce, verdes por el paso del tiempo. Las escamas del reptil cuya piel formaba la cubierta eran de un tamaño inconcebible… no existía ningún animal sobre la Tierra desde hacía siglos que tuviera escamas de ese tamaño.

Los dos hombres se miraron en silencio con una expresión de triunfo. Zarono recogió el saco de cuero reventado con sumo cuidado para no desparramar más gemas sobre el suelo. Se lo colocó sobre el antebrazo y levantó el otro con su mano libre. Entonces, Menkhara se inclinó sobre el libro, lo tomó y lo apretó contra su pecho. En sus ojos húmedos había una expresión extraña, como de éxtasis. Sin pronunciar una sola palabra y sin mirar hacia atrás, los dos hombres salieron del templo caminando de puntillas, atravesaron el claro casi corriendo y se reunieron con los demás bucaneros que los esperaban, nerviosos, en el extremo de la selva.

—¡De regreso al barco… deprisa! —ordenó Zarono.

Los hombres corrieron por el sendero que habían abierto en la selva, deseando dejar atrás aquel lugar siniestro sobre el cual se cerní
an las fuerzas del mal. Deseaban volver a respirar aire puro y disfrutar de la agradable luz del sol en alta mar.

6. Ojos llameantes

La princesa Chabela había pasado del terror a la furia, y luego a un estado de relativa calma. Ignoraba por qué el traidor Zarono se había rebelado contra su señor hasta el punto de destruir su navío real, y tampoco sabía por qué el bucanero la había capturado. Pero ya no se sentía paralizada por el miedo, puesto que, por fin, sus manos estaban libres.

Zarono la había encerrado en un pequeño camarote, con las manos atadas a la espalda con un pañuelo de seda. El suave trozo de seda parecía poco adecuado para ese fin, pero Zarono había aprendido de un vendhio de la montaña el arte de anudar la seda de tal manera que desafiara los dedos más hábiles. Por otro lado, aquella tela escarlata, a pesar de su suavidad y ligereza, parecía dura como el cuero. Durante las comidas, el mismo Zarono se acercaba hasta el camarote para desatar a la muchacha y volver a maniatarla más tarde. Se negó en todo momento a responder a las preguntas de la princesa.

Sin embargo, Chabela llevaba bajo su cinturón un pequeño cuchillo. Era normal entre las mujeres zingarias de alta cuna llevar encima una hoja de acero para acabar con su vida en caso de verse amenazadas por una violación brutal.

La decidida muchacha empleó el cuchillo para otros fines. Con gran esfuerzo logró sacar el cuchillo de su escondite. Luego encajó la empuñadura en un hueco formado por las tallas de madera que había en el alféizar del ojo de buey. Después retiró la vaina y, poniéndose de espaldas al cuchillo, apretó las muñecas contra la ventana.

La tarea era difícil, ya que no podía mirar hacia atrás, y la afilada hoja de acero le produjo heridas en las muñecas Antes de haber terminado de cortar la seda, tenía las manos cubiertas de

sangre. Pero finalmente la tela cedió.

Chabela tomó el cuchillo y lo volvió a colocar en la vaina, ocultándolo nuevamente bajo su ancho cinturón. El pañuelo, dividido en dos, fue empleado por Chabela para vendarse las muñecas, de las que seguía brotando sangre.

Ahora que estaba libre, ¿cómo debía usar su libertad? Zarono había abandonado el barco, ya que le oyó dar sus últimas órdenes. Solo quedaría una parte de la tripulación a bordo, pero Chabela sabía que un fornido marinero hacía guardia delante de la puerta de su camarote que, por otro lado, estaba cerrada por fuera.

Solo quedaba el ojo de buey, orientado hacia un mar de color turquesa, una playa de color crema y verde esmeralda que se destacaba contra el azul del cielo.

Por suerte para ella, Chabela era mucho más fuerte y audaz que la mayor parte de las damas de la corte zingaria. Muy pocas se habrían atrevido a realizar lo que ella hizo a continuación. Abrió la ventanilla del ojo de buey y se subió las faldas hasta la cintura. El mar se encontraba muy cerca de ella.

Chabela introdujo serenamente su cuerpo por la estrecha abertura y se deslizó al exterior hasta quedar colgada de ambas manos. Luego se soltó. Cayó de pie en el agua, casi en silencio, y desapareció bajo la superficie, para emerger rápidamente, escupiendo agua y apartando los cabellos de su rostro.

Aunque el agua no estaba demasiado fría, contrastaba con el aire caliente y húmedo y su temperatura fue un enorme choque para los alterados nervios de la princesa.

Chabela no tenía tiempo para disfrutar del fresco abrazo del mar. En cualquier momento podría verla un marinero asomado a la borda, y sonaría la alarma. Sobre la cabeza de la princesa se alzaba la alta popa del navío. También veía la baranda del puente de mando y los mástiles y aparejos que oscilaban con suavidad, recortándose contra el cielo azul.

Seguramente habría algún marinero apostado en algún lugar de la popa, pero en ese momento Chabela no vio a nadie. Si se mantenía a popa de la nave, sería más difícil que la vieran que si nadaba en línea paralela al casco, donde quedaría expuesta a los ojos de los hombres que trajinaban en el centro de la embarcación y en la proa.

En consecuencia, tenía que cubrir un largo recorrido a nado. Para hacerse menos visible, Chabela nadó de espaldas, de modo que solamente asomara la superficie de su cabeza. Nadó en línea paralela a la playa, quedando la proa del barco entre ella y el resto de la nave. Cuando se cansaba, flotaba durante unos momentos, moviendo lánguidamente las manos.

Finalmente, el casco del *Petrel* quedó lejos, de modo que aun cuando hubiese hombres a bordo, era difícil distinguirlos. Entonces Chabela giró hacia la playa y siguió nadando con todas sus fuerzas.

Temblando de cansancio, sintió el fondo de arena bajo los pies y, acto seguido, avanzó tambaleándose hasta las palmeras y se tendió entre la espesa vegetación para descansar.

Pensó que había salido de un peligro para meterse en otro, ya que nadie sabía qué horrores escondía la isla. Si no sucedía nada antes, podía tropezarse con Zarono y sus piratas. Pero, con la protección de Mitra, Chabela pensaba que era mejor encontrarse allí que en manos de sus enemigos a bordo del *Petrel*.

Cuando recobró fuerzas, se puso en pie y dio unos pasos mirando a su alrededor, mientras pensaba qué dirección tomar. Parpadeó e hizo una mueca de dolor cuando las ramas secas y los cantos rodados tocaron las desnudas plantas de sus pies. En los últimos años no había tenido muchas ocasiones de caminar descalza. La brisa, que suspiraba entre las palmeras, enfrió sus mojadas ropas y la hizo estornudar. Se quitó el cinturón, impaciente, y luego el vestido. El sol de la tarde se filtraba por los troncos de las palmeras y trazaba líneas luminosas sobre la piel aceitunada de su esbelto cuerpo.

Retorció el vestido con ambas manos para estrujar el agua que aún contenía y después lo tendió sobre unos helechos para que se secara. Cortó una tira ancha del borde de la falda con el cuchillo, la dividió en dos y se envolvió los pies con ellas.

Cuando el vestido estuvo seco, se lo volvió a poner. Le llegaba hasta las rodillas. Recobradas sus fuerzas, comenzó a caminar sosteniendo el cuchillo en la mano. Evidentemente no era una espada, pero era mejor que nada.

Al internarse más en la isla, la selva se cerró en derredor suyo. El dulce aroma de la vegetación era muy intenso. Los ásperos troncos de los árboles, los tallos serrados de las anchas hojas de

palmera y las espinosas lianas rasgaron su vestido en diferentes lugares. Además, le produjeron arañazos en los brazos y piernas.

En el interior, la vegetación era menos densa, pero Chabela se sintió desasosegada por el tremendo silencio reinante. El viento no llegaba hasta allí. Su corazón latió aceleradamente.

Tropezó con una raíz y se cayó. Luchó por ponerse en pie, pero se volvió a caer. La tercera vez se dio cuenta de que estaba llegando al límite de sus fuerzas. Tenía que hacer un esfuerzo increíble para seguir adelante.

De repente apareció una enorme figura en su camino, era una forma oscura con ojos llameantes. La joven gritó, intentó retroceder y cayó al suelo otra vez. La figura avanzó hacia ella.

Conan observó el mar, pensativo. Allí estaba el *Petrel* de Zarono, anclado en una pequeña bahía.

—Podríamos abordarlo y ocuparlo con unos pocos hombres de la tripulación —le dijo a Zeltran—. Entonces, Zarono tendría cortada la retirada cuando regresara. ¿Qué dices a eso?

El cimmerio sonrió fieramente mirando a su segundo. Ya se veía a bordo del buque enemigo, haciendo estragos entre la tripulación con su enorme espada.

Zeltran movió la cabeza y respondió:

—No, capitán. No me gusta.

—¿Por qué no?

El ataque directo iba con su carácter bárbaro, pero había aprendido a ser prudente en todos aquellos años de aventuras por tierra y por mar. Estaba seguro de que el pequeño y fornido zingario, aunque valiente en la batalla, también era un hombre práctico… un hombre que a veces daba consejos dignos de tenerse en cuenta.

Zeltran miró a Conan.

—Porque no sabemos cuántos marineros ha dejado Zarono a bordo. Su tripulación es más numerosa que la nuestra, y es probable que los hombres que hayan quedado a bordo sean más que nosotros.

—¡Por Crom! Yo solo podría liquidar a media docena de esos lobos.

El segundo se rascó pensativamente el mentón.

—No dudo, capitán, de que vales por una docena de enemigos. Pero el resto de los hombres no lucharía con la misma ferocidad.

—¿Por qué no?

—La tripulación de Zarono está formada por bucaneros zingarios. Nuestros hombres no desearían verter la sangre de sus hermanos sin una razón poderosa para hacerlo, que en esos momentos no podemos darles. Además, el *Petrel* es un barco más grande y con la borda más alta que el nuestro y, por lo tanto, más fácil de defender. Por otro lado, ¿te has dado cuenta, capitán, de la catapulta que hay junto al castillo de proa?

El segundo de a bordo se detuvo y miró hacia el *Petrel* durante unos momentos, y luego agregó:

—No, capitán, si te entendí bien cuando iniciamos esta singladura, estamos aquí para buscar un tesoro y no por el simple placer de pelear. Ahora bien, para conseguir ese tesoro, me parece que lo más práctico sería navegar hasta el otro lado de la isla. Entonces, nuestro grupo de desembarco podría llegar hasta el tesoro antes que los bribones de Zarono. Si no lo logramos, podremos contar el número de hombres que Zarono ha llevado a tierra y sopesar nuestras posibilidades de atacarlos y de arrebatarles el botín…

Conan cedió ante el razonamiento de Zeltran, su segundo, aunque aquello no iba con su carácter.

—Bien, entonces proa al norte de la isla —ordenó el cimmerio con un gruñido—. Apareja las velas necesarias para llegar pronto.

«Después de todo —pensó—, en estos momentos no soy un guerrero solitario que pueda arriesgar su vida cuando quiera». Como jefe de un grupo de hombres, tenía que pensar en su bienestar y tener en cuenta los deseos de ellos, al igual que los suyos. Sin embargo, Conan seguía echando de menos los años de salvaje libertad que habían quedado atrás.

Horas más tarde, el *Holgazán* arrojó el ancla en la costa oriental de la isla, donde un pequeño cabo proporcionaba cierta protección contra un posible ataque procedente del norte.

Conan llenó sus dos botes con hombres armados y remó hacia la

costa sobre las aguas brillantes.

Atracaron en la arena y remolcaron los botes hasta colocarlos lejos de la marea.

El gigantesco cimmerio, con la enorme espada golpeando contra su bota, miró a su alrededor y observó pensativo la húmeda arena amarilla y el silencioso muro verde de espesa vegetación. La isla tenía un extraño aspecto lóbrego y sombrío, mientras que el océano que la rodeaba estaba bañado de una fantástica luz tropical.

Los botes fueron amarrados y Zeltran destinó dos hombres a su vigilancia. Conan y el grupo principal penetraron por la muralla de helechos y matorrales, perdiéndose enseguida de vista.

Finalmente, Conan y sus hombres llegaron al claro circular de la selva. La zona de hierba muerta y de tierra desnuda estaba desierta. Desde el extremo de la selva, Conan recorrió con su mirada el desierto lugar. No vio el menor signo de vida, pero tanto el templo como la selva podían ocultar un enemigo agazapado.

A Conan no le gustó nada el aspecto del templo. Su aura amenazadora le producía una extraña sensación de alarma. Se le erizó el cabello, y las espesas cejas negras ensombrecieron sus fogosos ojos azules. Estaba seguro de que aquel enigma negro había sido construido por manos no humanas.

Pensó que quizá fuera obra de los legendarios hombres-serpiente de Valusia. La geometría demencial, la decoración ininteligible y aquella zona de tierra desnuda con hierba amarillenta que rodeaba el edificio le recordaban otra estructura similar que había visto años atrás en las praderas de Kush. Aquella otra construcción también había sido obra de una raza prehumana desaparecida de la faz de la Tierra hacía cientos de siglos.

El instinto le aconsejaba abandonar aquel lugar desolado y evitar el negro edificio. Pero Conan estaba seguro de que allí dentro estaba lo que habían venido a buscar.

—Permaneced ocultos —murmuró a sus hombres— sin hacer el menor movimiento, y estad atentos a cualquier clase de peligro.

Medio sacó la espada de la vaina, salió de la selva y cruzó rápidamente la tierra desnuda en dirección a las abiertas fauces de la misteriosa ciudadela, Al cabo de un rato se había perdido de vista.

Ignorando el escalofrío sepulcral que lo invadió al cruzar el

recinto, Conan caminó con más calma, sosteniendo en una mano su terrible espada desenvainada. La ancha hoja brillaba tenuemente bajo la luz que había en el interior. La mirada ansiosa del gigantesco cimmerio se fijó en el ídolo en forma de sapo que se encontraba en el altar, y luego sus ojos se clavaron en el suelo. Inmediatamente se detuvo.

El tesoro que pudiera haber habido allí ya no estaba. Y había desaparecido hacía poco tiempo. El suelo estaba cubierto de un espeso polvo, y sobre este se observaban dos huellas diferentes de entrada y de salida. Unas correspondían a botas de mar y las otras a sandalias.

«Zarono y otro individuo», pensó Conan.

Frente al altar había un espacio limpio, sin polvo, excepto allí donde los pies habían pisado. En ese rectángulo encontró varias gemas, seguramente caídas de algún cofre o saco. A Zarono se le había olvidado recogerlas.

Conan lanzó una maldición y dio un paso hacia adelante para recoger el puñado de gemas. Le irritaba desempeñar el papel de chacal con el león Zarono. Pero no se quedaría con las manos vacías.

Entonces miró nuevamente a su alrededor. El ídolo de piedra comenzó a moverse. Los siete ojos situados en fila sobre la ancha boca sin labios ya no eran gemas sin luz, sino una cosa viva, en la que brillaba una llama verde que se fijaba sobre el cimmerio con una furia implacable.

7. El extraño sapo

—¡Por Crom! ¡Está vivo! —exclamó Conan con un gruñido de asombro.

El gigantesco cimmerio tensó todos los músculos de su cuerpo y un escalofrío de premonición sobrenatural le hizo latir más aceleradamente el pulso. En efecto, el ídolo de piedra parecía cobrar vida en ese momento. Sus monstruosos miembros se movían.

Con los ojos llameantes fijos en su presa, el ídolo avanzó sobre el pedestal hasta el borde y después saltó al suelo de piedra en el que estaban las gemas. Sus patas delanteras de cuatro dedos frenaron la caída y avanzó con sorprendente velocidad en dirección a Conan. Sus miembros de piedra golpearon contra el suelo. Era grande como un búfalo, y sus siete ojos verdes se hallaban en ese momento al mismo nivel que los del hombre.

Conan empuñó su espada, pero prevaleció la razón. A juzgar por el ruido que hacía el monstruo al arrastrarse, seguía siendo de piedra, aunque fuera piedra viva. El acero nada podría contra ella. Un golpe de espada tan solo quebraría la hoja, y él quedaría a merced de aquellas enormes fauces monstruosas.

Antes que la horrible boca se acercase más a él, Conan se dio media vuelta y corrió hacia el claro. En esos momentos no había necesidad de tomar ninguna clase de precaución.

—¡Al barco… deprisa! —gritó.

Del grupo de hombres que se apiñaban en el extremo del claro surgió un grito de miedo y de asombro cuando vieron que el extraño y monstruoso sapo salía del templo pisándole los talones a Conan. No fue necesario dar una segunda orden. Con un gran ruido de armas, de hojas pisadas y de exclamaciones de horror, el grupo de desembarco partió hacia la playa a toda velocidad. Detrás de ellos avanzaba el monstruo de piedra viva, arrastrándose a la misma

velocidad que un hombre que corriera.

Conan se detuvo el tiempo suficiente para asegurarse de que la atención del monstruoso sapo se centraba solamente en él, y entonces tomó otra dirección para que el ídolo de piedra lo siguiera.

—¿Qué es esto? ¿Una mujer aquí? ¡Por Ishtar y Dagon, esta isla tiene más sorpresas de las que imaginaba!

La voz humana, aunque bronca y hablando en argoseo con acento extraño, despertó a Chabela, y al mismo tiempo la tranquilizó. Contuvo la respiración y aceptó la mano que el hombre alto le tendía para ayudarla a ponerse en pie. El hombre dijo:

—Vamos, mocita, ¿te he asustado? ¡Por las entrañas del diablo! No pienso hacerte daño. ¿Cómo has venido a parar a este lugar abandonado de los dioses y situado en los confines del mundo?

Desaparecido su pánico inicial, Chabela vio que el hombre que la había sorprendido era un joven gigante de cabellos rojizos vestido con gastadas ropas de marinero. No se trataba de uno de los rufianes de Zarono, sino de un individuo de aspecto honesto, de piel blanca bronceada por el sol, unos ojos azules que miraban con franqueza y cabellos despeinados. Tenía una barba pelirroja con reflejos de color oro viejo. Enseguida pensó que ese hombre era originario del norte.

—Zarono —dijo Chabela todavía jadeando por el cansancio y el susto.

Al pronunciar el nombre del corsario, la joven se tambaleó, y se hubiera caído de nuevo al suelo si el pelirrojo marinero no la hubiera sostenido con fuerza por un brazo.

—Ese cerdo negro, ¿eh? ¿Ahora se dedica a robar muchachas? ¡Vaya! Si lo tuviera delante de mí, le escupiría como si fuera un perro, pero ¡por los cuernos de Heimdal y por la espada de Mitra! Ahora estás aquí segura. Mi tripulación te recibirá con afecto… no tienes nada que temer. Pero ¿qué es eso…?

El marinero se volvió rápidamente, llevándose la mano a la empuñadura de un enorme machete de abordaje que colgaba de su cintura, cuando el ruido de ramas y de arbustos se oyó cada vez más cerca.

Entonces surgió una alta figura de la espesura, que se detuvo

delante de Chabela y del pelirrojo. La joven no podía creer lo que estaba viendo.

—¡Capitán Conan! —exclamó Chabela.

Conan entrecerró los ojos observando al marinero con el machete medio desenvainado y a la joven morena que estaba detrás de él, y cuyas destrozadas ropas apenas ocultaban su voluptuoso cuerpo. La muchacha le resultaba vagamente familiar, pero en ese momento no había tiempo para explicaciones.

—¡Corred los dos! —gritó—. ¡El monstruo del templo me persigue! ¡Vamos! ¡Hablaremos más tarde!

Un ruido verdaderamente alarmante de arbustos y plantas destrozadas, que en ese momento llegó a sus oídos desde el mismo lugar por el que había aparecido Conan, prestó más fuerza a sus palabras.

—¡Deprisa! —repitió Conan, asiendo la muñeca de Chabela con su enorme manaza y arrastrándola tras él por el estrecho sendero.

El hombre del norte corrió con ellos. Durante un momento pareció aumentar la distancia que los separaba de su perseguidor. Cuando se detuvieron para respirar, Conan le dijo al pelirrojo:

—¿No hay ninguna colina en toda esta maldita isla? Ese sapo monstruoso, o lo que sea, no podría trepar.

—¡Por la lanza de Woden! Amigo, aquí cerca hay una colina —dijo el pelirrojo jadeando—. No es más alta que esta excepto por un abismo que hay al nordeste, donde la tierra se levanta para formar un acantilado cortado casi a pico sobre el mar. Pero tampoco sirve porque la tierra va ascendiendo poco a poco y ese monstruo podría subir perfectamente por ella… ¡Ahí viene otra vez!

—¡Muéstranos el camino hasta ese promontorio! —dijo Conan—. Tengo un plan.

El hombre de norte se encogió de hombros y los condujo a través de la selva. Cuando Chabela se fatigaba, Conan la tomaba en brazos. La muchacha pesaba un poco, pero el gigantesco cimmerio la cargaba casi sin esfuerzo. Detrás de ellos se oía perfectamente el ruido que hacía el monstruo al avanzar por entre la densa vegetación.

Una hora más tarde, cuando el sol ya se hundía en el horizonte azul, la muchacha, Conan y el marinero pelirrojo llegaron a la colina llenos de arañazos y con la ropa hecha jirones.

El acantilado se alzaba sobre un precipicio triangular que tenía forma de buque. Conan recordó haberlo visto desde el *Holgazán* cuando el buque bordeaba el extremo norte de la isla, rumbo a donde estaba anclado ahora.

El marinero había relevado al cimmerio en el transporte de la joven. Los dos hombres salieron de la selva e iniciaron el suave ascenso. A medio camino, el pelirrojo dejó a Chabela sobre la hierba, y los dos aventureros se detuvieron para ver si el monstruo de piedra todavía los perseguía.

Así era, a juzgar por el constante ruido de hojas y ramas que se quebraban.

—Bueno, ¡por Crom y por Mitra! ¿Cuáles son tus planes? —preguntó el marinero.

—Sigamos hasta la cima —dijo Conan señalando el acantilado.

Una vez allí, se inclinó sobre el borde y miró hacia abajo. A unos treinta metros de profundidad, el mar entraba y se retiraba intermitentemente, golpeando contra las rocas que brillaban como el cristal al ser acariciadas por las olas. Entre los salientes de aquel pequeño acantilado había varios hoyos.

Algunos podrían medir varios metros cuadrados, y el agua seguramente sería profunda.

Chabela miró hacia atrás y gritó cuando la monstruosa forma emergió de la selva. Con un gran ruido de helechos y de lianas que cedían bajo su peso, el enorme sapo salió a campo abierto. Sus siete ojos se clavaron inmediatamente en los tres fugitivos y comenzó a avanzar con rapidez pendiente arriba, arrastrándose sobre su repugnante vientre de piedra.

—Nos tiene acorralados —dijo el pelirrojo—. Ha llegado la hora de que los pobres marineros abandonen el barco, ¿no?

—Todavía no —repuso Conan, que explicó su plan en pocas palabras.

Mientras tanto, el extraño y monstruoso sapo seguía ascendiendo, con los siete ojos brillando bajo la luz del sol poniente. Al acercarse a su presa dejó de arrastrarse y comenzó a dar saltos. La tierra temblaba cada vez que su enorme cuerpo de piedra saltaba. Se acercó más y más, abriendo la boca desdentada.

Conan se inclinó y tomó varias piedras, al tiempo que gritaba:

—¡Ahora!

Entonces Chabela corrió sobre el borde del acantilado, alejándose de Conan, y el pelirrojo hizo lo mismo, pero en dirección contraria, dejando al cimmerio en lo alto del risco, frente a frente con el monstruo.

Cuando los dos fugitivos salieron disparados en direcciones opuestas, el enorme sapo se detuvo con los ojos centelleantes, como si dudara a quién perseguir.

—¡Vamos! —bramó Conan lanzando una piedra.

El improvisado proyectil chocó con fuerza contra el hocico del monstruo. A esta siguió una segunda piedra, que le golpeó ruidosamente en uno de los ojos. La piedra rebotó, pero se esfumó la llama verde que ardía en aquel ojo como si el golpe le hubiera destruido la órbita.

Antes que Conan tuviera tiempo de arrojar una tercera piedra, el animal ya estaba encima de él.

Encogió sus macizos miembros traseros para el salto final, que lo llevaría al mismo borde del precipicio con las fauces abiertas de par en par.

Cuando el enorme sapo saltó, Conan se dio media vuelta y saltó al vacío. Luego giró en el aire y cayó como una flecha en el pozo más grande. Entró en el agua con los brazos extendidos hacia adelante y emergió inmediatamente a la superficie.

En la cima del acantilado, el monstruo dio su último salto en el mismo lugar en el que había estado Conan. Las patas delanteras tocaron el borde, que se quebró bajo el fuerte impacto, lanzando hacia abajo una lluvia de piedras y de tierra. Las dos patas resbalaron y el cuerpo del monstruo se deslizó hacia adelante. Durante un segundo colgó sobre el vacío, hasta que cayó dando varias vueltas sobre sí mismo, con un montón de piedras detrás de él. El cuerpo de piedra chocó contra las rocas con un estruendo espantoso.

Conan salió del pozo chorreando agua y apartó de su rostro los mojados cabellos. No había caído en el centro del pozo. Un enorme jirón de sus ropas le reveló la existencia de una herida que se extendía desde las costillas hasta el muslo. Se había hecho daño con una de las puntiagudas rocas del fondo.

Pero el cimmerio ignoró la herida para examinar los restos del sapo.

La piedra podría cobrar vida mágicamente, pero seguía siendo piedra. El monstruo se había quebrado en cien pedazos que yacían por todas partes en la base del acantilado. Conan se acercó a los restos y le costó trabajo comprobar que uno de los trozos pertenecía a una pata de la extraña criatura, y que otro había formado parte de la cabeza. Los demás fragmentos estaban desparramados entre las rocas.

Saltando de piedra en piedra, Conan avanzó a lo largo del acantilado, hasta que encontró un lugar por el que podía ascender más cómodamente. Luego retrocedió y se unió a sus dos compañeros en la cima del risco.

El marinero pelirrojo estaba inclinado sobre el borde, contemplando los restos del extraño animal.

—¡Por las garras de Nergal y las tripas de Marduk, amigo! ¡Esto es fantástico! Pero ya que hemos hecho frente al peligro juntos, es hora de que nos conozcamos mejor. Soy Sigurd de Vanaheim, honrado marino refugiado en estas costas con su tripulación a causa de un naufragio. ¿Y tú?

Conan miraba a Chabela.

—¡Por Crom! —exclamó—. ¿No eres Chabela, la hija de Ferdrugo?

—Sí —respondió la joven—, y tú eres el capitán Conan.

La muchacha ya había pronunciado antes su nombre, cuando la encontró mientras huía del monstruo, y esto le había proporcionado una pista acerca de quién era la joven. Los capitanes bucaneros y las princesas reales no se mezclaban en la corte zingaria. Sin embargo, Conan la había visto muy a menudo en fiestas, desfiles y otro tipo de ceremonias.

Dado que la mayor parte de los botines iban a parar a la corona, el rey Ferdrugo invitaba de vez en cuando a sus capitanes bucaneros a las celebraciones. Las largas piernas, las enormes espaldas y el rostro impasible del gigantesco cimmerio se habían grabado en la mente de Chabela, y Conan la había reconocido enseguida a pesar de sus destrozados vestidos, los cabellos revueltos y la ausencia de maquillaje en su hermoso rostro.

—¡En nombre de todos los dioses! ¿Qué hacéis aquí, princesa?

—¡¿Princesa?! —exclamó Sigurd, asombrado.

Con su rudo rostro más rojo que nunca, miró a la muchacha

medio desnuda a la que había tratado tan ásperamente y hablado con tanta familiaridad.

—¡Por las barbas de Ymir y el fuego de Baal! Alteza, perdonad mi lenguaje. ¡Una princesa, y yo la he llamado mocita…!

El hombre del norte apoyó una rodilla en el suelo, al tiempo que miraba a Conan con tristeza. El gigantesco cimmerio sonrió.

—Levántate, capitán Sigurd —dijo Chabela—, y no pienses más en eso. La etiqueta real está tan completamente fuera de lugar aquí como un caballo sobre un tejado. Las cosas irán mejor si nos seguimos tuteando. ¿Conoces al capitán Conan, mi otro salvador?

—Conan… Conan —musitó Sigurd—. ¿El cimmerio?

—Sí —gruñó Conan—. ¿Acaso has oído hablar de mí?

—Sí. He oído contar cosas acerca de ti en Tor… —Sigurd se interrumpió.

—Estuviste a punto de decir Tortage, ¿verdad? Ya pensaba yo que tenías aspecto de barachano. Yo también pertenecí a la Hermandad hasta que las cosas se pusieron feas para mí. Ahora soy capitán del *Holgazán*, un buque de la corte zingaria. ¿Amigos?

—¡Sí, por la cola de pez de Llyr y el martillo de Thor! —exclamó el hombre del norte, estrechando las dos manos de Conan—. Pero debemos tener cuidado de que nuestros muchachos no se peleen. Los míos son, en su mayoría, argoseos, y creo que los tuyos han de ser casi todos zingarios. En un abrir y cerrar de ojos intentarán matarse unos a otros. Y puesto que ni tú ni yo pertenecemos a ninguna de esas dos razas, no hay razón alguna para que esos viejos enconos nos separen, ¿no es cierto?

—Sí —repuso Conan—. ¿Y cómo llegaste aquí con tus hombres?

—Embarrancamos sobre una roca en la punta sur y el barco se hundió. Pudimos salvar la mayor parte de nuestro equipo y provisiones, pero el capitán enfermó y murió. Yo era el segundo de a bordo, por lo que me convertí en jefe desde la última luna. Mientras tanto, intentamos construir una balsa lo bastante fuerte como para que nos llevara al continente.

—¿Conocías el templo negro?

—¡Oh, sí! Mis hombres y yo atisbamos en su interior desde la puerta y vimos el altar negro, pero tenía un aura maligna y nos fuimos enseguida.

Los ojos azules de Sigurd miraron hacia el oeste, donde el sol

tocaba el horizonte. Luego agregó:

—Piensa de mí lo que quieras, amigo, pero esta caza por la selva y la lucha contra ese endiablado monstruo me ha dado una sed terrible. Regresemos a mi campamento; tal vez consigamos un poco de vino para confortar nuestras almas. Queda poco, pero creo que nos lo hemos ganado.

8. La Corona de la Cobra

Zarono casi se volvió loco de ira cuando regresó al *Petrel* y se enteró de que Chabela se había ido.

Los marineros que habían quedado de guardia en la cubierta de popa y en la puerta del camarote de la prisionera fueron encadenados inmediatamente a la quilla.

Antes del amanecer del día siguiente, Zarono desembarcó de nuevo con unos cuantos hombres Se pasaron todo el día buscando a la princesa, que era indispensable para sus planes. Encontraron algunos trozos de su vestido, pero, aun cuando eran una prueba evidente de que la muchacha había estado allí, no arrojaban ninguna luz sobre su paradero actual.

Los hombres también descubrieron los restos del campamento de Sigurd. Sin embargo, no había rastros de los piratas barachanos.

Al atardecer, Zarono, decepcionado y más furioso que nunca, regresó a bordo del *Petrel*.

—¡Menkhara! —llamó.

—¿Sí, capitán Zarono?

—Si tu magia sirve para algo, esta es la ocasión de demostrarlo ¡Dime adónde se ha ido la princesa!

Poco después, Zarono, sentado en su camarote, contemplaba cómo el estigio montaba el aparato con el que había puesto en práctica su magia en el palacio del duque Villagro. El brasero siseó y el hechicero dijo:

—¡Iao, Setesh…!

La nube de humo de color verde jade se condensó y en ella cobró forma un paisaje marino. Mostraba un mar en calma en el que se veía una nave ligera y graciosa con todo su aparejo. Pero las velas colgaban flojas mientras el barco se balanceaba suavemente sobre las tranquilas aguas.

—El *Holgazán* de Conan con un mar en calma —dijo Zarono cuando la visión se esfumó—. Pero ¿dónde?

Menkhara extendió ambas manos con un gesto de desaliento.

—Lo siento, pero mi magia no llega a tanto. Si hubiera sol, podría decirte al menos en qué dirección navegan. Pero así…

—¿Quieres decir —gruñó Zarono— que pueden encontrarse en cualquier punto del horizonte, pero que tú no puedes decir dónde?

—No soy el gran Toth-Amon —repuso Menkhara—. Hago lo que puedo.

—¿Puedes ver si la princesa está a bordo?

—No, pero estoy seguro de que está allí, ya que, de lo contrario, la visión no habría mostrado el barco. Seguramente está durmiendo en algún camarote.

—Tenía que haber gozado de su cuerpo cuando tuve la ocasión —dijo Zarono con un gruñido—. Pero ¿qué hacer, ahora?

—Quizá el *Holgazán* ponga rumbo a la costa de Kush, pero es muy probable que se dirija a Kordava.

»El capitán Conan se apresurará a devolver a la princesa a su padre para cobrar una buena recompensa por ella.

—Si navegamos a toda velocidad hacia el norte, ¿podríamos cortarles el paso?

—Creo que no. El océano es muy ancho, y si la calma detiene el barco de Conan, detendrá también el tuyo. Podrían estar navegando hacia el nordeste en dirección a las costas de Shem, para pedirle ayuda a Tovarro, el hermano del rey. No podemos saberlo a ciencia cierta, pero olvidas cuál es nuestro objetivo.

—¡La muchacha y el tesoro constituyen nuestra meta principal!

—No. Me refiero al gran Toth-Amon. Una vez que contemos con su ayuda, no importará que la princesa vuelva al lado de su padre o a casa de su tío. El príncipe de los hechiceros puede controlarlo todo con la misma facilidad que si se tratara de marionetas pendientes de un hilo. Pongamos rumbo a la costa estigia. Y si en el camino nos encontramos con el barco de Conan, tanto mejor. Si eso no ocurre, tampoco tiene mucha importancia.

Desde la costa estigia, Zarono y Menkhara emprendieron la marcha en caravana. La mitad de la tripulación se quedó atrás vigilando el *Petrel*, mientras que la otra mitad, armada hasta los dientes, seguía a su capitán. El viaje en caravana le costó una buena cantidad de oro a Zarono, lo que el tacaño zingario sintió enormemente.

Al igual que la mayoría de los marinos, Zarono se sentía incómodo en tierra. Estaba fuera de su elemento y se sentía un tanto desamparado. Aunque el desierto podía compararse de alguna manera con el mar, lo cierto era que esa gran extensión de arena le resultaba extraña. No le agradaba el rítmico andar del camello ni el aire del desierto, que le secaba completamente la garganta.

Sin embargo, debía soportar todas aquellas incomodidades. Al tercer día vieron el oasis de Khajar.

Estaba formado por un oscuro y solitario conjunto de palmeras que rodeaban un extraño estanque, y en medio de la vegetación se destacaba el contorno de un enorme edificio.

Se acercaron al oasis con grandes precauciones. Menkhara cabalgaba a la cabeza del grupo a fin de que sus ropas, que indicaban que se trataba de un sacerdote de Set, pudieran ser vistas por cualquier persona que estuviera vigilando.

En el oasis reinaban la quietud y el silencio. No había pájaros revoloteando sobre el estanque ni encima de las palmeras. Ningún centinela les impidió el paso. Los camellos doblaron sus patas delanteras, una a una, haciendo peligrar la integridad física de sus pasajeros.

—Vigila a los camellos —le ordenó Zarono a su segundo—. Esos perros tienen miedo y podrían escapar, dejándonos en este asqueroso lugar.

Luego Zarono y Menkhara avanzaron a pie, bordeando el negro estanque, y se dirigieron al edificio que se alzaba al fondo. A Zarono no le gustaba nada el aspecto del estanque. Era negro como el carbón y brillaba con un resplandor siniestro a la luz del mediodía. En su superficie había grandes manchas de aceite que de cuando en cuando se movían siniestramente, como si tuvieran vida. A un lado había un bloque de piedra rojiza que parecía un altar. Tenía manchas oscuras en varios puntos. Zarono palideció y sintió un escalofrío cuando pensó en lo que podría reflejarse en el negro

espejo de aquella superficie líquida.

Bordearon el siniestro estanque y se acercaron a la morada de Toth-Amon
. Enseguida vieron que el edificio, al igual que el estanque, era de piedra rojiza. Zarono jamás había visto unos signos tan extraños como los que había sobre la arcada de la puerta principal. El diseño del edificio era simple y severo. A Zarono le resultó difícil relacionarlo con algún estilo conocido, salvo, quizá, con las enormes pirámides que había en el desierto, cerca de Khemi. En conjunto, la estructura se parecía más a una tumba que a una casa.

El oscuro umbral tenía el aspecto de una enorme boca abierta en medio de una masa de piedra rojiza.

Menkhara caminó sin pausa en dirección a las fauces de piedra y trazó un signo críptico en el aire.

Zarono vio, asombrado, que el signo se dibujaba por un instante en el vacío debajo de unas líneas de fuego verde.

En el interior todo era piedra y silencio. No había señal alguna de guardianes o de criados. Menkhara avanzó confiadamente y Zarono se resignó a seguirlo de cerca.

Más allá de la antecámara, se perdía en la densa oscuridad un tramo de escalera de piedra, desgastada por los siglos. Descendieron por debajo del nivel de desierto hasta que llegaron a un salón.

Allí había luz. El siniestro resplandor de color verde procedía de unos candelabros de cobre pulido. A la luz de color esmeralda, Zarono vio que el enorme salón estaba flanqueado por dos filas de enormes columnas talladas con los mismos jeroglíficos que había visto en la puerta de entrada. Al fondo de este salón había un hombre sentado sobre un trono de piedra negra y brillante. Al acercarse un poco más, Zarono lo vio mejor.

El hombre era un verdadero gigante, con anchas espaldas y rostro de halcón. Su piel tenía un tono profundamente bronceado, desde su cráneo afeitado hasta los pies calzados con sandalias. Vestía una simple túnica larga y blanca. El único adorno que llevaba era un anillo de cobre en forma de serpiente que se enroscaba tres veces en uno de sus dedos y se mordía la cola con la boca.

Zarono pudo intuir algo acerca del carácter del personaje llamado

Toth-Amon
, a juzgar por las líneas severas del edificio y la ausencia de adornos en la túnica del hechicero. Se trataba de un hombre para el que las riquezas materiales no significaban nada. Su pasión se centraba en algo intangible: el poder sobre sus semejantes.

Cuando se detuvieron a poca distancia del trono, el hombre que estaba allí sentado habló con una voz clara y fuerte:

—¡Te saludo, Menkhara, pequeño hermano!

Menkhara se puso de rodillas y tocó las negras losas de piedra con la frente.

—He venido a verte en nombre del Padre Set, señor —musitó.

Zarono se dio cuenta, con cierta inquietud, de que el sacerdote estaba atemorizado, lo que le hizo sudar copiosamente, a pesar del aire seco del desierto.

—¿Quién es este zingario de rostro negro que has traído a mi casa? —preguntó
Toth-Amon
.

—Es el capitán Zarono, un bucanero, temido señor. Un emisario de Villagro, duque de Kordava.

Los fríos ojos del hombre miraron a Zarono de arriba abajo. El bucanero tuvo la impresión de que la inteligencia que alentaba tras aquella mirada estaba tan lejos de toda consideración terrenal que los actos de los hombres le resultaban completamente ajenos.

—¿Y qué tengo yo que ver con Zíngara o Zíngara conmigo? —preguntó
Toth-Amon
.

Menkhara abrió la boca para contestar, pero Zarono decidió que había llegado el momento de dar explicaciones. Con una audacia increíble, incluso para él, dio un paso hacia adelante, apoyó una rodilla en el suelo y le tendió al hechicero el pergamino que contenía la carta de Villagro.
Toth-Amon
la tomó con la mano en la que llevaba el anillo de cobre y luego la apoyó sobre sus rodillas.

—A ti, el más poderoso de todos los magos —empezó a decir Zarono—, te traigo saludos del señor de Kordava, que te ofrece

espléndidos regalos a cambio de un pequeño servicio que te explica en esta carta.
Toth-Amon
ni miró la carta. Parecía conocer ya su contenido. Luego reflexionó durante un momento.

—Mi mayor deseo es acabar con el maldito culto a Mitra y renovar la adoración a nuestro Padre Set —murmuró—. Pero estoy ocupado con importantes operaciones mágicas, y el oro de Villagro no significa nada para mí.

—Eso no es todo, temido señor —intervino Menkhara, sacando de su túnica el Libro de Skelos—. En nombre de la buena voluntad del duque, te suplicamos que aceptes este regalo de nuestras manos.

Acto seguido dejó el libro a los pies de
Toth-Amon
.

El gran hechicero hizo chasquear los dedos, y el libro dio un salto en el aire y cayó suavemente sobre su regazo. Luego, el poderoso brujo lo ojeó displicentemente.

—Es realmente un magnífico regalo —dijo—. No sabía que existiera una cuarta copia. ¿O habéis asaltado la biblioteca real de Aquilonia?

—Nada de eso, temido señor —explicó Menkhara—. La casualidad hizo que encontráramos este ejemplar en la Isla sin Nombre, situada en el Océano Occidental…

Menkhara se detuvo en el acto, porque el cuerpo del sombrío gigante sentado delante de ellos se había puesto rígido. En los ojos del negro apareció un frío brillo. Hasta el aire del salón pareció congelarse, y Zarono intuyó el enorme peligro que se cernía sobre ellos. El bucanero contuvo la respiración. ¿Habrían hecho algo que pusiera furioso al gran mago?

—¿Os habéis apoderado de algo más en el altar de Tsathoggua, el
dios-sapo
? —preguntó
Toth-Amon
con una voz suave como el sonido de una espada al salir de la vaina.

Menkhara se puso a temblar.

—Nada más, temido señor, salvo uno o dos sacos de gemas…

—Que, por supuesto, estaban en el altar encima del libro, ¿verdad?

Menkhara asintió, asustado, con un movimiento de cabeza.

Toth-Amon se puso en pie. En sus ojos centelleaba el fuego del mismísimo infierno. Toda la habitación pareció arder con fuego verde y el suelo crujió como bajo los pies de un gigante. El mago dijo con voz de trueno:

—¡Gusanos asquerosos! ¡Estos son los estúpidos que me sirven a mí, Toth-Amon! ¡Set, padre poderoso, dadme hombres más inteligentes como esclavos! ¡Ai kan-phog, vaa!

—¡Poderoso príncipe de los magos! ¿Te hemos ofendido? —preguntó Menkhara tímidamente.

La torva mirada del poderoso estigio se posó con una mortal furia sobre los dos hombres que tenía delante. Su voz parecía el siseo de una serpiente.

—¡Sabed, estúpidos, que allí, debajo del ídolo, estaba escondido algo cuyo valor no se puede comparar con toda la riqueza del mundo, y frente a lo cual el Libro de Skelos no vale más que una mísera moneda de cobre! ¡Me refiero a la Corona de la Cobra!

Zarono se quedó boquiabierto. Había oído hablar de ese talismán sagrado de los hombres-serpiente de Valusia; era el más potente que había en el mundo: la todopoderosa corona de los reyes-serpiente, con la que consiguieron, en tiempos prehumanos, dominar toda la Tierra. ¡Y ellos habían cogido el libro y las piedras preciosas, dejando allí el supremo tesoro!

9. Viento en el aparejo

Durante días el *Holgazán* permaneció inmóvil en calma chicha en los alrededores de la Isla sin Nombre. Los hombres estaban sentados detrás de la borda y arrojaban las cañas de pescar al agua. A unos metros del barco, la tripulación del bote sudaba sobre los remos remolcando al *Holgazán*, sujeto por la proa, centímetro a centímetro, hacia las playas desconocidas.

Conan maldecía e invocaba a los dioses de su salvaje Cimmeria, pero todo era en vano. Las velas seguían colgando flojas, día tras día, sin que las agitara la menor ráfaga de viento Las suaves olas lamían el casco sin hacer ruido. Hacia el sur se oían truenos, y por la noche los relámpagos iluminaban el firmamento, pero en el lugar en el que se encontraba el *Holgazán* todo era calma.

El fornido Conan estaba preocupado. El barco de Zarono podría atacarlo, a menos que la misma calma detuviera a ambos buques. También era probable que el zingario estuviera detenido con su barco en el horizonte, o que hubiera tomado otro rumbo al abandonar la isla, perdiendo de vista al *Holgazán*.

Por otro lado, estaban Sigurd y su tripulación. Conan simpatizaba mucho con el marinero pelirrojo de Vanaheim, y le había ofrecido colchonetas para que descansara entre los hombres de su propia tripulación. Sabía por anticipado que eso causaría molestias, y así fue. Entre los bucaneros de Zíngara y los piratas había una feroz rivalidad. Los piratas eran en su mayoría argoseos de las islas. Había constantes peleas entre los hombres, que difícilmente podría convertirse en una simpatía mutua.

Sin embargo, los marineros tenían un sentido de código del honor propio. Por muy duro que fuera en muchos sentidos, Conan era incapaz de levar el ancla y marcharse, dejando allí solos a aquellos hombres, completamente abandonados a su suerte. Había

confiado en que él y Sigurd podrían mantener la paz. Pero no lo consiguieron. Al principio los zingarios habían provocado a los náufragos, hasta que finalmente estalló el conflicto. Algunas veces, tanto Conan como Sigurd interrumpían una pelea y los dos capitanes obligaban a ambos contendientes a entrar en razón, pero, al cabo de poco tiempo, estallaba otra disputa.

Aquella maldita calma chicha aumentaba aún más la tensión entre los grupos rivales de corsarios.

Conan, furioso, gritaba maldiciones crispando los puños sobre la borda. Esperaba que se levantara viento para dar trabajo a los hombres y así mantenerlos tan ocupados que no pudieran pensar en pelear.

Además, le preocupaba otro problema. Chabela le había confiado todo lo que sabía sobre Zarono y su hechicero estigio, el hombre con ojos de serpiente. En parte se trataba de información que ella había escuchado y que se les había escapado a ambos hombres, y en parte de lo que ella intuía acerca de las razones del viaje de Zarono y la captura del barco, que preocupaba mucho al cimmerio. La lúcida joven comprendió que se tramaba una conspiración contra la corona, y se lo hizo saber a Conan.

En esos momentos, el cimmerio se encontraba en un dilema. Él era un simple bucanero, y los conflictos dinásticos de los reinos le tenían sin cuidado. Por otro lado, le debía muy poco al rey Ferdrugo de Zíngara. Es verdad que el viejo monarca le había hecho un encargo real como marinero de la corona, y Kordava proporcionaba a Conan un puerto seguro después de sus viajes. Pero, en realidad, era lo menos que podía esperar del rey de Zíngara. En casi todos los casos, Conan cobraba un pequeño porcentaje de sus botines.

Sin embargo, en esos asuntos, la caballerosidad cimmeria se contraponía a sus intereses personales.

Un hombre bárbaro no podía quedarse de brazos cruzados ignorando los ruegos de una hermosa princesa zingaria, mientras su padre caminaba hacia la muerte con la ayuda de la brujería estigia. En consecuencia, aunque no sabía nada de lo que en realidad se estaba tramando, Conan decidió ayudar a la joven.

Evidentemente, no era solo el altruismo el que movía al cimmerio. También él tenía sus ambiciones.

No pensaba seguir siendo pirata toda su vida. Si salvaba al rey de Zíngara y a su hija de manos de los traidores, fortaleciendo así el tambaleante trono, ¿qué podría solicitar como recompensa? ¿Un ducado? ¿Un almirantazgo?

Conan incluso pensaba en la posibilidad de pedir la mano de Chabela y convertirse en príncipe consorte. ¿Por qué no? En su vida aventurera, muchas mujeres le habían dado a Conan su más íntima hospitalidad. Pero aunque el cimmerio trataba a las mujeres con una caballerosidad un tanto ruda, siempre había evitado el yugo del matrimonio. Para un hombre cuya vida había estado llena de viajes, aventuras y batallas, la idea de sentirse atado a un hogar y la obligación de pensar en el bienestar de una familia le resultaban insoportables.

Sin embargo, ya había cumplido los treinta y cinco años y se habían calmado los impulsos y ardores de la juventud. Aunque no mostraba huellas de cansancio o de desgaste físico, salvo las numerosas cicatrices que marcaban su poderoso cuerpo, pensaba que no podía seguir mucho tiempo más con ese tipo de vida. En consecuencia, era necesario pensar en el futuro. Chabela era una muchacha inteligente, hermosa y audaz, y además, parecía gustarle. Los proyectos que Conan comenzaba a albergar no eran nada descabellados…

Conan se apartó de la borda frunciendo el ceño, sumido en sus pensamientos, bajó a su camarote y se dejó caer en una silla. Sus ojos se posaron en las piedras preciosas y sonrió un tanto amargamente.

Algo había ganado con sus esfuerzos. Sobre la mesa, delante de él, centelleaba la Corona de la Cobra bajo los rayos de sol que se filtraban por uno de los ojos de buey. La luz arrancaba de sus gemas verdaderas llamaradas de fuego.

Al regresar del acantilado por el que se había despeñado el ídolo, Conan y sus compañeros habían pasado una vez más delante del templo negro. Entonces les pareció que el aura maligna que reinaba allí había desaparecido completamente. El edificio de piedra negra brillaba, bañado por la luz del sol. Ya no producía un escalofrío de horror a quien lo contemplara.

Conan había vuelto a entrar cautelosamente en el siniestro templo. En el lugar en el que había estado durante siglos el

dios-sapo
había un oscuro agujero. Cuando Conan se inclinó para asomarse a la cavidad, sus avisados ojos notaron el brillo de las gemas. ¿Acaso Zarono se habría olvidado de llevarse algo? Conan introdujo la mano en el hueco y extrajo la Corona de la Cobra.

Se trataba de un cono de oro hueco con miles de gemas incrustadas. Conan pensó que aquellas piedras preciosas parecían diamantes, aunque el arte de cortarlos y pulirlos no era conocido por los artesanos de su tiempo. La Corona tenía la forma de una serpiente enroscada, con la cabeza levantándose por detrás y curvándose por encima, de modo que casi colgaba sobre la frente de quien se la pusiera. Miles de gemas adornaban la Corona, y su valor era incalculable. Después de todo, el viaje a la Isla sin Nombre había producido beneficios.

Un rugido de excitación apartó al bucanero de sus sombríos pensamientos.

—¡Por Frigga y por Shaitán!

Conan sonrió al reconocer la voz de Sigurd. Un momento después, el rostro del barbudo pelirrojo enrojecía emocionado mientras miraba a Conan desde el umbral del camarote. Antes de que ninguno de los dos pudiera decir algo, Conan se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Hasta sus oídos llegaron los atronadores latigazos del velamen al tensarse y la música del viento en el aparejo. El camarote se inclinó al ponerse en movimiento la nave. Por fin había llegado el viento. ¡Y qué viento! Durante dos días y una noche, el *Holgazán* capeó la tormenta arrastrado por un terrible simún, un viento que hacía que los marinos de la Edad Hybórea evitaran aquellos mares.

Cuando amainó el viento, el *Holgazán* ancló en una pequeña ensenada. Conan no sabía dónde se encontraba realmente, porque no había sol ni estrellas en el firmamento, que estaba encapotado. Solo sabía que habían navegado rumbo al este. A juzgar por el aspecto de la costa, con abundante vegetación, pensó que seguramente se encontraban al sur de las praderas de Shem. Pero no sabían si aquella ensenada pertenecía a Estigia o al reino de Kush, o tal vez a los países negros situados más al sur aún.

—Es un lugar un poco extraño, capitán —comentó Zeltran, el segundo de a bordo—. ¿Dónde estaremos?

—Solo el diablo lo sabe, y él se ocupará de explicarlo —repuso Conan con un gruñido—. Lo importante ahora es encontrar agua. Los pellejos están casi vacíos. Nombra un grupo de desembarco para que cargue con las barricas. ¡Deprisa!

Zeltran corrió hacia la cubierta principal para reunir a los hombres. Cuando el grupo descendió a los botes, Sigurd miró hacia la costa frunciendo el ceño, al tiempo que gruñía una de sus maldiciones favoritas. El fornido pelirrojo cargaba con un pellejo vacío.

—¿Qué te ocurre, amigo? —preguntó Conan. Sigurd se encogió de hombros.

—Puede que no sea nada, Conan, pero esta tierra no se parece en absoluto a las costas de Kush.

—¿Y qué hay de malo en eso? Si manteníamos el rumbo este, igual hubiéramos llegado a Kush.

—Si es así, estas tierras no serán puerto seguro para marineros honrados. Los diablos negros se comen a los hombres. Y se dice que hay mujeres guerreras en el interior que son mucho más crueles y duras que los hombres.

Conan miró en dirección al primer bote que estaba llegando a tierra.

—Puede que sea así, pero, ante todo, debemos conseguir agua. Y nuestras provisiones tampoco son muy abundantes. Cuando tengamos la bodega llena, pondremos rumbo hacia el norte, una vez más, en dirección a Kordava.

10. La Costa Negra

La ensenada en la que habían anclado se encontraba en la desembocadura de un río pequeño y de poco caudal, a cuyas orillas había una densa vegetación y grandes palmeras. El bote del *Holgazán* redujo su velocidad en las aguas poco profundas, y varios bucaneros saltaron por la borda con el fin de comenzar el arrastre de la embarcación sobre la arena. Luego, mientras los arqueros montaban guardia, el grupo ascendió por la playa hasta la boca del río, cargando barricas vacías. Después siguieron vadeando la orilla, deteniéndose algunas veces para probar el agua y ver si ya habían alcanzado un lugar donde el líquido elemento fuera potable.

Conan, que había llegado a tierra con el segundo bote, permaneció en la arena con el ceño fruncido y los poderosos brazos cruzados sobre el pecho. La configuración de la desembocadura del río resultaba ligeramente familiar, y enseguida acudió a su memoria el nombre del río Zikamba. O bien había visto en algún mapa aquel trozo de costa, o realmente había atracado allí en alguno de sus viajes con Belit.

La expresión de su rostro se dulcificó al recordar los años vividos con la horda de salvajes corsarios negros y con Belit, una mujer lánguida, morena y de movimientos felinos, cuyos ojos eran como estrellas negras. Había sido el primer gran amor de su vida…

Con la rapidez de una tormenta tropical, surgió de entre la espesura una multitud de negros desnudos.

Sus cuerpos de ébano brillaban entre cuentas de colores, plumas y pinturas de guerra. Vestían pieles de animales salvajes y blandían lanzas emplumadas.

Conan, asombrado, bramó un juramento y saltó desde donde se encontraba, desenvainando la enorme espada mientras gritaba:

—¡A mí, perros bucaneros! ¡A las armas! ¡Vamos a por ellos!

El jefe de los guerreros negros era un musculoso gigante que parecía la estatua de un gladiador tallado en mármol negro. Al igual que el resto de sus hombres, estaba completamente desnudo excepto un taparrabos de piel de leopardo y varias plumas adornando su cuello. En la cabeza llevaba un penacho de plumas. Unos inteligentes ojos negros brillaban en su rostro de rasgos perfectos, con majestuosa dignidad.

En realidad, cuando Conan le clavó la mirada, tuvo la impresión de que aquel rostro le resultaba conocido. Pero el gigantesco cimmerio no tenía tiempo para hurgar en su memoria. Mientras subía rápidamente por la inclinada playa, el sol se reflejaba en la ancha hoja de su espada. Llegó a poca distancia de sus enemigos y se detuvo, haciéndoles frente.

El emplumado jefe negro también se detuvo súbitamente, extendió sus fuertes brazos y bramó:

—¡Simamani, wote!

La orden frenó a la horda de negros, excepto a uno, que pasó por el lado del jefe, apartó el brazo que este había levantado y empuñó un afilado assegai. Su brazo ya empezaba a moverse cuando el jefe, con la velocidad del rayo, hizo descender su kirri, un arma de madera dura, sobre el cráneo del guerrero. La víctima cayó de bruces sobre la arena.

Conan gritó a sus hombres que detuvieran el ataque. Por un momento, los dos grupos armados se miraron con expresión amenazadora. Se levantaron las jabalinas y se tensaron los arcos. Conan y el gigante negro se observaron en silencio, jadeando. Entonces, el jefe negro distendió los labios en una franca sonrisa.

—¡Conan! —exclamó en lengua hirkania—. ¿Ya te has olvidado de tu viejo amigo?

Mientras el negro hablaba, la memoria del gigantesco cimmerio se refrescó.

—¡Juma! ¡Por Crom y por Mitra! —bramó alegremente.

Dejando caer al suelo su enorme espada, corrió hacia el sonriente negro para estrecharlo entre sus brazos. Los bucaneros los miraban asombrados. Los dos gigantes se dieron palmadas afectuosas en los brazos y en la espalda durante unos segundos.

Años antes, Conan había servido como mercenario en los ejércitos del rey Yildiz de Turan, al este del país. Juma, el kushita,

había sido su compañero de armas. Habían servido juntos en una fracasada expedición a la lejana Hirkania, escoltando a una de las hijas del rey Yildiz que iba a contraer matrimonio con un príncipe nómada de las estepas.

—¿Recuerdas aquella batalla en las nieves de los montes Talakmas? —preguntó Juma—. ¿Cómo se llamaba aquel rey pequeño y feo? Creo que era algo así como Jalug Thongpa[1].

—¡Sí! ¡Y recuerdo también cómo aquel ídolo verde del rey-demonio Yama, alto como una casa, cobró vida y aplastó a su único hijo como si fuera una chinche! —repuso Conan riendo a carcajadas —. ¡Por Crom, aquellos sí que eran buenos tiempos! Pero, dime, por todos los infiernos, ¿qué haces aquí? ¿Cómo has llegado a convertirte en jefe de estos guerreros?

Juma se echó a reír.

—Contéstame tú a esto, Conan. ¿Dónde ha de estar un guerrero negro, sino en la Costa Negra? ¿Y adónde debe ir a parar un kushita si no es a Kush? Pero yo podría hacerte la misma pregunta. Conan, ¿cómo te has convertido en pirata?

Conan se encogió de hombros.

—Un hombre tiene que vivir de algo. Además, no soy pirata, sino más bien un corsario legal, con credenciales de la corona de Zíngara. Bueno, ya sé que no hay mucha diferencia… Pero cuéntame tus aventuras. ¿Por qué te fuiste de Turan?

—Estoy acostumbrado a la selva y al desierto, Conan. No soy un nativo del frío norte, como tú. Entre otras cosas, estaba cansado de pasar frío con los inviernos turanios. Por otro lado, cuando tú te fuiste al oeste, se acabaron las aventuras. Sentí nostalgia de volver a contemplar una palmera y de gozar de una rolliza negra a la sombra de un árbol de vez en cuando. Por eso renuncié a mi puesto, vine a los reinos negros del sur ¡y me convertí en rey!

—Rey, ¿eh? —gruñó Conan—. ¿De qué reino? No sabía que por aquí hubiera otra cosa que bandas de desnudos salvajes.

El rostro de ébano de Juma se iluminó con una sonrisa.

—Eso es lo que son… o al menos lo eran antes de que llegara Juma para enseñarles las artes de la guerra civilizada.

Juma volvió la cabeza y les dijo algo a sus hombres, que se movían nerviosos detrás de él. Los guerreros negros observaban asombrados a su jefe, que hablaba con aquel extranjero en una

lengua que no entendían.

—¡Rahishi! —exclamó Juma con voz potente.

Los negros tomaron asiento sobre la arena. Los bucaneros que se encontraban detrás de Conan hicieron lo mismo, aunque sin apartar los ojos de los negros. Juma siguió diciendo:

—Encontré a mi tribu en guerra con una tribu vecina. La conquistamos y la integramos a la nuestra.

Luego me convertí en su jefe guerrero. Entonces conquistamos otras dos tribus más y me nombraron príncipe. Ahora domino toda la costa, en una extensión de cincuenta leguas, y estamos en camino de convertirnos en una nación. Incluso tengo el proyecto de construir una ciudad, que se convertirá en la capital del reino.

—¡Por la sangre del infierno! —exclamó Conan—. Has aprendido mucho más que yo de eso que llaman civilización. Al menos has ascendido de categoría. ¡Enhorabuena! Cuando tus hombres nos atacaron, pensé que los dioses se habían cansado de jugar con nosotros y que nos borrarían del mapa.

»Atracamos aquí en busca de agua, porque sufrimos días de calma chicha en una maldita isla llena de serpientes fantasmagóricas y de estatuas que caminaban.

—Tendrás suficiente agua para llenar tu barco —prometió Juma —. Y una vez que hayas cargado a bordo todo lo que necesites, serás mi invitado en la aldea esta noche. Celebraremos una fiesta que recordarás toda tu vida. ¡Tengo una nueva cosecha de licor de banana que podrá satisfacer incluso tu sed!

Esa noche, la mayor parte de la tripulación de Conan durmió sobre unas esterillas de junco en la aldea de Juma, llamada Kulalo, dejando a bordo un reducido turno de servicio. Kulalo, que era una aldea bastante grande, estaba formada por un triple círculo de cabañas cónicas de bambú y paja, protegidas por una alta empalizada de arbustos espinosos. Los nativos cavaron un enorme hoyo en el claro que había en el centro de la aldea, luego lo llenaron de leña y asaron bueyes y antílopes enteros.

Se pasaron de mano en mano cuencos de madera tallada que contenían un licor dulzón con sabor a banana, que parecía suave. Mientras algunos músicos negros hacían sonar sus tambores

rítmicamente, otros tocaban flautas y tañían liras, y las jóvenes negras, ataviadas tan solo con algunas cuentas de colores y plumas, bailaban delante de las hogueras. Batían palmas y gritaban a coro, al tiempo que se contoneaban sensualmente, ofreciendo un espectáculo digno de cualquier corte imperial. Los marineros comían como lobos hambrientos. Después de la carne se sirvieron tortas endulzadas con miel y montañas de frutas maduras.

Los hombres de Sigurd también participaron en la celebración. La fiesta, ruidosa y alegre, fascinó a los argoseos. Por una vez, estos y los zingarios estuvieron demasiado ocupados con la comida y la bebida como para pelearse. Varias muchachas de ébano fueron seducidas por los marineros y conducidas a alguna cabaña para aplacar sus deseos.

Conan temió que surgieran problemas por ese motivo Sus bucaneros no habían visto una mujer desde hacía semanas. Sin embargo, se sintió agradablemente sorprendido de que los negros guerreros de Juma no le dieran importancia al asunto. En realidad, parecían considerar un cumplido el hecho de que sus mujeres fueran solicitadas…, si bien, después de que un marinero tomaba a una mujer, tenía que enfrentarse con un negro que extendía la mano esperando una recompensa. Aliviado al ver que no habría problemas por culpa de las mujeres, Conan reflexionó acerca de las ventajas del salvajismo como forma de vida.

Sin embargo, la princesa Chabela consideraba que aquello era bestial y así lo manifestó. La joven tomó asiento entre Conan y Juma. Los dos jefes hablaron sin parar de sus respectivas aventuras desde que se separaron en Turan. Conan se divertía observando la expresión de la muchacha, que miraba a las parejas que retozaban en las sombras.

El cimmerio había temido que Juma solicitara los favores de Chabela a cambio de su hospitalidad.

Entre los kushitas esto era considerado como de buena educación. Pero cuando el gigantesco cimmerio frunció el ceño pensando en lo que haría para salir del apuro, Juma adivinó sus pensamientos y le dijo que conocía las costumbres de los hombres civilizados y que la princesa no tenía nada que temer.

Conan eructó con fuerza, cortes tributo a una buena comida, y luego dijo:

—¡Por las tripas de Crom, amigo! ¡No pude leer las estrellas para saber dónde nos encontrábamos!

»En el *Holgazán* no tenía mapas de esta costa situada tan al sur. Sin embargo, tenía la impresión de que no estábamos lejos del legendario país de las amazonas.

Después de pronunciar estas últimas palabras, Conan se bebió un cuenco lleno de licor.

—En cierta forma, así es —repuso Juma—. Al menos, las mujeres guerreras de Gamburu, que es su ciudad más importante, reclaman esta costa como territorio suyo. Pero no tienen medios eficaces para apoyar su reivindicación, ya que hay otras tribus entre mi tierra y la suya.

—Comprendo. Tengo entendido que son duras de pelar en la batalla. No quisiera comprobarlo, porque eso de pelear con mujeres va en contra de mis principios. ¿Has tenido dificultades con las amazonas?

—Al principio, sí. Estoy enseñando a mis hombres a disparar como los turanios —dijo Juma, moviendo la cabeza tristemente—. Pero resulta difícil. Por aquí no hay buena madera para hacer arcos, y mis hombres ni siquiera empluman sus flechas. Son muy testarudos y dicen que así se ha hecho desde que Damballah creó el mundo y que esa es la mejor manera de hacerlo. Algunas veces pienso que sería más fácil enseñar a bailar a una cebra. Pero a pesar de todo, ahora dispongo de los mejores arqueros de Kush. La última vez que las amazonas intentaron cruzar la frontera, dejamos a algunas con más púas que un puercoespín.

Conan se echó a reír y luego se llevó una mano a la frente. El licor de banana, aunque dulce, se le subía a la cabeza. Farfullando una disculpa, Conan se puso en pie tambaleándose, y se retiró a la cabaña más cercana para evacuar el líquido que le sobraba en el estómago. Luego decidió que por esa noche ya estaba bien. Regresando a donde estaban las esteras del rey, el cimmerio cogió el bulto que había traído consigo. El saco contenía la Corona de la Cobra envuelta en una manta. No la había dejado a bordo del *Holgazán* porque aquella fortuna en gemas podría tentar al más fiel de los hombres.

Y puesto que Conan los apreciaba sinceramente, prefería alejarlos de la tentación antes que verse obligado a colgarlos de la

verga más alta del buque.

Mascullando las buenas noches a Sigurd, a Zeltran, a Juma y a la escandalizada princesa, Conan se dirigió tambaleándose a la cabaña que Juma le había preparado. Al cabo de unos minutos roncaba con la sonoridad de un trueno.

Conan no había observado la desagradable expresión que se dibujaba en el rostro de uno de los guerreros de Juma, un tipo malhumorado llamado Bwatu. Era el hombre que estuvo a punto de arrojar el assegai contra Conan en la playa y a quien Juma derribara de un solo golpe. Aquel golpe aún perduraba en el ánimo del rencoroso hombre. Bwatu, que era un importante guerrero de la tribu de Juma, se había sentido insultado y tratado como el último hombre de la aldea. Durante toda la fiesta, sus sombríos ojos se habían posado una y otra vez en el bulto que había a los pies de Conan. Los cuidados que le prodigaba el capitán indicaban que se trataba de algo de mucho valor.

Bwatu se fijó en la cabaña en la que Conan iba a pasar la noche. Mientras la fiesta seguía su curso bajo una maravillosa luna tropical, Bwatu se puso en pie, se tambaleó un poco, como si estuviera borracho —aunque no lo estaba— y se internó en las sombras. En cuanto se alejó del grupo, se ocultó entre dos filas de cabañas. La luz de la luna brilló fugazmente sobre la hoja de acero de su daga… un arma que acababa de recibir de un marinero por haber gozado de una de sus mujeres.

Más lejos, en el oasis de Khajar que se encuentra en Estigia, Toth-Amon había estado observando durante horas el plano astral en busca de alguna señal que le indicara dónde se hallaba la preciosa reliquia de los hombres-serpiente de la desaparecida Valusia. Mientras Menkhara y Zarono dormían en alcobas situadas más allá de su laboratorio privado, el poderoso estigio se dio cuenta finalmente de la inutilidad de sus esfuerzos. Luego permaneció inmóvil en su asiento, con los fríos ojos mirando al vacío.

Las sombras se movían dentro del enorme globo de cristal que unas manos invisibles habían colocado delante de él. Unas oscuras figuras que había en su superficie arrojaban luces y sombras hacia

las talladas paredes de la habitación.

Toth-Amon había llegado a la conclusión de que la Corona de la Cobra ya no se encontraba en su antiguo escondite bajo el ídolo de piedra de Tsathoggua, el dios-sapo. Solamente otro grupo de marineros que hubiera desembarcado por accidente en la Isla sin Nombre habría podido llevarse la Corona. Mediante el poder de su bola de cristal, Toth-Amon examinó la isla pulgada a pulgada. No solo había desaparecido la Corona, sino que no había ni un solo ser humano en ella. Tampoco se veía el menor rastro de la princesa zingaria, cuya huida del *Petrel* le había relatado Zarono. La desaparición de la Corona y de Chabela, así como la destrucción del ídolo, indicaban la intervención de una mano desconocida.

En la habitación reinaba el silencio. Las sombras danzaban en las paredes y sobre la figura sentada en el trono, inmóvil como una estatua de piedra.

11. En las redes de la muerte

Conan había sido sorprendido pocas veces en su vida durmiendo, y esta fue una de ellas. El licor, de sabor dulzón pero fuerte, lo sumió en un profundo sopor hasta que su primitivo sentido del peligro lo despertó. Abrió lentamente los ojos, intuyendo vagamente que algo iba mal. Durante un momento no fue capaz de discernir lo que le preocupaba.

Después lo supo. Alguien había abierto un boquete de la altura de un hombre en una de las paredes de la cabaña. Por ella se filtraba el frío aire de la noche, que acariciaba su cuerpo cubierto de sudor.

Conan extendió una mano para tocar el bulto que había dejado a su lado. Entonces soltó una maldición, se puso en pie de un salto y examinó el interior de la cabaña con una rápida mirada. La Corona de la Cobra había desaparecido.

Inmediatamente lo invadió una furia incontenible. Su bramido de ira sacudió las débiles paredes de la cabaña. Desenvainó la espada y salió al exterior con los dientes apretados.

La fiesta continuaba para aquellos guerreros que todavía se sostenían en pie. La enorme hoguera se había convertido en un montón de brasas. Las estrellas brillaban como piedras preciosas por encima de las palmeras, y la luna casi llena lo iluminaba todo. Entre los pocos hombres despiertos, Conan vio a Juma y a Sigurd. Su bramido hizo que ambos se pusieran en pie.

Conan relató en pocas palabras lo que acababa de ocurrir. Puesto que la Corona era el único botín que había conseguido en su viaje, el cimmerio hervía de cólera.

Contaron el número de bucaneros presentes. Allí estaban todos, aunque muy pocos se mantenían sobrios. Sin embargo, al pasar lista a los hombres de Kulalo, vieron que faltaba uno.

—¡Bwatu! —exclamó Juma—. ¡Que Damballah maldiga su negra alma!

Juma estaba terriblemente indignado por el hecho de que uno de sus hombres robara a su invitado.

—¿Conoces bien a ese perro? —preguntó Conan, incapaz de contenerse.

Juma asintió con un movimiento de cabeza, y luego describió al culpable.

—¿Es aquel tipo feo y desagradable que derribaste en la playa?

—Sí. Creo que es una especie de venganza.

—¡Tal vez encontró las gemas que había en el saco! —comentó Sigurd—. ¿Qué podemos hacer? ¿Tienes idea de dónde puede estar escondido ese bribón, rey Juma? ¡Por las entrañas de Ahrimán y las duras garras de Shaitán! ¡Tenemos que ir tras él antes que se aleje demasiado!

—Probablemente habrá partido hacia el territorio de nuestros enemigos, los matamba —dijo Juma, señalando hacia el nordeste—. Más al norte, Bwatu caería en la zona de los esclavistas ghanatas, que desde hace tiempo despliegan una gran actividad en aquel lugar. Por otro lado, no podría penetrar mucho por el sudeste, porque allí están…

Permanecer de brazos cruzados mientras Juma sopesaba con calma todas las posibilidades resultaba absurdo cuando estaba en juego una fortuna fabulosa. Conan no pudo soportarlo más e interrumpió al jefe negro:

—¡Sigue divirtiéndote toda la noche si lo deseas! ¿Dónde está el camino que conduce a la tierra de los matamba?

—En el cruce de la Puerta Oriental; allí el sendero conduce al nordeste…

Conan, sin esperar a oír el resto, se dirigió rápidamente a su cabaña. En el camino se detuvo para recoger un cuenco de agua, que volcó sobre su cabeza. Resopló como un monstruo marino; ya no le dolía la cabeza, y sus ideas comenzaron a aclararse.

Cuando apartó de su rostro la larga melena mojada, vio a Chabela, que salía de su cabaña envuelta en una manta y le dijo desde la puerta:

—¡Capitán Conan! ¿Qué ha ocurrido? ¿Están atacando la aldea?

Conan negó con la cabeza.

—No, muchacha. Lo único que ocurre es que mientras dormía me han robado un verdadero tesoro en diamantes. ¡Vuelve inmediatamente a tu jergón!

Sigurd se acercó jadeando.

—¡León! —exclamó—, Juma y sus jefecillos están intentando despertar a los guerreros más valientes. No vayas solo a esa selva. Solo los dioses saben qué clase de bestias andan por ahí. Debes esperar a Juma…

—¡Malditos seáis todos! —gruñó el cimmerio, cuyos ojos azules ardían como los de un animal salvaje—. Voy a buscar a Bwatu antes que sus huellas se borren, ¡y que Crom proteja a la bestia que se interponga en mi camino esta noche!

Conan se alejó sin decir más. Corrió hacia la Puerta Oriental como un búfalo al ataque y se perdió de vista.

—¡Maldito temperamento cimmerio! —exclamó Sigurd entre dientes.

El pelirrojo miró a la princesa con expresión de disculpa y corrió hacia la oscuridad detrás de su camarada, gritando:

—¡Espera! ¡No vayas solo!

Toda la aldea estaba en pie. Juma y los jefes caminaban entre los hombres dormidos y los despertaban a puntapiés, dándoles órdenes a voz en grito.

En medio del clamor, nadie se dio cuenta de que Chabela regresaba a su cabaña y tomaba la ropa que Conan le había dado a bordo. Una vez armada, vestida y calzada con botas altas, la joven se deslizó entre las sombras y se dirigió tranquilamente hacia la Puerta Oriental.

—Si ese cerdo borracho cree que puede dar órdenes a una princesa real de la Casa de Ramiro, está muy equivocado —murmuró entre dientes.

Sin embargo, había otra razón más poderosa que su indignación por la brusca orden de Conan que la impulsaba a abandonar Kulalo y partir tras el cimmerio. A pesar de su rudeza, él la había tratado bien y no cabía ninguna duda de que la protegía. Cuando Conan prometió devolverla sana y salva a su padre, ella sabía que el cimmerio sentía lo que decía. Por esa razón, Chabela sabía que podía confiar en él mucho más que en su tripulación de piratas o en las hordas negras de Juma. Mientras pensaba en todo esto, Chabela

penetró en la selva, donde se oía el rugido de un leopardo.

Durante horas, la terrible cólera de Conan lo arrastró por el sendero de los matamba, dejando muy atrás a Sigurd. Cuando se detuvo para descansar un momento, pensó en esperar al pirata, pero luego decidió que cualquier ligero retraso permitiría al kushita ponerse fuera de su alcance, por lo que siguió avanzando con renovado vigor, impulsado por la sed de venganza.

Conan conocía muy bien las selvas kushitas desde hacía unos diez años, cuando había sido jefe guerrero de una tribu bamula durante algún tiempo. Aunque un hombre con menos experiencia habría pensado que aventurarse en la selva sin compañía era jugarse el pellejo, Conan opinaba de forma muy diferente. Los enormes felinos, por ejemplo, eran magníficos cazadores, pero no muy valientes. No atacarían a un hombre, salvo que estuvieran muertos de hambre o que fueran animales viejos. El ruido que hacía Conan al avanzar por el serpenteante camino era su mejor carta de seguridad.

Es cierto que la selva albergaba a otras bestias, algunas más peligrosas que los felinos: el fornido gorila, el feroz rinoceronte, el fuerte búfalo y el enorme elefante. Pero por tratarse de animales herbívoros, lo dejarían tranquilo, siempre y cuando dispusieran de espacio suficiente. Pero si se asustaban o se veían cercados, probablemente atacarían. Por fortuna, Conan no se tropezó con ninguno de estos animales.

Cuando el cielo aclaró por la proximidad del alba, Conan se detuvo para beber agua en un pozo y lavarse el pecho y los brazos. Las espinas de los arbustos habían rasgado su blusa blanca y arañado su torso hasta que este quedó cubierto de sangre, mezclada con sudor y lodo.

Conan se pasó el dorso de la mano por los ojos gritando un juramento, echó hacia atrás su larga melena y descansó un momento. Luego gruñó algo ininteligible y se puso en pie, confiando plenamente en su fuerza. Había puesto a prueba su resistencia muchas veces en el curso de su vida aventurera, y sabía que podía vencer hasta al hombre más poderoso.

El sol brillaba en la selva de Kush; la mañana era húmeda y hacía un calor molesto. Los grandes felinos ya se habían retirado, con sus estómagos vacíos o llenos, para dormitar durante las horas

de calor.

A la luz del alba, Conan vio las huellas de unos pies anchos y descalzos donde el lodo del sendero era fresco. Estaba seguro de que pertenecían al traidor de Bwatu. Aunque el rápido recorrido que había realizado habría fatigado a cualquier hombre normal, la vista de aquellas huellas prestó nuevo vigor a sus piernas.

Chabela pronto lamentó haberse dejado llevar por el impulso de seguir a Conan a través de la selva.

El cimmerio y Sigurd, que ignoraban que la muchacha los seguía, la dejaron atrás en poco tiempo. En una curva del sendero, Chabela se sintió perdida y desorientada. Después de ocultarse la luna, reinó una profunda oscuridad en la selva. Bajo el espeso dosel de hojas no podía ver las estrellas para orientarse. Vagó durante algún tiempo en círculo, tropezando con los troncos de los árboles y con raíces y arbustos, sin lograr liberarse del infierno verde.

Por todas partes se oía el zumbido de los insectos nocturnos. Aunque Chabela temía a los animales salvajes, no se encontró con ninguno. Sin embargo, de vez en cuando percibía claramente el ruido de un cuerpo voluminoso que se deslizaba entre la vegetación, y en esos momentos la invadía una angustia que la dejaba sin aliento.

Hacia el amanecer, temblando de pánico y de fatiga, la cansada muchacha tomó asiento sobre un tronco derribado para descansar. ¿Por qué había sido tan estúpida como para lanzarse con tanta audacia a la selva sin saber lo que la esperaba allí? Chabela se sentía agotada, y al cabo de un rato la invadió el sueño.

Se despertó aterrada cuando unos brazos negros la cogieron con fuerza y la levantaron. Estaba rodeada de negros vestidos con túnicas hechas jirones y tocados con turbantes. Le ataron los brazos a la espalda y ahogaron sus gritos con una fuerte mordaza.

Hacia media mañana, Conan encontró a Bwatu. Estaba seguro de que lo lograría. Sin embargo, Bwatu ya no podía devolverle a Conan la Corona robada. Estaba muerto… y tenía las manos vacías.

El ladrón negro yacía boca abajo en el camino, en medio de un charco de sangre. Lo habían hecho pedazos. Conan se inclinó sobre el cadáver y examinó las heridas. Parecían producidas por espadas y no por las lanzas nativas, que generalmente tenían puntas de marfil o de piedra afilada. Por otro lado, las armas de cobre o de bronce se

mellaban fácilmente con el uso y tendían a producir heridas muy espectaculares, con desgarrones. Pero aquellas mostraban los cortes típicos del acero perfectamente afilado. Los negros de la selva desconocían la forja de los metales. El hierro y el acero eran poco comunes en esa zona del sur y solo se encontraban entre las gentes más civilizadas del norte, a quienes vendían armas los comerciantes procedentes de países remotos. En consecuencia, ese tipo de armas solo existían en Darfar y en Keshan.

Conan se preguntó entonces si las amazonas habrían matado al guerrero negro y le habrían arrebatado la Corona; de ser así, aquellas fabulosas mujeres también le habían quitado a él no solo la Corona de la Cobra sino también la satisfacción de vengarse debidamente. Cuando se incorporó frunciendo el ceño, una pesada red cayó sobre él desde las ramas que había encima de su cabeza. La fuerte red lo envolvió rápidamente, impidiéndole todo movimiento. Conan bramó de rabia e intentó defenderse con la espada, pero la fuerte trama de la red no cedió y se cerró a su alrededor con más fuerza aún.

La red lo hizo caer al suelo amortiguando sus golpes, como si se tratara de una enorme tela de araña.

Los negros vestidos con túnicas y turbantes, que surgieron de diferentes puntos de la selva y se movían con calma, tensaron las sogas, cerraron completamente la red, y convirtieron a Conan en un gigantesco gusano atrapado. Otros hombres se descolgaron de las ramas y acto seguido le redujeron, haciéndole perder el sentido con unos cuantos golpes.

Al sumirse en la profunda oscuridad, el último pensamiento del cimmerio fue maldecirse a sí mismo por ser tan estúpido. Jamás se había dejado capturar en una trampa tan sencilla, cogido en una tupida red, como si fuera un jabalí kushita. Pero no era el momento más indicado para lamentarse…

12. La ciudad de las mujeres guerreras

En el oasis de Khajar reinaba la oscuridad más absoluta. El cielo del desierto estaba cubierto por un tupido manto de nubes que no dejaba pasar la luz de la luna, aunque de vez en cuando esta se reflejaba con una luminosidad gris que se filtraba entre las negras nubes.

El salón del trono de Toth-Amon también estaba completamente a oscuras. Las verdes llamas de las lámparas habían quedado reducidas a un tenue resplandor fosforescente. El hechicero estigio parecía dormir en su trono tallado. Estaba absolutamente inmóvil. Si hubiera habido alguien allí, habría visto que su musculoso pecho no se movía al respirar. Su rostro parecía una máscara inanimada.

En efecto. Al fracasar en su búsqueda de la Corona de la Cobra en el plano astral, Toth-Amon había liberado su ka de la prisión de la carne y se había elevado al plano akáshico, el más elevado de todos.

Allí, en ese reino inmaterial del espíritu, las leyes del tiempo no contaban. El pasado, el presente e incluso una nebulosa visión del futuro aparecían ante el mago con una visión totalizadora. Y allí, el espíritu de Toth-Amon «vio» la llegada del *Petrel*, el desembarco de Conan, el despertar del dios-sapo, su destrucción, el momento en que Conan se apoderaba de la Corona de la Cobra y el viaje del cimmerio a la Costa Negra. Toth-Amon vio todo esto claramente antes de permitir que su ka volviera a descender a los planos más bajos del cosmos, a fin de no perder la conexión con su cuerpo material.

Cuando Toth-Amon volvió a penetrar en su cuerpo sintió un fuerte cosquilleo, porque su carne comenzaba a animarse. Era una sensación similar a la que se siente cuando se ha interrumpido la circulación de la sangre en un miembro, pero en el caso del príncipe de los magos el suave cosquilleo se extendió por todo el cuerpo. Lo soportó estoicamente y luego gritó:

—¡Zarono! ¡Menkhara!

La voz de Toth-Amon resonó como un trueno en los sótanos de su palacio.

—¿Qué? —preguntó Zarono saliendo del dormitorio, mientras bostezaba y se frotaba los ojos—. ¿Qué ocurre, mi señor?

Detrás de él caminaba silencioso Menkhara.

—Tenéis que regresar de inmediato a la Costa Negra. He descubierto el paradero de la Corona de la Cobra y de la princesa Chabela. Ambas están en Kulalo, la capital de Juma, el kushita.

—¿Cómo llegaron hasta allí? —preguntó Zarono.

—Los llevó ese bribón de Conan, el cimmerio.

—¡Ese maldito bárbaro! —gruñó Zarono—. Le haré…

—Si lo encuentras, hazle lo que quieras. No siento ninguna simpatía por él, pues me ha causado muchas molestias con sus aventuras. Pero tu tarea principal es rescatar a la princesa. Ni siquiera yo puedo dominar su mente a tanta distancia.

—¿Y la Corona?

—Deja que me ocupe yo de eso.

—¿Vienes con nosotros, señor?

—No, no en la carne —dijo Toth-Amon con una débil sonrisa—. Eso requeriría un esfuerzo que pocos magos podrían realizar, lo que agotaría mis poderes. Pero llegaré a Kulalo antes que vosotros.

»No perdáis el tiempo, y salid de aquí cuanto antes. ¡No esperéis hasta que amanezca!

Conan volvió en sí y se sintió furioso. Le dolía la cabeza, tanto por los efectos del licor de Juma como por los golpes que le habían dado antes de perder el conocimiento. Además, estaba desarmado y cautivo en manos de los mercaderes de esclavos. Aunque esto ya le había ocurrido antes, nunca dejaba de sentirse furioso como una pantera.

A juzgar por la posición del sol, habían transcurrido varias horas. Los rayos de luz se filtraban por el techo de hojas. Conan pensó que seguramente había sido arrastrado a través de los arbustos hasta el claro en el que se encontraba ahora. Había unas gruesas cuerdas atadas a sus muñecas. Miró a su alrededor a través de su despeinada cabellera y se fijó en el número y en la posición de los guardianes.

Se sorprendió enormemente al ver a Chabela, pálida y encogida, en medio de un grupo de negras con caras tristes. Conan no tenía la menor idea de cómo había sido capturada la muchacha. Sin embargo, no vio a Sigurd entre los cautivos. Aquello podía ser bueno o malo.

Luego se fijó en un negro de gran estatura que se encontraba montado sobre una yegua y en ese momento se acercaba al claro. Llevaba la clásica túnica de los mercaderes de esclavos. Su piel era negra y su cuerpo delgado, pero sin duda fuerte, y tenía un rostro anguloso, una característica común entre las tribus de la selva. Conan sospechó inmediatamente que los mercaderes eran ghanatas, aquellos hombres de los que había hablado Juma. Se trataba de un pueblo de nómadas negros que vivían en los desiertos situados al sur de las fronteras de Estigia. Mientras que los shemitas y los estigios hacían estragos entre los ghanatas y otros pueblos de Kush y Darfar en busca de esclavos, los ghanatas, a su vez, asolaban el sur, hasta llegar a las selvas ecuatoriales.

El recién llegado detuvo su caballo e intercambió unas pocas palabras con el jefe del grupo que había capturado a Conan. Este se volvió restallando su látigo y ordenó a sus hombres que pusieran en marcha a los esclavos.

Los cautivos iban en filas de a dos. Sus manos estaban unidas por una larga cadena para que ninguno pudiera escapar. El gigantesco cimmerio sobresalía por encima de los demás negros y miraba a su alrededor con ojos fogosos. El hombre que iba montado sobre la yegua examinó a todo el grupo con una mirada fría.

—¡Por Zambi! —gruñó el hombre, al tiempo que escupía—. Por este grupo no nos darán en Gamburu ni un puñado de conchas.

Su lugarteniente asintió con un movimiento de la cabeza.

—Sí, mi señor Mbonani. Creo que cada año estos perros están más delgados. Me parece que se está acabando la buena sangre…

En ese momento, uno de los guardianes le dio un latigazo a Conan en un hombro. Cuando el cuero le tocó la piel, el cimmerio entró en acción. Levantó las manos atadas con la velocidad del rayo, cogió el extremo del látigo y tiró de él con todas sus fuerzas.

El guardián perdió el equilibrio y cayó a los pies del cimmerio. Cuando el hombre se incorporó gritando maldiciones, desenvainó a medias el pesado cuchillo ghanata, un arma terriblemente afilada, que era más bien una espada corta.

Antes de que el hombre lograra sacar el arma de la vaina, Conan le dio un fuerte puntapié al ghanata en el rostro, derribándolo una vez más. Entonces, Conan se inclinó, arrastró con su impulso a los negros que estaban encadenados a su lado y tomó la daga por la empuñadura. Otro guardián se arrojó sobre Conan blandiendo un hacha y lo golpeó en la cabeza. Antes de que esto sucediera, Conan hundió el cuchillo en el vientre del guardián con tanta fuerza que la hoja le salió por la espalda.

Cuando el guardián cayó al suelo, todo el claro estalló en un clamor furioso. Conan, que estaba encadenado, no podía hacer nada. Pero aun así fueron necesarios cinco hombres para contenerlo y tres más para golpearle el cráneo hasta que lo volvieron a derribar, dejándolo inconsciente una vez más.

Mbonani, mientras luchaba por dominar a su yegua atemorizada, contempló la escena con admiración. Luego dijo:

—Bueno, al menos a este no le falta valor. Además, es blanco. ¿Qué hace aquí?

—Ya se lo he dicho antes —repuso el lugarteniente—. También hay una mujer blanca… esa que está ahí.

Mbonani miró a Chabela con admiración.

—Los dos mejores del grupo —musitó—. Trátalos bien, Zuru, o de lo contrario lo pagarás caro.

Mbonani se acercó con su caballo hasta donde se encontraba Conan. El rostro del cimmerio estaba cubierto de sangre, que manaba de las heridas que tenía en la cabeza. En ese momento se estaba poniendo en pie. Cuando levantó la cara para mirar a Mbonani, este le golpeó la suya con la fusta de montar.

—¡Esto es por matar a uno de mis hombres, blanco! —bramó.

El golpe quedó marcado en una de sus mejillas, pero el cimmerio ni siquiera parpadeó. Miró al jefe de los mercaderes de

esclavos con una expresión fría y cargada de odio. Mbonani sonrió diabólicamente y agregó:

—¡Me gusta tu valor, blanco! Procura seguir así, porque las amazonas pagarán un buen precio por ti.

»Y ahora, ¡adelante!

Escoltada por los guardianes, la columna de cautivos comenzó a caminar por el sendero que conducía a Gamburu.

Conan avanzaba junto a los demás, erguido, y soportando estoicamente el calor, la sed, las moscas y el terrible sol. Se preguntaba qué habría sido de la Corona de la Cobra, aunque era absurdo pensar en eso en aquellos momentos. Cuando la vida estaba en peligro, las riquezas carecían de importancia. Eso era algo que Conan había aprendido hacía mucho tiempo.

Finalmente se fijó en un bulto que se destacaba en una de las bolsas que Zuru llevaba sujetas a la silla de montar. Los ojos de Conan brillaron con una ironía salvaje. Era posible que el lugarteniente se humillara y adulara al capitán Mbonani, pero, sin duda alguna, también tenía ideas propias.

Los guardianes ghanatas condujeron a los esclavos fuera de la selva hasta una zona cubierta de hierba. Al día siguiente apareció en el horizonte la ciudad de piedra de Gamburu, resplandeciendo bajo el sol del atardecer.

Conan la contempló pensativo. Comparada con la brillante Aghrapur, la capital de Turan, o incluso con Meroe, la capital del reino de Kush, Gamburu no era una ciudad muy impresionante. Sin embargo, en una región en la que la mayoría de las casas eran cilindros aplanados de barro seco y paja rodeados por una muralla construida con troncos de árboles, cuyo conjunto daba la sensación de una aldea grande pero primitiva, sin duda alguna Gamburu destacaba notablemente.

Alrededor de la ciudad había una muralla de bloques de piedra sin cemento, que tenía la altura de dos hombres. Había cuatro puertas en el círculo amurallado, flanqueadas por torres de vigía con troneras, para defenderse contra un posible invasor. Las puertas estaban construidas con gruesos maderos.

Conan se fijó en la estructura de las puertas. Algunas de las piedras habían sido cortadas para que encajaran unas con otras. Otras estaban trabajadas cuidadosamente, pero se habían

desgastado con el paso del tiempo. Cuando Mbonani condujo a su doble columna de esclavos a través de la puerta oeste, Conan observó que todas las casas de la ciudad tenían un aspecto similar. La mayor parte de los edificios eran de una o dos plantas y tenían techos de paja. El piso bajo estaba construido con piedras talladas, mientras que en la planta alta se apreciaba una obra de albañilería más nueva y mucho más ordinaria. Aquí y allá, sobre la superficie de las desgastadas piedras, se veían restos de esculturas con rostros demoníacos.

Basándose en sus experiencias anteriores con ciudades en ruinas, Conan sacó sus propias conclusiones. Alguna raza antigua, prehumana quizá, había construido allí una ciudad. Siglos más tarde, los antepasados de los actuales habitantes tomaron posesión de ella. Al reconstruirla habían usado las viejas piedras e imitado, aunque someramente, el sistema de construcción de sus antecesores.

Los cascos de la yegua de Mbonani levantaban pequeñas nubes de polvo sobre las calles sin pavimentar y a veces se hundían en un charco de barro. Los gamburanos se apiñaban en la calle principal para ver pasar a los esclavos.

Conan lo iba observando todo con ojos ansiosos. Notó que en aquella ciudad los sexos se diferenciaban de una manera poco corriente. Las mujeres eran altas y fuertes. Caminaban como grandes panteras negras, con espadas de bronce colgadas sobre sus desnudos muslos. Llevaban resplandecientes tocados hechos con piel de león y se adornaban con cuentas y con plumas.

Los hombres, por otro lado, eran negros de aspecto triste y débil, más bajos que las mujeres, y parecían relegados a tareas como la limpieza de las calles, el arrastre de los carros y el transporte de literas. Conan, que era muy alto incluso para ser cimmerio, sobresalía por encima de todos.

La columna cruzó un mercado donde se exponían las mercancías bajo los toldos fabricados con ramas, y de allí fueron hasta una ancha avenida para desembocar finalmente en una plaza central. Este enorme espacio abierto, que tendría un ancho aproximado de un tiro de flecha, tenía en uno de sus lados el palacio real, un edificio impresionante, aunque en ruinas, construido en piedra caliza de color rosado. A cada lado de la puerta se alzaban dos estatuas esculpidas en el mismo material. No eran representaciones

de seres humanos. Resultaba difícil distinguir lo que representaban, ya que el paso del tiempo las había corroído terriblemente. Era probable que en su origen hubiesen sido figuras de búhos, monos, o quizá algún monstruo prehumano desconocido.

La atención de Conan se centró luego en un enorme hoyo de aspecto extraño que había en el centro de la plaza. El hoyo tendría unos treinta metros de amplitud. Los bordes tenían una serie de anchos escalones concéntricos similares a las filas de bancos de piedra de un anfiteatro. El suelo del hoyo era de arena fina y en él aún se veían algunos charcos de agua, producto de las recientes lluvias. En medio de la arena había un extraño grupo de árboles.

Conan jamás había visto nada parecido en ninguno de sus viajes por el mundo. Sin embargo, pudo observar los detalles solo durante un breve momento antes de ser arrastrado hasta el lugar en el que se encerraba a los esclavos. Allí permaneció con sus compañeros cautivos durante toda la noche, bajo una fuerte vigilancia.

Aquella breve ojeada había sido suficiente para que Conan reparase en un detalle realmente inquietante. Cerca de los árboles había un montón de huesos humanos… Como si estuvieran en el cubil de un león devorador de hombres.

El cimmerio pensó en ese detalle mientras lo conducían a su celda. Sabía que los argoseos arrojaban a veces a los delincuentes a los leones en su circo de Messantia, pero ese circo disponía de un ancho foso que las fieras no podían saltar, alejado de los espectadores.

Sin embargo, la palestra que acababa de ver era demasiado pequeña para tales propósitos, ya que cualquier león habría podido caer sobre el público de un salto.

Cuanto más pensaba Conan en aquello, más desasosegado se sentía.

13. La reina de las amazonas

El amanecer estalló con una luz anaranjada sobre las aplanadas torres de la ciudad de las amazonas. Pero el formidable espectáculo no duró mucho, porque en los países tropicales el sol sale con una rapidez inusitada. Y al amanecer, Conan, Chabela y los demás esclavos recién capturados fueron conducidos directamente al mercado. Allí fueron desnudados uno por uno, los llevaron hasta la tarima de exhibición, se cantó su precio y finalmente se los llevaron sus nuevos dueños.

Las compradoras eran todas mujeres, ya que el sexo femenino era el que gobernaba en Gamburu. El alto y delgado Mbonani se hallaba a un lado de la plataforma de venta, con el rostro imperturbable, mientras las compradoras regateaban con su lugarteniente Zuru. Las mujeres guerreras respetaban mucho más a los ghanatas, cuyo talento de esclavistas apreciaban, que a sus propios hombres.

Cuando le llegó el turno a Chabela, la joven se sonrojó. Zuru la obligó a dar media vuelta y cantó la subasta.

—Cinco plumas —dijo una voz que procedía de una litera.

Zuru miró a la multitud de gamburanos y gritó:

—¡Vendida!

Puesto que ambas personas acababan de hablar en lengua ghanata, empleada como idioma mercantil al sur del reino de Kush, Conan les entendió perfectamente. Por otro lado, se sorprendió de que los demás compradores no ofrecieran más. La «pluma» era arrancada de una de las aves más grandes de la región y se cubría con un polvillo de oro, ya que entre las amazonas no circulaba todavía el dinero. Sin embargo, Conan se extrañó al ver que una joven bella y aristocrática no alcanzaba un precio más alto.

La persona que se encontraba en la litera debía de ser muy

importante para que nadie se atreviese a remontar su oferta.

El gigantesco cimmerio estaba hambriento y de un humor terrible. Le habían golpeado en la cabeza hasta convertir su cuero cabelludo en una masa de heridas y chichones. Se había visto obligado a caminar leguas bajo un sol abrasador, había comido y dormido muy poco y, en consecuencia, se sentía nervioso como un león con dolor de muelas. Por lo tanto, cuando uno de los guardianes tiró de su cadena para llevarlo a la tarima, Conan casi estalló en una acción violenta.

Unos años antes, Conan habría puesto sus terribles manos encima del guardián, con todas las consecuencias. Pero la experiencia había frenado en gran medida sus impulsos. Seguramente habría podido matar a aquel guardián y quizá a varios más antes de que lo derribaran, lo cual sucedería inevitablemente. Aquellos tipos habían tratado antes con esclavos. A diez pasos de distancia, eran capaces de hacer pasar una jabalina por el círculo formado con el índice y el pulgar de una mano, sin tocar la carne.

Si Conan los atacaba, podría matar a algunos, pero el resto lo acribillaría a flechazos y lo harían pedazos con sus cuchillos antes que pudiera llenar de aire sus pulmones para lanzar su grito de guerra.

Y entonces, ¿quién cuidaría de Chabela? Al defender la causa de la joven, había asumido una responsabilidad respecto a ella. No es que a Conan le gustara aquello, pero tenía que admitirlo.

Entornó los ojos y apretó los labios. Las venas de sus sienes se hincharon y comenzaron a latir con una ira contenida. Sus miembros temblaban a causa del esfuerzo realizado por dominarse. Un guardián que había allí cerca interpretó su temblor como pánico y musitó unas palabras al oído de un compañero de armas, a la vez que sonreía irónicamente. Conan le lanzó una mirada dura y lóbrega que le borró la sonrisa de los labios.

—¡Desnúdate! —ordenó Zuru.

—Tendrás que ayudarme a que me quite estas botas —dijo Conan con calma—. Tengo los pies hinchados de tanto andar.

Acto seguido tomó asiento sobre la tarima y extendió una pierna.

Zuru gruñó algo ininteligible y cogió la bota. Por un instante luchó en vano con ella. Entonces, Conan colocó suavemente un pie

sobre las nalgas del mercader de esclavos, relajó la otra pierna y empujó a Zuru con todas sus fuerzas hacia el frente, como una catapulta, para hacerlo caer de bruces en un charco de lodo.

Con un grito de rabia, el lugarteniente se puso en pie. Tomó un látigo de manos de otro guardián y corrió hacia donde estaba sentado Conan, que sonreía alegremente.

—¡Ya te enseñaré, perro blanco! —bramó Zuru descargando un furioso latigazo sobre el cimmerio.

Cuando el látigo de piel de hipopótamo lo golpeó, Conan alargó una mano y lo cogió con fuerza.

Luego, sin abandonar su posición en la tarima, tiró de él, obligando a Zuru a que se le acercara.

—Ten cuidado, estúpido —musitó—. No querrás dañar tu mercancía, ¿verdad?

Mbonani, el jefe de los mercaderes, había contemplado la escena con calma. Intentando reprimir una sonrisa, dijo:

—El perro blanco tiene razón, Zuru. Que su nuevo amo le enseñe buenos modales, no tú.

Pero Zuru estaba demasiado furioso para hacerle caso a nadie. Con un grito inarticulado, desenvainó el cuchillo ghanata. Conan se puso en pie y recogió la cadena que colgaba de sus muñecas para usarla como arma.

—¡Alto! —gritó una voz imperiosa desde la litera.

La orden detuvo al enfurecido Zuru.

Una mano negra y enjoyada apartó las cortinas de muselina que ocultaban a la paseante de la mirada del resto de los mortales. A continuación, una mujer negra se apeó del palanquín y Conan abrió los ojos con involuntaria admiración.

La mujer medía casi dos metros de altura, casi como Conan, y era de constitución robusta. Era negra como el ébano y el sol se reflejaba en sus suaves curvas, en sus estrechas caderas y en sus largas piernas. Llevaba un tocado enjoyado encima de su abundante cabellera negra, con plumas de avestruz teñidas de brillantes colores: melocotón, rosa y esmeralda. En los lóbulos de las orejas lucía unas piedras sin tallar que parecían rubíes, y sobre su negra piel destacaba un collar de perlas de muchas vueltas. En sus brazos y tobillos resplandecían brazaletes de oro puro. Su única vestimenta era un trozo de piel de leopardo.

Nzinga, reina de las amazonas, le dirigió una mirada profunda al gigantesco cimmerio. En el mercado reinaba el silencio. Luego, la reina sonrió lentamente y dijo:

—Diez plumas por el gigante blanco.

A Chabela le resultaba insoportable su nueva vida de esclava. Ya era bastante penoso que ella, la hija de un poderoso monarca, tuviera que estar a las órdenes de una reina negra, pero resultaba más duro aún el hecho de que las esclavas tuvieran que llevar a cabo todas las tareas desnudas, porque allí solo iban vestidos los hombres y mujeres libres.

Dormía sobre un miserable jergón en las habitaciones de las esclavas. La encargada, una mujer de voz áspera y modales bruscos, las despertaba con las primeras luces del día para que guisaran, limpiaran y sirvieran la mesa de la reina.

Para Chabela no era ningún consuelo contemplar al bucanero zingario Conan tumbado sobre cojines en aquellas fiestas, bebiendo licor de banana y atiborrándose de dulces y de pasteles de pescado.

El cimmerio había perdido casi toda su estima. La joven no conocía ninguna palabra equivalente a «gigoló», pero comprendía muy bien el concepto. Su desprecio hacia Conan se agravaba por el hecho de que él no parecía resentido en absoluto por esta situación de amante y mantenido de la reina.

Ningún hombre que se preciara de serlo —pensaba la joven— caería tan bajo como para disfrutar de esa desagradable esclavitud. La experiencia aún no le había enseñado a la muchacha, como ocurría en el caso de Conan, que era conveniente aceptar tales condiciones mientras no se pudiera hacer nada por cambiarlas.

Puesto que Conan era la única persona en aquella terrible ciudad a la que Chabela podía considerar amiga, la joven se hubiera sentido mucho más desesperada de no ser que Conan, en raras ocasiones y cuando nadie lo veía, le había guiñado un ojo. Aquel guiño decía… o al menos eso pensaba ella:

«Valor, muchacha, te sacaré de todo esto».

Por otro lado, incluso Chabela se veía obligada a admitir que la reina era una mujer magnífica. La muchacha intentaba imaginarla como amante, pero no tenía experiencia suficiente para ello. Y no

sabía que, aunque la espléndida reina negra de Gamburu hiciera un enorme despliegue de poder en público, Conan era el amo y señor en la alcoba.

Esto era nuevo para la reina Nzinga.

La experiencia y la cultura del reino consideraban que la mujer era superior al hombre. Antes que Nzinga habían gobernado cien reinas desde ese mismo trono de marfil. Cada una de ellas había despreciado y degradado a sus hombres, utilizándolos como criados y dejándolos a un lado cuando enfermaban o se agotaban. Y ella se había comportado de la misma manera.

Hasta que el gigante cimmerio llegó a su vida, siempre había dominado a los hombres. Pero Conan no podía ser subyugado. Su voluntad era más fuerte que el hierro, y físicamente era más alto y más fuerte que ella.

Por otro lado, se convirtió en una mujer celosa de todas las demás a las que el cimmerio hubiera conocido antes de ella. Sin embargo, Conan nunca hablaba de eso. Las preguntas de la reina negra quedaban siempre sin respuesta, ya que Conan tenía cierto sentido de la caballerosidad en esos asuntos.

Algunas veces la reina se desesperaba, gritaba y destrozaba cosas, pero Conan permanecía impasible, con una sonrisa a flor de labios.

—¿Y qué me dices de esa pequeña blanca que capturaron los ghanatas? —preguntó un día la reina con los ojos llameantes—. ¿Era tu amante? Sí, ya lo creo que lo era, ¿verdad? La encontrabas dulce y con un cuerpo perfumado y deseable, ¿no es cierto? Mucho más deseable que Nzinga, ¿eh?

Contemplando a la reina en pleno arrebato de furia, mientras sus ojos centelleaban y sus senos temblaban de cólera, Conan tuvo que admitir que jamás, después de su primer gran amor, Belit, había conocido a una mujer más espléndida. Pero ahora que sentía celos de Chabela, tenía que tener mucho cuidado con ella. Debía encontrar alguna forma de ahogar esas sospechas, o, de lo contrario, Chabela sufriría. Nzinga era capaz de ordenar que cortaran la cabeza de cualquier persona, hombre o mujer, que se opusiera a sus deseos.

Conan había hecho hasta entonces todo lo posible para mejorar o aliviar la penosa situación de la muchacha. Ahora, sin embargo,

no se atrevería a intervenir en lo más mínimo, ya que Nzinga, con toda seguridad, se opondría.

Conan bostezó y preguntó:

—¿Chabela? Apenas conozco a esa chiquilla. Es una zingaria de buena cuna, y en su país le dan mucha importancia a la virginidad. Si yo la hubiese amado, no estaría aquí ahora.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Se habría suicidado, tal como les enseñan a hacer en su país.

—No te creo. ¡Estás tratando de protegerla!

Conan cogió a Nzinga por la cintura y la acostó sobre los cojines. Luego la besó apasionadamente en la boca. Sabía que hasta allí podía atreverse a desafiar el temperamento de la mujer. En una situación así, no podía administrar más que un tipo de tratamiento a Nzinga, que alejara los celos de su mente.

14. Bajo el látigo

Durante algunos días, el tiempo transcurrió sin incidentes Después…

Nzinga se hallaba tendida sobre unos cojines en sus aposentos. Durante dos días, a Chabela, la esclava blanca de Zíngara, se le habían asignado las tareas más degradantes y agotadoras. Todo el trabajo se realizaba delante de Conan. Nzinga se cuidó de que así fuese mediante un sistema de subterfugios minuciosamente planeados.

Sabiéndose objeto de la atención de la reina, el cimmerio se escondía tras una máscara de indiferencia, aunque en su interior hervía en deseos de defender a la princesa cautiva.

Al no lograr ninguna reacción por parte del cimmerio, la reina negra planeó una escena para poner en evidencia los verdaderos sentimientos de Conan. Anunció la celebración de una fiesta para varias oficiales amazonas. Se trataba de mujeres corpulentas, llenas de cicatrices y de aspecto horrible, que resultaban tan femeninas como un hacha de guerra.

Durante la fiesta, la joven zingaria sirvió a su dueña y al amigo de esta. Cuando estaba escanciando vino, una de las amazonas adelantó un pie calzado con una sandalia y le hizo dar un traspié.

Chabela ahogó un grito, perdió el equilibrio y volcó una jarra de vino sobre varias comensales. Una de estas, una fornida oficial llamada Tuta, se puso en pie lanzando un juramento y le dio a la joven esclava una terrible bofetada en la cara. La muchacha cayó al suelo desencajada.

Un brillo sádico se reflejó en los ojos de la fornida amazona. El espectáculo que ofrecía la muchacha blanca, encogida en el suelo, aumentaba su furia. En medio de un silencio impresionante se acercó a Chabela, con el andar de una pantera al acecho de su

presa. Una de sus musculosas manos buscó la daga de bronce que colgaba de su cintura.

La habitación estaba sumida en un profundo silencio, excepto el suave sonido que hizo el arma al salir de la vaina. Tuta, cuyo rostro era una máscara sedienta de sangre, se inclinó sobre la muchacha y levantó la daga.

Extrañamente fascinada, Chabela vio cómo el arma se acercaba a ella. Sabía que lo que tenía que hacer en ese momento era ponerse en pie de un salto y correr, aunque estaba segura de que la cogerían.

Pero el horror y la desesperación la paralizaron, y lo único que hizo fue mirar a la amazona fijamente, como hipnotizada. En pocos segundos, la hoja de bronce se hundiría en su jadeante pecho.

Entonces, Tuta quedó inmovilizada cuando dos formidables brazos la aferraron por la nuca y por la muñeca… La terrible presión de aquellas enormes manos la paralizó, igual que su presencia había electrizado a Chabela. La daga cayó al suelo produciendo un sonido metálico. Luego, haciendo un terrible esfuerzo, Conan la lanzó a través del salón y la amazona cayó boca abajo, medio aturdida, después de chocar con la pared de enfrente.

Conan estaba perfectamente enterado de la maniobra de Nzinga, pero no podía permitir que la hija del rey Ferdrugo muriese apuñalada. Por otro lado, se daba cuenta de que su intervención sería para Nzinga una prueba de su interés por la muchacha y que se vengaría por ello. El cimmerio esbozó una sonrisa forzada.

—Seguramente, la reina de Gamburu no es tan desprendida como para dejar que maten a sus esclavas por haber volcado unas gotas de vino —dijo con el tono de voz más jovial que pudo.

La reina Nzinga lo miró fríamente. Luego hizo una señal a Chabela, que se puso en pie y desapareció rápidamente de la habitación. La tensión se relajó. Conan ocupó su lugar una vez más. Circularon las jarras de vino, y se reanudó la conversación.

Conan esperaba que aquel momento de tensión hubiera pasado. Trató de ocultar sus pensamientos bebiendo abundantemente, pero no dejó de notar que la reina Nzinga lo miraba de vez en cuando, con expresión dura.

Cuando Chabela abandonó el salón, unas poderosas manos negras la cogieron y la inmovilizaron.

Antes que pudiera gritar, le taparon la boca con un trozo de tela gruesa, que le ataron alrededor de la cabeza. Luego la cubrieron con un saco. Le ataron las muñecas a la espalda con unas correas de cuero y después la levantaron y la trasladaron por serpenteantes corredores, y la bajaron por una escalera hasta un lugar que ella no conocía. Allí le dejaron las manos libres, para luego sujetárselas a una anilla de cobre suspendida con una cadena del techo. Después, la dejaron sola.

El dolor que sentía en las manos fue disminuyendo lentamente a medida que las correas de cuero interrumpían la circulación de la sangre y se las dejaba entumecidas. La muchacha quedó colgada en la silenciosa estancia, rogando que Conan se enterase de alguna manera de su situación.

Pero Conan también se encontraba absolutamente desamparado en esos momentos, tumbado sobre los cojines del salón-comedor. Tenía los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás, y roncaba sonoramente. Aunque había bebido con moderación, lo invadió una extraña lasitud. A pesar del sueño, tuvo fuerzas suficientes para sospechar que tal vez Nzinga lo había drogado. Pero antes que pudiera evitarlo, cayó en un sueño tan profundo que ni siquiera un terremoto lo habría despertado.

Nzinga lo miró con los ojos entornados y ordenó que lo sacaran de la habitación. Entonces la reina se puso en pie y avanzó por los corredores de su palacio hasta llegar al cuarto en el que se encontraba Chabela colgada de las anillas.

Alguien le quitó a la muchacha el saco que le cubría la cabeza y luego le destaparon la boca. Chabela vio ante sí los ojos centelleantes y la salvaje sonrisa de Nzinga. La esclava blanca gritó aterrada. La amazona soltó una carcajada.

—Grita todo lo que quieras, zingaria con sangre de horchata. ¡No te servirá de nada!

Nzinga se quedó mirando el blanco cuerpo colgado de la cadena. Luego se dio media vuelta y eligió un látigo entre varios instrumentos que colgaban de los ganchos que había en la pared. El látigo de piel de hipopótamo restalló sobre el suelo como si fuera una serpiente. Chabela gritó de nuevo. La reina Nzinga sonrió.

—Los labios de Conan nunca te han excitado tanto como este cachorro mío. Ni sus manos te habrán acariciado como lo hará este

látigo.

—¿Qué te he hecho para que me atormentes así?

—Me has arrebatado el corazón de Conan desde el principio —musitó la reina—. Jamás he conocido a un hombre como él. Pero sus brazos te han apretado contra su pecho… Sé todo eso… ¡y no lo puedo soportar! Una vez que hayas desaparecido, él volverá a mí. Lo convertiré en rey de Gamburu… dignidad que ningún hombre ha ostentado en mil años.

Después de pronunciar estas palabras, la reina chasqueó el látigo, probándolo en el aire.

—¡No es verdad! —se quejó Chabela—. ¡Jamás me ha tocado!

—¡Mientes! ¡Pero los besos de mi látigo te arrancarán la verdad!

Nzinga echó su brazo hacia atrás y el látigo se enroscó en la cintura de Chabela. La joven lanzó un alarido de dolor. El látigo dejó una huella de color escarlata, de la que brotaron algunas gotas de sangre.

El látigo silbó una vez más, y la esclava volvió a gritar de dolor cuando se sintió golpeada en las caderas. Nzinga la miraba con una extraña expresión de placer en su bello rostro, mientras la joven se retorcía inútilmente. La reina volvió a golpear con furia. Su cuerpo de ébano se estaba cubriendo de sudor. Chabela gritaba y la reina se reía a carcajadas, pasándose la punta de la lengua por los labios resecos.

—¡Grita todo lo que quieras, maldita esclava! Nadie te oirá. Y aunque él te oyera, no podría venir en tu ayuda. Conan está durmiendo profundamente y no despertará en varias horas. ¡No hay nadie en el mundo que pueda ayudarte!

El rostro de ébano de la reina reflejaba un odio mortal. La amazona acarició el cuerpo sangrante de la esclava con la mirada, al tiempo que la golpeaba una y otra vez, presa de un extraño frenesí.

Chabela jamás había imaginado que la carne pudiera soportar semejante tormento. Debilitada por los lujos de la corte, la princesa jamás había sentido ninguna clase de dolor. A la agonía de su carne se sumaba el tormento de la vergüenza. Como hija única de un rey cariñoso y de edad avanzada, siempre había hecho lo que había querido, sin que nadie se lo impidiera. Ahora, su espíritu se abría a la humillación, de la misma manera que la carne se abría bajo el

látigo.

La nobleza zingaria normalmente utilizaba esclavos kushitas traídos del sur por mercaderes estigios y shemitas. Chabela sabía que muchas veces eran castigados, ya sea por faltas reales o imaginarias, de la misma manera que la estaban castigando a ella, pero jamás hubiera imaginado que algún día se invertirían los papeles y que una mujer negra la azotaría como si ella fuera la última de las esclavas de una plantación zingaria.

Mientras sentía los latigazos en su cuerpo, Chabela fijó su mirada, a través de la bruma rojiza del dolor, en un objeto brillante que se encontraba sobre una mesa pequeña, en el otro extremo de la habitación. Era un tocado de oro en forma de serpiente, lleno de piedras preciosas incrustadas. Chabela reconoció inmediatamente la Corona de la Cobra que Conan había tomado del templo negro de la Isla sin Nombre. Hizo un poderoso esfuerzo para centrar su atención en la Corona y contrarrestar así el dolor de los azotes…

Recordaba vagamente que la Corona le había sido robada a Conan en Kulalo… ¿hacía cuánto tiempo?

Parecían haber transcurrido siglos. ¿Y cómo habría llegado hasta allí? Los mercaderes que la habían capturado a ella y a Conan se la habrían quitado al negro que se la robó al cimmerio.

Nzinga se detuvo un momento para beber un sorbo de vino, e inmediatamente volvió a coger el látigo para atacar una vez más con terrible sadismo. Mientras esperaba los golpes, Chabela hizo un esfuerzo por abrir los ojos. A través de sus enmarañados cabellos contempló una escena fantástica.

Detrás de la casi desnuda Nzinga estaba ocurriendo algo extraño. Primero vio una tenue luz fosforescente, y después brilló un fulgor verde que se extendió poco a poco por la habitación. Al cabo de cinco o seis segundos se formó una espiral de la altura de un hombre.

Chabela abrió la boca asombrada. Al ver que la joven estaba mirando algo que había detrás, Nzinga se dio media vuelta. Al hacerlo, la espiral brilló con mucha más intensidad hasta convertirse en una cegadora llama de color esmeralda. Luego se esfumó súbitamente. En su lugar había un hombre de pie.

Tenía la piel oscura, y era alto y fornido. Su rostro parecía una máscara de bronce, tenía ojos negros y nariz aguileña. Su cabeza

había sido afeitada recientemente. Vestía una simple túnica de lino blanco que dejaba al desnudo sus musculosos brazos.

Toth-Amon parecía mucho más viejo que cuando Zarono y Menkhara lo habían visitado en el salón subterráneo del trono. Numerosas gotas de sudor le cubrían la frente, ya que la operación mágica que lo había transportado desde el oasis de Khajar constituía una de las más importantes llevadas a cabo por un hechicero de su categoría. Muy pocos brujos eran capaces de realizarla, y el esfuerzo mental que implicaba lo había dejado exhausto.

Nzinga se asombró de que un extraño, y además un despreciable varón, entrara sin ser anunciado en la celda de castigo. Era una afrenta increíble, por lo que inmediatamente decidió decapitar al intruso.

Abrió la boca para llamar a los guardias mientras levantaba el látigo para golpearlo.

El estigio la miraba con una sonrisa pacífica y enigmática. Su rostro era sombrío. Cuando ella levantó el látigo, el mago extendió una mano hacia la reina negra. De sus dedos surgió un resplandor de color verde jade que creció hasta convertirse en un rayo de luz esmeralda y finalmente envolvió a la reina Nzinga de Gamburu.

Esta profirió un grito ronco, se tensó como si acabara de recibir una puñalada, cayó al suelo rígida como una muñeca y quedó tendida inmóvil boca abajo.

Una oscura premonición hizo que Chabela casi perdiese el conocimiento mientras seguía colgada de la cadena. Su cabeza cayó hacia adelante y sus abundantes cabellos negros le cubrieron el rostro.

Toth-Amon apenas si la miró. Se trataba, evidentemente, de una esclava que estaba recibiendo un castigo por alguna falta cometida. Puesto que nunca había visto a Chabela en la realidad, Toth-Amon no se dio cuenta que se trataba de la princesa que Menkhara y Zarono estaban buscando por toda la Costa Negra. A los hechiceros, al igual que al resto de los mortales, también se les escapan algunas cosas.

Cuando Toth-Amon envió su ka al plano akáshico, Conan y Chabela todavía estaban en Kulalo.

Bwatu aún no había robado la Corona de la Cobra. En ese momento, el mago no alcanzó a ver el futuro con claridad.

Después de que sus acólitos partieran en expedición para capturar a la princesa,
Toth-Amon
volvió a reflexionar profundamente. Deseaba localizar la Corona de la Cobra antes de realizar la operación de magia que lo transportara al lugar exacto. Puesto que solo podría permanecer allí por un tiempo limitado, no debía materializarse hasta que no se encontrar cerca del objeto que buscaba.

Mientras tanto, Bwatu había robado la Corona y había sido asesinado por los mercaderes de esclavos.

Luego, Zuru la escondió entre sus enseres para llevarla a Gamburu, donde la reina Nzinga le había pagado por ella suficientes plumas de oro como para convertirlo en un hombre rico. Por ello, cuando
Toth-Amon
busco la rica diadema con su bola de cristal, descubrió con sorpresa que la fantástica joya ya no estaba en Kulalo, sino en Gamburu.

No le preocupaban en absoluto Conan ni Chabela. Suponía que la joven estaría todavía en Kulalo y que Menkhara y Zarono se harían cargo de ella a su debido tiempo. En cualquier caso, la operación de magia que lo había llevado hasta Gamburu no le permitiría llevarse a nadie consigo cuando regresara al oasis.

Toth-Amon consideraba al cimmerio como un estorbo menor. Si Conan se interponía en su camino,
Toth-Amon
lo apartaría como si fuera un mosquito, pero en ningún momento se desviaría de su sendero para perseguirlo. Se jugaba cosas muchísimo más importantes que la vida de un aventurero bárbaro.

Si Toth-Amon se hubiera fijado bien en la muchacha, enseguida hubiera adivinado su identidad. Sin embargo, en ese momento centraba toda su atención en la Corona de la Cobra. En su rostro se reflejó un inmenso placer cuando reconoció la famosa diadema. Rápidamente cruzó la habitación, pasando al lado del cuerpo de la inerte amazona, hasta el lugar en el que se encontraba la Corona. Luego la levantó y la examinó a la luz de la antorcha, acariciando las enormes gemas blancas que la adornaban.

—¡Por fin! —exclamó, con el fuego de la ambición reflejado en sus ojos—. ¡Con esto tengo a mi alcance el mundo entero! ¡El culto del Padre Set será restaurado en la Tierra!

Una sonrisa iluminó el rostro de Toth-Amon, habitualmente imperturbable, y luego pronunció una palabra mágica e hizo un gesto. Un gran resplandor verdoso le envolvió el cuerpo. La luz se fue apagando, a la vez que cobraba forma de fina espiral. Luego desapareció completamente.

Chabela se repuso de su estupor mientras observaba el cuerpo inerte de la reina. Descubrió que, si se ponía de puntillas, disminuía la presión de las correas que tenía atadas a las muñecas. Aunque los nudos se habían hecho con sumo cuidado, sus manos y antebrazos estaban tan cubiertos de sudor que las ligaduras se deslizaban sobre ellos. La joven luchó primero con un brazo y luego con el otro.

Después de unos esfuerzos que le parecieron eternos, consiguió liberar una mano. Chabela no tardó mucho en liberar la otra.

La joven cayó al suelo, agotada. Tenía las manos tan entumecidas que ni siquiera podía flexionar los dedos. Pero enseguida volvió a circular la sangre.

Chabela sintió un dolor tan agudo que casi le hizo gritar, pero se contuvo por miedo a que la reina negra despertara.

Poco a poco, la muchacha volvió a sentir sus manos. Luego se incorporó, tambaleándose, y se inclinó sobre el cuerpo de Nzinga.

Chabela atravesó cojeando la habitación y se acercó a la jarra de vino de la que había bebido anteriormente la amazona. Luego, los ojos de la joven se fijaron en la daga que colgaba del cinturón de Nzinga. ¿Debería cogerla para hundirla en el pecho de la negra? Chabela temblaba de odio. Deseaba matarla y la odiaba con una intensidad que jamás había sentido contra ningún ser humano.

Pero dudó. Ignoraba cuán profundo sería el sueño de Nzinga. Suponiendo que lograra desenvainar la daga, era probable que el movimiento despertara a la reina que, siendo más fuerte y corpulenta que ella, la cogería en sus brazos para matarla o llamaría gritando a los guardianes. Aun cuando Chabela se apoderara de la daga sin despertar a su enemiga, la primera puñalada debería ser necesariamente mortal. De lo contrario, la reina podría gritar pidiendo ayuda antes de morir.

También la contuvo otra consideración. El código de honor de

Zíngara, que le habían enseñado desde niña, prohibía matar a un enemigo dormido. Es verdad que los zingarios violaban sus propias normas con frecuencia, al igual que los hombres de otros pueblos, pero Chabela siempre había intentado vivir de acuerdo con los más altos ideales de su raza.

Aunque hubiera podido matar a la reina sin peligro, se habría sentido asqueada ante tal acto de traición, una repugnancia tal que le habría resultado difícil olvidar. Sin embargo, tal como estaban las cosas.

Cruzó rápidamente la habitación y apartó la cortina que ocultaba la puerta de entrada Armándose de coraje, la joven salió al oscuro corredor.

En la habitación ardían tenuemente las antorchas, y su luz se reflejó en la anilla vacía que colgaba del techo, en el látigo ensangrentado y en el cuerpo inmóvil de la reina negra.

15. El laberinto negro

Al abandonar la celda de castigo, Chabela vaciló. No había estado nunca en esa zona del palacio e ignoraba qué camino seguir, pero estaba decidida a evitar a toda costa que la volvieran a capturar.

Observó el desierto pasillo de paredes de piedra y supuso que debía de hallarse en las criptas que, según se rumoreaba, había debajo del palacio de la reina de las amazonas Tenía entendido que aquellas habitaciones estaban celosamente vigiladas, y en cualquier momento se podía tropezar con algún guardián. Eligió un pasillo al azar y echó a correr.

Allí reinaba un absoluto silencio, excepto el ruido de unas gotas de agua y el ligero rumor de las ratas. Las antorchas iluminaban el corredor a largos intervalos, estaban sujetas a los muros con grandes arandelas de bronce oxidado, pero se encontraban tan lejos unas de otras que había zonas de absoluta oscuridad. En aquella penumbra, Chabela vio unos ojillos como rubíes que la miraron fijamente durante un segundo. Luego, los roedores siguieron deslizándose suavemente.

En medio del siniestro silencio, la desnuda joven avanzó como un fantasma, con los nervios en tensión por el terror que sentía. Tenía la sensación de que unos ojos invisibles la miraban fijamente. ¿O serían los nervios que la traicionaban?

El corredor trazaba curvas y ángulos hasta llegar a un punto en el que se bifurcaba. Chabela se dio cuenta enseguida de que debía elegir un camino y que seguramente se había perdido y vagaba al azar.

No podía volver sobre sus pasos, ya que solo conseguiría caer en manos de Nzinga. No había nada que hacer sino seguir avanzando y rogar a Mitra que la guiara hacia una salida.

Después de dar unos pasos, Chabela llegó a los calabozos. A cada lado había celdas con puertas enrejadas. En la semioscuridad reinante distinguió a algunos prisioneros.

Unos permanecían en silencio, mientras que otros se quejaban lastimeramente.

La joven miró hacia el interior de las primeras celdas que encontró, pero lo que vio le resultó tan repulsivo que enseguida apartó los ojos de allí y decidió fijarse solo en el camino a seguir. Algunos de los prisioneros se habían convertido en verdaderos esqueletos, probablemente como consecuencia de años de hambre. Otros miraban al vacío con un brillo de locura en sus ojos. Casi todos los cuerpos tenían heridas infectadas y estaban terriblemente sucios. Algunos estaban muertos y las ratas les habían arrancado la carne de los huesos, dejando los esqueletos completamente limpios.

Al dar vuelta por una curva del pasillo, Chabela se quedó estupefacta al ver a Conan el cimmerio encerrado en una celda.

Estaba tendido sobre un lecho de paja. La joven se detuvo inmediatamente, preguntándose si se había vuelto loca o si era cierto que el bucanero estaba allí.

Evidentemente, era Conan. Al principio Chabela pensó que estaba muerto, porque se encontraba completamente inmóvil. Luego, cuando sus ojos se fueron habituando a la penumbra de la celda, observó que su enorme pecho se movía. Estaba inconsciente.

La joven lo llamó con voz vacilante, pero la única respuesta que recibió del fornido bárbaro fue un sonoro ronquido. Luego intentó abrir la puerta de la celda, pero estaba bien cerrada.

Chabela se preguntó qué hacer. En cualquier momento podían llegar los guardianes de Nzinga y la encontrarían allí. Lo más sensato era seguir su camino, pero no podía abandonar a su suerte al valiente bucanero que la había rescatado de la Isla sin Nombre.

Lo volvió a llamar en voz baja, con desesperación. Sus ojos se iluminaron cuando vio una vasija de barro junto a la pared. Introdujo una mano y comprobó que contenía agua fría.

Chabela levantó la jarra y la llevó hasta la celda de Conan. Afortunadamente, el inconsciente cimmerio estaba tendido de tal manera que su cabeza quedaba cerca de la puerta.

La muchacha vertió el contenido de la jarra sobre el rostro del dormido cimmerio. Conan se despertó tosiendo, escupiendo y

gruñendo. Soltó otro gruñido y se sentó sobre el lecho de paja mirando a su alrededor.

—¡Por los infiernos helados de Ymir! —exclamó—. ¿Qué diablos es esto…?

Acto seguido, sus ojos se clavaron en el rostro pálido de la desnuda princesa zingaria, y entonces se despertó del todo.

—¡Tú! ¡En nombre de Crom! ¿Qué sucede, muchacha?

Conan miró asombrado a la joven y agregó:

—¿Dónde estamos, en nombre de los once infiernos rojos? ¿Qué sucede? Tengo la cabeza tan dolorida como si los demonios de la Fosa me la hubieran estado machacando durante todo el día…

En voz baja, pero tensa, Chabela describió sus recientes infortunios. Conan entrecerró los ojos mientras se rascaba pensativamente la barbilla.

—Así que Nzinga me drogó, ¿eh? Era de esperar. ¡Malditos sean sus celos! No quiso que yo despertara para que no pudiera impedir que te castigase. Debió decidir que en sus habitaciones no me tenía seguro, y ordenó a sus criados que me bajaran aquí para encerrarme bajo llave.

Conan jugueteó con la paja que le había servido de lecho y luego rio entre dientes, mientras comentaba:

—Esta paja es un lujo, según ella. Me parece que Nzinga deseaba mantenerme como su amante favorito para cuando se deshiciera de ti.

—¿Qué podemos hacer, capitán Conan? —preguntó Chabela en voz baja.

—¿Hacer? —gruñó Conan mientras escupía en el suelo—. ¡Salir de aquí como sea! Apártate de la puerta.

—¿Qué piensas hacer? No tengo la llave…

—¡Al diablo con las llaves! —bramó el cimmerio, asiendo uno de los barrotes con ambas manos—. Estos barrotes llevan aquí muchos años y están hechos de cobre. La corrosión los ha debilitado, por lo que no necesitaré llaves. Ahora, apártate de ahí.

Apoyando un pie en el barrote, Conan se inclinó e hizo fuerza con las manos, los hombros y la espalda. Se puso azul por el esfuerzo titánico que estaba haciendo, y comenzó a jadear. Las gotas de sudor que cubrían su frente brillaban a la luz de la antorcha. Los músculos de su cuerpo sobresalían como cables de

bronce.

Chabela contuvo la respiración y se mordió el labio inferior.

El barrote crujió suavemente, el metal se dobló y finalmente cedió. Entonces el barrote se partió, haciendo un ruido tremendo. Fue como el restallido de un látigo.

Conan dejó caer el barrote al suelo, sobre la paja. Luego apoyó la espalda contra la pared para llenar sus pulmones de aire. Introdujo su cuerpo, de costado, en el hueco que había dejado el barrote roto, y poco después se encontraba en el pasillo.

Chabela lo miraba con los ojos desorbitados.

—¡En mi vida he visto semejante fuerza! —exclamó.

Conan se dio un breve masaje en los brazos y confesó:

—No querría hacer esto todos los días.

Miró hacia el corredor y agregó:

—¿Qué camino tomaremos? ¿Cómo saldremos de aquí? ¿Quién te ha azotado? ¿Nzinga?

La muchacha asintió con un movimiento de cabeza y en pocas palabras le relató todo lo ocurrido desde el incidente del salón-comedor. Conan parpadeó y dijo:

—Es una historia extraña, y lo más raro de todo esto es la aparición del hechicero estigio, pues supongo que habrá sido él. Ya me he encontrado con tipos como ese. Pero me pregunto quién será ese individuo que vino a apoderarse de la Corona. ¿Estás segura de que no se trataba del perro de Menkhara? Era quien le lamía los pies a Zarono en Kordava.

Chabela negó con la cabeza.

—No. Vi a Menkhara muchas veces en el *Petrel* y lo hubiera reconocido enseguida. Menkhara es un hombre de estatura media, que habla con voz monótona, como si el mundo lo aburriese. Pero ese otro hombre, aunque de la misma raza, era mucho más alto, más fuerte e incluso tenía un rostro agradable.

»Además, tenía un aire de vitalidad y de poderío.

Atendiendo a medias a la joven, Conan recorrió el pasillo con la mirada. Sentía instintivamente la necesidad de acción. Si alguna vez habían de escapar de la ciudad de las mujeres guerreras, debía ser en ese momento, mientras la reina Nzinga yacía inconsciente. Conan no podía saber cuánto tiempo seguiría dormida bajo los efectos de los rayos verdes del estigio.

El cimmerio y la muchacha comenzaron a caminar por el pasillo. Se detuvo un momento para coger una de las antorchas que había en la pared. La levantó en la mano, satisfecho. Al menos disponía de algo con qué defenderse. La antorcha era una especie de tronco de madera brillante, cuyo extremo chamuscado había sido envuelto con un paño empapado en aceite. Este producía una llama alta, amarilla y humeante. Una de las tareas de Chabela como esclava había sido reemplazar aquellas antorchas cuando se apagaban, y poner en condiciones las que se habían gastado.

En una curva del corredor, Conan y la princesa se encontraron frente a frente con un escuadrón de mujeres soldados. Eran hembras corpulentas, con brazos fuertes, rostros anchos y ojos rasgados.

Vestían pectorales de cuero sin curtir que sujetaban con cuadrados de bronce. Las faldas estaban confeccionadas con largas tiras de piel, con las mismas incrustaciones metálicas. Llevaban jabalinas y espadas con hoja de bronce.

—¡Cogedlos! —gritó una voz ronca.

Conan miró más allá del grupo de amazonas y vio a Nzinga. El bello rostro de la reina reflejaba una furia incontenible. Conan esbozó una sonrisa siniestra. No había más remedio que pelear para salir de aquel apuro.

Conan, el bárbaro de Cimmeria, consideraba que muchas de las costumbres del sur eran blandas, afeminadas y hasta corruptas. Pero no carecía de cierta ruda caballerosidad personal y no le agradaba nada la idea de pelear contra mujeres y de tener que matarlas. Sin embargo, ante la posibilidad de que volvieran a capturarlos, Conan se decidió por la lucha.

No esperó el ataque, sino que saltó entre las amazonas como una pantera enfurecida, golpeando a diestro y siniestro con la antorcha encendida. En unos segundos derribó a dos amazonas, que cayeron al suelo con el cráneo aplastado. Otra amazona se abalanzó sobre él con una espada corta. Conan extendió la antorcha hacia su rostro y la mujer cayó hacia atrás con un alarido, mientras intentaba apagar las llamas que habían prendido en sus cabellos. Un assegai apuntó hacia su vientre, y Conan, con un rápido movimiento de la mano, lo arrojó contra la pared con la agilidad de un leopardo acorralado. Levantó la antorcha para volver a atacar… y de repente se quedó inmóvil.

Nzinga se encontraba en ese momento junto a la princesa zingaria, rodeando su cintura con su poderoso brazo. En la mano libre sostenía una daga que apuntaba a la garganta de Chabela.

—¡Arroja al suelo esa antorcha, perro blanco, o tu amante se ahogará en su propia sangre! —ordenó la reina amazona con tono frío.

Conan maldijo en voz alta, pero no había nada que hacer. La antorcha cayó sobre las baldosas.

Las amazonas lo rodearon. Le ataron las muñecas y los brazos con gruesas sogas de hierba seca. La metalurgia del país de las amazonas aún no había alcanzado un nivel que les permitiera fabricar esposas de metal. Conan suponía que las cerraduras de las puertas de las celdas habían estado allí desde que se construyó la ciudad.

—¡Oh, reina, ahora está bien atado! —dijo una muchacha guerrera—. ¿Por qué no matarlo inmediatamente?

Nzinga contempló pensativa el torso brillante de Conan y repuso:

—No. Tengo pensado otro tipo de muerte para este traidor. Aquel que desprecia mi amor, se gana mi odio. Dejadlos a los dos en las habitaciones de los esclavos hasta el amanecer. Después llevadlos hasta la reja para arrojarlos a los árboles kulamtu.

Conan tuvo la impresión de que al oír aquel nombre, que le resultaba desconocido, hasta las duras amazonas temblaban. Pero ¿qué podía haber de terrible en un simple árbol?

16. El árbol devorador

Conan parpadeó bajo la luz del sol que en esos momentos se asomaba por encima de las copas de los árboles de la selva. Luego miró con curiosidad a su alrededor.

Las amazonas los habían arrastrado a él y a la joven zingaria hasta la plaza central de Gamburu. A un lado se alzaba el palacio real, con las dos estatuas flanqueando la puerta. Conan estaba acostado en el amplio hoyo que había en el centro de la plaza, y que tenía el suelo de arena. Cuando lo vio a su entrada en la ciudad, había notado el parecido de aquella palestra con la que había visto en su época de mercenario en la ciudad argosea de Messantia. Pero allí había puertas de las que surgían gladiadores o fieras que luego salían a luchar a la arena. En Gamburu no había fosos como esos.

También el grupo de árboles que había en el centro del hoyo tenía un aspecto extraño. Debían de ser los árboles kulamtu mencionados por la reina Nzinga. Examinó el que estaba más cerca de él y se dio cuenta de que era diferente de todos los que había visto hasta entonces; sin embargo, se parecía un poco al banano. El tronco tenía una superficie suave y fibrosa Pero, en lugar de terminar en finas ramas, aquel árbol acababa en un orificio redondo y húmedo, que parecía una boca. Debajo de este orificio había un círculo de hojas enormes, del tamaño de un hombre. Eran hojas largas, anchas y gruesas, con la superficie superior cubierta de filamentos que parecían pelos, del tamaño de un dedo.

Las amazonas, resplandecientes con sus pieles de leopardo, vistosos plumajes y magníficas joyas, ocupaban lentamente los asientos libres que aún quedaban en la plaza. Había algunas que Conan conocía bien por haber acudido a las fiestas de la reina.

El cimmerio probó disimuladamente la resistencia de sus ligaduras. Los músculos de sus bronceados brazos se pusieron en

tensión por el esfuerzo. Pero las sogas tejidas resistieron; cedían un poco, pero seguían reteniendo implacables a su presa por los brazos y las piernas, que también estaban atadas, a la altura de los tobillos. Conan pensó con ironía que en otros tiempos había sido capaz de romper cadenas de hierro, y en ese momento no podía con unas simples sogas de hierba tejida. Quienes lo habían atado, sin duda conocían bien su oficio.

Los bancos de la plaza estaban casi llenos. Ante una orden de la reina Nzinga, que estaba sentada en las gradas, los guardias arrastraron a Conan y a Chabela más cerca del grupo de extraños árboles.

Luego se retiraron apresuradamente, dejando a los dos prisioneros sobre la arena.

Las amazonas hablaban animadamente en la plaza. Señalaban a las dos víctimas, se reían a carcajadas y gritaban.

Chabela gritó. En ese momento, Conan sintió que algo le tocaba el pie y quiso averiguar de qué se trataba.

—¡Por Crom! —exclamó.

Una de las enormes hojas del árbol kulamtu había avanzado y en ese preciso momento le rodeaba un tobillo. Chabela volvió a gritar, y Conan vio que las extremidades de la joven estaban siendo rodeadas por una de las monstruosas hojas.

Conan apretó los dientes. Aquello le resultaba absolutamente desconocido y extraño. Pero años atrás, cuando había asolado la Costa Negra en compañía de Belit, oyó, de labios de los negros de su tripulación, historias horrorosas acerca de lo que ocurría en el interior de la selva. También había rumores acerca de un árbol devorador de hombres, pero Conan nunca había prestado demasiada atención a lo que él suponía que era una leyenda de los supersticiosos negros.

De repente se puso pálido, y comprendió a qué se debía la presencia de los huesos blancos que había al pie de los árboles. Las pegajosas hojas se doblarían alrededor de su cuerpo y lo levantarían hasta aquel espantoso orificio para engullirlo. El árbol diabólico lo tragaría vivo. Los ácidos segregados por este le desintegrarían la carne, y el árbol vomitaría finalmente sus huesos completamente limpios.

Tres enormes hojas se habían curvado sobre su cuerpo a pesar

de los esfuerzos que hacía por alejarse rodando, y lo levantaron lentamente por los aires. Cada una de las prolongaciones de las hojas picaba como el aguijón de una avispa allí donde tocaba. Pero el horror y el asco le infundieron fuerzas.

Entonces, en medio de los gritos del público, Conan oyó un débil sonido que dio nuevo vigor a sus músculos. Obedecía al estallido de una de las sogas al romperse. Al cabo de dos segundos cedió otra.

Conan se dio cuenta rápidamente de que las hojas también segregaban un líquido corrosivo, y que aquel fluido disolvía y debilitaba las sogas de hierba tejida. Luchó frenéticamente y cedieron más sogas. Liberó un brazo y apartó una hoja que comenzaba a envolverle la cabeza. Luego apartó algunas hojas más y finalmente cayó sobre la arena. Las partes de su cuerpo que habían estado en contacto con las hojas estaban cubiertas de señales rojas.

A juzgar por los gritos y por el clamor general que estalló entre los espectadores, Conan dedujo que aquello jamás había sucedido antes. Sin duda las amazonas habían sido lo suficientemente prudentes como para alimentar a los árboles carnívoros con víctimas debilitadas por la tortura y la prisión. Nunca habían ofrecido a los árboles-verdugos un hombre del tamaño y la fuerza de Conan, en plena posesión de sus facultades. Apartando la última hoja, que todavía le rodeaba las piernas, el cimmerio decidió aprovecharse del error de las amazonas.

Chabela, que en ese momento estaba envuelta de pies a cabeza por las hojas como una momia, fue ayudada por Conan cuando el árbol ya la había levantado a medio camino del espantoso orificio. El cimmerio cogió las hojas que rodeaban a la joven y cayó de un salto sobre ellas. Estas no pudieron soportar su peso y se quebraron. Algunas se partieron por la mitad y otras se soltaron del tronco. Conan cayó boca abajo sobre la arena caliente, sosteniendo a la muchacha en los brazos. La liberó rápidamente de las hojas que aún la envolvían y que, al caer al suelo, se retorcieron como si sintieran un terrible dolor.

La piel de la princesa, al igual que la del cimmerio, estaba cubierta de manchas rojas por el contacto con las hojas. Acto seguido, Conan examinó rápidamente las ligaduras de la joven. Al igual que las suyas, estaban casi disueltas, de manera que no le

resultó difícil romperlas, liberando así a Chabela.

En ese momento, las amazonas acababan de estallar en un terrible clamor. Algunas mujeres guardianes habían saltado a la arena y avanzaban hacia él. El sol se reflejaba sobre sus armaduras de bronce. Conan apartó la última hoja del rostro de Chabela para que pudiera respirar, y luego saltó para hacer frente a sus adversarias más cercanas.

Tal como él esperaba, no se abalanzaron con lanzas ni con machetes de madera. Se detuvieron a pocos metros de él, empuñando sus armas y gritando frenéticamente. Entonces se dio cuenta de que no era a él, que estaba desnudo y con las manos vacías ante el enemigo, a quien temían, sino a los árboles que se alzaban detrás de él. Sus dudas parecían nacer del simple temor a las plantas carnívoras, o a los árboles que probablemente consideraban como dioses. Fuera cual fuese el motivo, aquella duda le dio una idea al cimmerio.

Se dio media vuelta y apoyó un hombro contra el árbol que había intentado devorarlo. La enorme planta se retorcía y agitaba el resto de sus hojas como si sintiera un terrible dolor, sin hacer el menor esfuerzo por alcanzar a Conan. El tronco tenía aspecto fibroso y quizá no era más fuerte que el tallo de cualquier planta joven.

Conan empujó con fuerza y sintió que el tronco cedía ligeramente, sin hacer el menor ruido. Dio otro empujón, y el tronco saltó junto con un montón de arena que rodeaba sus raíces de color blanco.

De las gradas surgió un alarido cuando Conan derribó la planta. Luego la tomó bajo el brazo, como si se tratara de un ariete. Tendría unos tres metros de largo desde las raíces a la boca, unos treinta centímetros de ancho y no pesaba mucho.

Conan atacó a las mujeres guerreras empleando el árbol como ariete. Estas rompieron filas y salieron corriendo. Conan se rio de buena gana. Era evidente que las amazonas sentían horror ante su árbol sagrado y se alejaban de él. Conan se dio media vuelta y derribó a dos guardianas con un rápido movimiento del tronco. Las demás huyeron en dirección a las tribunas.

Entonces comenzaron a caer jabalinas a su alrededor, como una lluvia mortal. Una de ellas se clavó en el tronco, muy cerca de su

mano. Algunos cuchillos pasaron silbando junto a su cabeza.

—¡Chabela! —gritó—. ¡Toma una de esas lanzas y sígueme!

Conan corrió hacia las gradas, y la muchacha lo siguió. Un grupo de amazonas que había delante de él se dispersó cuando el cimmerio les arrojó el tronco, del que caían gotas de savia corrosiva. Luego subieron por las gradas que rodeaban la plaza y se dirigieron a la calle que conducía a la Puerta Occidental.

Cuando salieron del hoyo, Conan esperaba ver a medio ejército de Gamburu reunido para atacarlos.

Pero en lugar de esto, sus ojos contemplaron un espectáculo totalmente distinto. Cinco flechas atravesaron el aire. Los tejados cercanos hervían de gente. Había una docena de cadáveres tendidos en la calle, con lanzas atravesadas en el pecho. Los gritos de guerra se oían por todas partes. La ciudad de las amazonas estaba siendo atacada.

Un grupo de guerreros negros, todos hombres, entraba por la calle y se dirigía a la Puerta Occidental.

Avanzaban en filas disciplinadas, marchando al estilo militar, disparando lluvias de flechas y derribando a los grupos de amazonas que intentaban contraatacar.

Por encima de las cabezas de los arqueros, Conan descubrió a su viejo camarada Juma y lo llamó a gritos. Juma también lo vio, sonrió y bramó una orden en la lengua de su pueblo. Las filas se abrieron para rodear y proteger a Conan y a la muchacha zingaria. El cimmerio arrojó a un lado el tronco que llevaba bajo el brazo. Entonces las fuerzas comenzaron a retirarse por donde habían venido, efectuando una operación de despliegue de su retaguardia para contrarrestar un posible ataque de las desorganizadas amazonas.

Conan se echó a reír y le dio una afectuosa palmada a Juma en la espalda.

—Me estaba preguntando cuándo vendrías —dijo—. ¡Y llegaste justo a tiempo!

Juma también se rio, al tiempo que una flecha amazona se estrellaba contra su escudo de piel de rinoceronte.

—No estoy muy seguro de ello, Conan. Las cosas parecían irte bien.

Al retroceder hacia la Puerta Occidental, Juma explicó que sus

hombres habían perseguido a los mercaderes de esclavos hasta Gamburu. Entonces había reunido un grupo de guerreros negros para atacar la capital de las amazonas.

—Temía no encontrarte vivo —concluyó—. Debía saber que Conan estaría, como siempre, en plena batalla, atacando la ciudad de las amazonas con las manos vacías.

Al llegar a la puerta, Conan vio la barba pelirroja y los ojos azules de Sigurd, que se había quedado allí con un grupo de marineros armados para facilitar la retirada del ejército negro. Conan y Sigurd se saludaron gritando y levantando la mano, pero no había tiempo para explicaciones.

Cuando traspasó el umbral, Conan sonrió feliz al ver por última vez la ciudad de la reina Nzinga. Era una mujer magnífica y había sido una amante extraordinaria, pero Conan jamás estuvo satisfecho con su papel de consorte. Sospechaba que más de un hombre habría sido pasto de los árboles carnívoros al cansarse Nzinga de sus abrazos.

—Ahora entiendo lo que querías decir cuando hablabas de instruir a tus hombres en el manejo de las armas al estilo turanio —le dijo a Juma.

En ese momento, un numeroso grupo de amazonas salió en persecución de los hombres de Juma, pero estos se desplegaron en perfecto orden de combate y dispararon una lluvia de flechas, cerraron filas rápidamente y vieron como las pocas sobrevivientes que quedaban huían en dirección a la ciudad.

Los guerreros negros se acercaron a los árboles. Allí se detuvieron para respirar tranquilamente.

Entonces, Conan y Sigurd se saludaron alegremente. Sigurd miró a Chabela y se arrodilló.

—¡Princesa! —exclamó—. ¡Por Ishtar y por Moloch, deberías ponerte algo encima! ¿Qué pensaría el rey si te viera desnuda? ¡Toma, ponte esto!

El marinero se quitó la camisa y cubrió el esbelto cuerpo de la muchacha con ella.

—Gracias, Sigurd —dijo la joven—. Me he visto obligada a andar desnuda durante tanto tiempo que me he acostumbrado a ello.

—¿Y ahora adónde vamos, Conan? —le pregunto Sigurd al

cimmerio—. No sé lo que piensas tú, pero yo estoy harto de estas selvas. Si no nos comen los mosquitos, nos devorarán los leones.

—Regresaremos a Kulalo —dijo Conan—, y luego embarcaremos en el *Holgazán* sin pérdida de tiempo. Si los hombres que han quedado allí zarparon con el buque, los despellejaré vivos.

—¡Supongo que celebrarás la victoria con nosotros! —protestó Juma—. Ahora que mis guerreros han derrotado a las amazonas de Gamburu, estoy casi seguro de que puedo dominar toda la zona. Mis hombres están deseosos de beber un buen licor de banana…

Conan respondió negativamente con un movimiento de cabeza.

—Gracias, pero me temo que no disponemos de tanto tiempo, viejo amigo. Es preciso que regresemos cuanto antes a Zíngara. Allí hay una conspiración contra el rey Ferdrugo, el padre de la princesa Chabela, y debemos llevarla al palacio enseguida. Parece ser que se han reunido varios magos de Estigia para llevar a cabo el plan. De modo que la celebración tendrá que esperar.

17. El naufragio del Holgazán

El viaje a través de la selva desde Gamburu a Kulalo, y desde allí hasta la desembocadura del Zikamba, donde habían dejado el *Holgazán*, duró varios días. Chabela estaba exhausta, por lo que los negros de Juma construyeron una tosca litera de bambú y tela, en la que la princesa siguió viaje con cierta comodidad.

En cuanto a Conan, unas pocas horas de descanso, una buena cantidad de vino y suficiente carne asada bastaron para que se sintiera nuevamente en forma No se vanagloriaba en absoluto de su supremacía física, pues pensaba que era obra de sus antepasados o un don divino y que, en consecuencia, no había de qué enorgullecerse.

El sol se estaba ocultando cuando llegaron a la desembocadura del Zikamba. Al cabo de un rato comenzó a brillar la luna en el firmamento Allí el río formaba un estuario, donde les esperaba un espectáculo sorprendente y desagradable.

Sigurd tragó saliva y comenzó a maldecir en voz alta. Conan no dijo nada, pero su rostro impasible se oscureció por la terrible cólera que sentía.

El *Holgazán* estaba medio hundido en aguas poco profundas El mar lamía sus cubiertas. Los mástiles eran muñones chamuscados, ya que un incendio había asolado la cubierta principal. A juzgar por la docena de tumbas que había en ese lugar, el cimmerio sospechó que allí se había librado una batalla y que la había perdido el *Holgazán*.

El ruido que hicieron los hombres de Juma al acercarse alertó a los centinelas. Hubo gritos de advertencia y se oyeron pasos apresurados. Se encendieron antorchas, cuya luz se reflejó en las desnudas espadas que sostenían en la mano un grupo de fornidos marineros. Conan apartó a un lado a sus compañeros y avanzó a

grandes zancadas.

Los marineros se hallaban en condiciones penosas. La mayor parte tenían vendajes sucios y algunos se apoyaban sobre bastones o muletas. Zeltran, su segundo, se adelantó hacia él. Su brazo derecho estaba vendado, y sostenía un sable de abordaje en la mano izquierda.

—¡Capitán! —exclamó—. ¿Eres tú? No pensé que volvería a verte vivo. Daba la impresión de que la selva te había tragado para siempre.

—Todavía estoy vivo, Zeltran. Pero ¿qué ha sucedido aquí? Parece que hubo jaleo, pero ¿quién fue?

Zeltran movió la cabeza apesadumbrado. El rollizo segundo había perdido mucho peso.

—¡Ese perro de Zarono! —gruñó—. Hace tres días su *Petrel* nos atacó por sorpresa…

—¿Por sorpresa? —interrumpió Conan—. ¿Cómo ha podido suceder tal cosa? ¿Acaso no había turnos de guardia?

Zeltran profirió una maldición y repuso:

—Los había, capitán, pero todos los guardias del mundo juntos no habrían podido ver al *Petrel*. Una espesa niebla cayó sobre nosotros. Una niebla como jamás había visto. No se podía distinguir nada a dos pasos de distancia. Era como un muro de granito…

—Sí, capitán, es cierto —dijo un marinero—. Fue obra de magia, capitán Conan… magia negra, ¡por mis entrañas que fue magia negra!

—Y bajo esa misteriosa niebla avanzó el *Petrel* y asoló las cubiertas, ¿no? —dijo Conan con un gruñido.

—Sí, capitán —siguió diciendo Zeltran—. Eso es lo que ocurrió. Antes de que nos diéramos cuenta, el *Petrel* se acercó a nosotros y los hombres de Zarono saltaron por la borda y nos atacaron. Peleamos, ¡y los dioses saben cómo lo hicimos!, puedes ver nuestras heridas, pero ellos contaban con un número superior de hombres y tenían la ventaja de la sorpresa. Al final terminaron arrojándonos por la borda. Intenté cubrir la retirada…

—Sí, capitán —dijo otro marinero—. Tenías que haberlo visto. Te habrías sentido orgulloso de verlo peleando como por tres hombres.

—Pero entonces, algo me golpeó la cabeza. Cuando recobré el

sentido estaba atado al mástil y los perros de Zarono estaban a mi alrededor, con cara de contentos. Luego llegó Zarono, muy elegante con su traje lleno de encajes. A su lado estaba el repugnante Menkhara, ese maldito sacerdote. Me preguntó dónde estaba nuestro capitán y respondí que había desembarcado. Luego Zarono me dio un golpe en la boca y dijo que ya sabía eso, pero que quería saber adonde habías ido. Respondí que no lo sabía, que tenías amigos por aquí y que seguramente habías ido a visitarlos. Luego me preguntó por la muchacha zingaria y le dije que te había acompañado.

Zeltran hizo una pausa y exhaló un profundo suspiro. Luego agregó:

—Fingí ignorar el paradero del rey Juma, aunque me quemaron el brazo con carbones encendidos.

»Ya te enseñaré mis heridas cuando estén curadas, capitán. Entonces, Zarono y el sacerdote estigio se apartaron y hablaron en voz baja. El sacerdote montó los aparatos mágicos sobre la cubierta principal y pronunció unas palabras misteriosas en una lengua desconocida mientras se veían unas luces extrañas a su alrededor. Al final le dijo a Zarono: “Veo a la muchacha viajando en una litera por la selva entre un numeroso grupo de guerreros negros. No te puedo decir más”. Esto enfureció a Zarono. Me dio varios golpes en la cara, quizá para desahogar su cólera. Luego Zarono y Menkhara decidieron destruir el *Holgazán* y partir inmediatamente hacia Kordava. Tenían intenciones de tocar puerto en Estigia para recoger allí a su aliado, que al parecer se llama
Toth-Amon
.

—¿Toth-Amon? —preguntó Conan—. Ya me he cruzado en su camino anteriormente. Es un mal enemigo. Pero continúa. Esos dos perros han hablado muy libremente delante de ti.

—¡Oh, capitán, porque no esperaban que viviera para contarlo!

»Zarono dio algunas órdenes. Un hombre de su tripulación ocupó un bote y luego abrió una vía de agua en el costado del *Holgazán*. Otro grupo apiló madera alrededor de los mástiles y la hicieron arder.

—¿Y tú estabas atado a uno de los mástiles?

—Sí, al mástil principal. Como puedes imaginar, no me gustó en

absoluto la idea de que me quemaran vivo. Los hombres de Zarono volvieron a embarcar en el *Petrel* y este zarpó rápidamente.

»Rogué a Mitra, a Ishtar y a todos los demás dioses para que me sacaran del apuro. No sé si me escucharon, pero lo cierto es que cuando el *Petrel* zarpó y desapareció en medio de la niebla, comenzó a llover a cántaros. Mientras tanto —prosiguió—, el *Holgazán* se hundió hasta tocar el fondo, como está ahora, a causa de la vía de agua. Yo luché desesperadamente para deshacerme de mis ataduras hasta que conseguí liberar los brazos. Los hombres del *Petrel* no habían hecho un buen trabajo con sus nudos. Cuando estuve libre, arrojé por la borda toda la madera encendida que pude y el resto lo hizo la lluvia, aunque antes ardieron completamente los mástiles y el aparejo. No hay más, capitán.

—Hubiera sido más inteligente por su parte no haber tratado de hundir y quemar el buque a la vez —dijo Conan con un gruñido—. Porque una cosa anularía a la otra.

El cimmerio golpeó afectuosamente a su segundo en la espalda, arrancándole un grito de dolor a causa de su brazo herido, y agregó:

—Te creo, y entiendo que los hombres han hecho lo que han podido. Pero ahora tenemos que poner el *Holgazán* a flote lo más rápidamente posible.

—Capitán, no veo cómo podremos hacer eso antes de varios meses —repuso Zeltran con una mueca—. No tenemos astilleros ni disponemos de obreros especializados en esta selva.

—Mis hombres te ayudarán a reparar el barco —dijo Juma avanzando hacia él—. Muchas manos harán el trabajo más fácil.

—Quizá, y te doy las gracias por ello —musitó Conan, pensativo —. Pero ¿qué saben tus guerreros de barcos?

—Nada. No somos gente de mar, pero somos muchos y fuertes, y entre nosotros hay buenos artesanos de la madera. Si tus hombres les dan instrucciones sobre lo que hay que hacer, trabajarán como titanes hasta que el trabajo esté terminado.

—¡Muy bien! —exclamó Conan.

Luego miró a su decaída tripulación y agregó:

—Amigos míos, hemos perdido una batalla, pero no la guerra. Zarono, que os venció por medio de su traicionera magia, navega ahora rumbo a Zíngara, donde espera derribar a nuestro viejo jefe, al rey Ferdrugo. Los hombres del rey Juma nos ayudarán a reparar

nuestro barco. ¡Y después a liquidar a ese granuja y a salvar a nuestro rey de sus maquinaciones! ¿Qué decís?

—Hemos perdido muchos hombres buenos —dijo un marinero señalando la fila de tumbas.

—¡Sí, pero tenemos a los argoseos de Sigurd! Si os unís como una sola tripulación, sin peleas ni rencillas, lo podremos conseguir. ¿Qué pensáis? ¡Quiero oír la respuesta en voz alta y clara!

Los marineros lanzaron gritos de aprobación. Sus desnudos machetes de abordaje brillaron a la luz de la luna.

Conan jamás había visto a sus hombres trabajar tan duramente. Ataron cables a los tocones de los mástiles y enderezaron el escorado navío. Luego se lanzaron al agua para taponar las vías abiertas, a la vez que buceaban en la cala en busca de herramientas. Derribaron árboles, cortaron tablones y taparon las brechas del *Holgazán*. Después bombearon el agua de su interior hasta que la nave se mantuvo nuevamente a flote.

Talaron más árboles y construyeron nuevos mástiles. Mientras las mujeres de la aldea cosían nuevas velas, los hombres reunían leña resinosa, la apilaban y, después de prenderle fuego, recogían la sustancia que producían las pilas de leña para calafatear el buque. Trabajaron día y noche, mientras los muchachos de la aldea de Juma sostenían en alto las antorchas para iluminar a los hombres.

Finalmente llegó el día de partir. Los bucaneros, terriblemente cansados, se emborracharon con licor de banana, pero el *Holgazán* estaría dispuesto a zarpar con la brisa del amanecer.

Los hombres de Juma avanzaron por la selva durante toda la noche, cargados con provisiones: barricas de agua, fruta fresca, cerdo ahumado y verduras. Les dieron provisiones suficientes para hacer un viaje hasta el fin del mundo.

Cuando la luz del sol comenzó a iluminar el cielo por el este, Conan se despidió de Juma. Habían peleado juntos en los ejércitos del rey Yildiz de Turan; después habían estado juntos en las nieves de los montes Talakmas, formando parte de un ejército de extraordinarios guerreros de ojos rasgados y trajes de cuero. Y ahora, por última vez, habían peleado hombro con hombro en las impenetrables selvas kushitas.

Los dos hombres se estrecharon con fuerza la mano, en silencio y sonriendo, pero conteniendo unas lágrimas inevitables. No dijeron

nada, pero ambos sospechaban que jamás volverían a verse.

El *Holgazán* aparejó todo su trapo y las velas sonaron alegremente al coger viento. Los guerreros negros, con sus mujeres y niños, se apiñaban en la playa levantando los brazos a modo de despedida.

El *Holgazán* inició su singladura rumbo a Zíngara.

18. Un reino en juego

Al caer la tarde, Conan entró en el *Holgazán* en el puerto de Kordava. El día agonizaba, y el cielo encapotado ocultaba las estrellas.

Pocas personas vieron el esbelto navío cuando trazó en silencio la enorme curva del puerto y avanzó hacia una ensenada muy poco usada que se encontraba al final de los muelles. Conan creyó prudente entrar en la ciudad de modo tan inadvertido como fuera posible, ya que ignoraba si el duque Villagro había tomado ya las riendas del poder o cuánto tiempo hacía que Zarono y Toth-Amon estaban en la ciudad. Supo que se le habían adelantado cuando Zeltran le tocó el brazo y señaló a lo lejos:

—¡El *Petrel* de Zarono! —exclamó el segundo—. Capitán, se me ocurre una idea… Puesto que no hay nadie por aquí, podríamos atacar e incendiarlo.

—Domínate, mi pequeño gallo de pelea —dijo Conan con una sonrisa—. Arriesgamos mucho y nos lo jugamos todo a una carta. Nuestros amigos probablemente no están ahí, sino en el castillo de Ferdrugo, tejiendo su red para atrapar al viejo.

—Vayamos enseguida al palacio, capitán Conan —dijo la princesa, asiendo al cimmerio por un brazo—. Tus hombres pueden seguirte después. Tenemos que advertir a mi padre de lo que traman contra él esos traidores. Villagro y Zarono pueden…

—Calma —interrumpió Conan sin dejar de sonreír—. ¡Menos prisa, muchacha! Hace mucho tiempo que he aprendido a no meterme en la boca del lobo, si puedo evitarlo El duque rebelde y su hechicero Toth-Amon se habrán apoderado ya de todo. Ir directamente al palacio sería

caer en la red. No, tengo otra idea.

—¿Cuál?

Conan volvió a sonreír, y repuso mirando a lo lejos:

—Primero visitaremos el único lugar de Kordava en el que puedo estar seguro: el Nueve Espadas.

—¿El Nueve Espadas? —preguntó la joven.

—No es la clase de lugar al que irían las damas de tu categoría, pero servirá para nuestros propósitos. ¡Confía en mí, muchacha! Zeltran, me llevaré diez hombres. Busca por ahí capas impermeables y linternas, y procura que todos estén armados.

Las calles estaban tan silenciosas que parecían las de una necrópolis. Sigurd, supersticioso como todos los marinos, se estremeció al pisar los charcos de agua mientras caminaba junto a Conan, y su mano acariciaba la empuñadura del machete que llevaba debajo de la capa impermeable.

—Seguramente todos han muerto o la gente sufre alguna maldición —gruñó el pelirrojo, mirando nervioso a su alrededor.

Conan le ordenó que guardara silencio por si los oían los guardias.

Pero nadie, salvo los gatos de Kordava, vio al grupo de marineros que se deslizaba silenciosamente por las estrechas calles de la ciudad embozados en sus largas capas en dirección al Nueve Espadas.

Cuando los marineros entraron en el local, el viejo Sabral se acercó corriendo a la puerta y se secó las manos en el delantal.

—Lo siento mucho, pero ya hemos cerrado por esta noche —dijo —. El gobierno ha ordenado que se cierren todas las tabernas con la puesta del sol, por lo que tengo que pediros que… ¡Oh!

Conan, que se había quitado la gorra y echado hacia atrás la capa, acercó su curtido rostro al del tabernero.

—¿Qué es eso, amigo? —preguntó.

—¡Ah! ¡Si te hubiese reconocido…! Por supuesto, el Nueve Espadas siempre está abierto para el capitán Conan, con ley o sin ella. Entrad, muchachos, entrad. Tardaré un poco en encender el fuego, pero os daré todo lo que queráis.

—¿Por qué ha ordenado el gobierno que se cierre temprano esta noche? —preguntó Conan, mientras tomaba asiento en un lugar desde donde podía contemplar la puerta.

El grueso tabernero se encogió de hombros.

—¡Solo Mitra lo sabe, capitán! Ayer se publicó un decreto real. Vivimos tiempos muy, muy raros, de verdad, capitán. Primero desembarca el capitán Zarono, los dioses sabrán de dónde venía, con un grupo de horribles estigios, se va directamente al palacio del rey Ferdrugo y entra allí como si fuera suyo.

»Nadie le dijo una sola palabra; parecía que todo el mundo estuviera hechizado. Y luego salen estos nuevos decretos: cerrar las puertas de la ciudad con la puesta del sol, y otros. Se ha nombrado al duque Villagro mariscal jefe, y la ciudad se encuentra bajo la ley marcial. Todo es muy extraño, capitán, muy extraño. ¡Y puedes estar seguro de que nada bueno saldrá de todo esto!

—Cierto, es realmente curioso —dijo Sigurd.

—¿Qué tiene de curioso? —preguntó Conan.

—¡Por los ojos de Dagda y los dedos de Orvandel! Tu amigo Sabral dice que la ciudad está más cerrada que un tambor, pero nosotros entramos en el puerto sin que nadie saliera a recibirnos. ¿No crees que Villagro debía haber enviado a sus degolladores a vigilar el puerto?

—Piensan que el *Holgazán* todavía está escorado en la desembocadura del Zikamba —dijo Conan.

—¡Ah, sí! Lo olvidaba. Zarono jamás sospecharía que fuésemos capaces de reparar el barco tan rápidamente.

Conan asintió con un movimiento de la cabeza.

—Sí, pelirrojo. Si ahora todo sale bien, puede que el rey Ferdrugo deba su trono a un guerrero negro del que jamás ha oído hablar y al que nunca verá.

—Bueno, antes pensaba muy mal de los negros. Siempre me parecieron una chusma de salvajes supersticiosos e infantiles. Pero tu amigo Juma me abrió los ojos. Es un verdadero jefe, como tú. Sí, creo que en cada pueblo hay héroes y tipos que no sirven para nada.

Pero había poco tiempo para hablar. Conan le hizo algunas preguntas a Sabral, y este le contó algunas cosas que el bucanero ya sospechaba o temía que pudieran ocurrir. Villagro aún no se había apoderado del trono, pero era posible que eso sucediera pronto. Las guarniciones leales habían sido enviadas a las fronteras con varios pretextos. Los oficiales y funcionarios que se destacaban por su

fidelidad a la dinastía habían sido enviados al extranjero, detenidos u obligados a presentar su dimisión; otros habían sido enviados a la cárcel con diversas acusaciones. Desde la puesta del sol, el palacio había quedado aislado del resto de la ciudad. Todos los puestos clave estaban ocupados por partidarios de Villagro. En el palacio se iba a celebrar una ceremonia, pero Sabral ignoraba de qué se trataba.

—Sospecho que será una abdicación —musitó Conan, paseándose por la taberna como un león enjaulado—. Debemos entrar en el palacio, pero ¿cómo? Villagro y Zarono lo han cerrado a cal y canto. Ese Toth-Amon debe tener a Ferdrugo en un puño. Pero si podemos enfrentar al rey con su hija, tal vez se rompa el encantamiento. Entonces capturaremos a los traidores. ¿Dónde estará ese maldito Ninus? Debía haber llegado hace una media hora…

Sigurd frunció el ceño. Conan había preguntado al tabernero por la salud de su pequeño amigo, el sacerdote. El zingario repuso que este se había recuperado de sus heridas y había regresado al templo.

Luego Conan envió a un marinero para que trajera al hombre al Nueve Espadas.

—¿Quién es ese Ninus? —preguntó Sigurd.

—Lo conocí hace años —respondió Conan impaciente, encogiéndose de hombros—, cuando él y yo éramos ladrones en Zamora. Regresó a su Zíngara natal cuando Zamora se convirtió en un lugar peligroso para él. Aquí conoció a un sacerdote de pico de oro, un misionero mitraísta, que lo convenció de que los sacerdotes engordaban cómodamente a costa de los miedos y las supersticiones de los honrados ciudadanos y las mujeres aburridas. Y así Ninus, un hombre que siempre supo aprovechar las oportunidades, se hizo sacerdote de Mitra. Pero si hay alguien en Kordava que conozca alguna entrada secreta al palacio de Ferdrugo, es él. Era el ladrón más listo y simpático de los que conocía. Valía incluso más que Taurus de Nemedia, al que llamaban el príncipe de los ladrones. Es capaz de encontrar puertas donde nadie…

Un solemne gong alertó a Conan. A Chabela se le pusieron todos los músculos del cuerpo en tensión, y clavó las uñas en el brazo de Conan.

—¡Las campanas de la torre de todos los dioses! —exclamó la joven—. ¡Oh, Conan, hemos llegado tarde!

El cimmerio miró el pálido rostro de la muchacha.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó.

—Las campanas… anuncian que comienza la audiencia del rey. Hemos llegado demasiado tarde… ya ha comenzado.

Conan y Sigurd intercambiaron una rápida mirada y abrieron una ventana para contemplar el palacio que se alzaba sobre una colina.

Se veían luces por todas partes. Chabela tenía razón. La ceremonia acababa de comenzar.

19. El rey Toth-Amon

La escena que tenía lugar en el salón del trono del rey Ferdrugo era realmente dramática. En el cielo tormentoso se sucedían los relámpagos, y la luz cárdena se reflejaba de cuando en cuando en las ventanas de la habitación.

El salón era enorme y tenía el techo muy alto. Unas paredes circulares y una serie de poderosas columnas de granito cubiertas por magníficas losas de mármol pulido soportaban la gigantesca cúpula de la habitación, que era una maravilla arquitectónica.

Unos formidables candelabros, gruesos como los músculos de un guerrero, esparcían su luz desde sus soportes de oro afiligranado. El resplandor de las antorchas, los candelabros y los relámpagos se reflejaban sobre los brillantes escudos y los emplumados cascos de los centinelas situados alrededor del salón.

Allí había muchos más soldados que nunca. Ese hecho en sí ya constituía un motivo de sospecha para el numeroso grupo de nobles y de funcionarios a quienes habían convocado los heraldos del rey. La orden salió apresuradamente del palacio en secreto para que todos estuvieran presentes en la proclamación del sucesor al trono.

La otra causa de preocupación era la vestimenta de aquellos centinelas. Mientras algunos llevaban el uniforme de la legión del Trono, el cuerpo de guardia privado del rey, la mayoría vestía los colores de Villagro, duque de Kordava.

En el centro del salón, sobre una plataforma de mármol verde, se alzaba el antiguo trono rosado de la dinastía de Ramiro, en el que estaba sentado el rey Ferdrugo III.

Los dignatarios presentes habían visto muy poco al rey en los últimos meses. Contemplaban al anciano preguntándose por qué habría envejecido tanto. Tenía la piel muy ajada, y las extremidades entumecidas; las mejillas hundidas, y los pómulos salientes. Los ojos

del anciano, hundidos en sus cuencas, miraban al vacío, como perdidos, bajo las espesas cejas blancas. La luz del salón le daba al viejo monarca el aspecto de un esqueleto vestido.

Sobre la cabeza, quizá demasiado pesada para que su delgado cuello pudiera sostenerla, descansaba la vieja corona del heroico rey Ramiro, fundador de la dinastía. Se trataba de una elipse de oro, con unas pequeñas aplicaciones en el borde superior, parecidas a las almenas de un castillo.

El anciano rey tomó una larga hoja de pergamino llena de sellos con sus manos blancas y casi transparentes. Luego la leyó con una voz muy débil. El largo preámbulo, la lista interminable de títulos, la jerga legal… todo contribuía a alimentar la sospecha en las mentes de los presentes. Todos esperaban graves acontecimientos.

Delante de la alta plataforma había dos personas de pie. Una era el duque de Kordava. En ausencia del príncipe Tovarro, el hermano más joven del rey, Villagro era, después del monarca, el primer noble del reino. La expresión de su rostro podría describirse como una mezcla de espera complaciente y nerviosa aprensión.

A su lado había otro hombre, desconocido para todos los presentes. Parecía estigio, a juzgar por su cabeza rapada, su rostro de halcón, la piel un tanto oscura y su poderosa constitución física. Iba vestido con una enorme túnica que no dejaba al descubierto más que su cabeza.

Sobre el cráneo rapado llevaba un curioso tocado. Se trataba de una corona de oro en forma de serpiente enroscada, con miles de piedras preciosas incrustadas. Algunos nobles se dieron codazos de advertencia y murmuraron entre sí cuando el desconocido echó hacia atrás la capucha de su túnica y dejó al descubierto el fantástico tocado. Los nobles se preguntaban si se trataba de diamantes tallados, cuya técnica se desconocía por completo en la Edad Hybórea. De ser así, el valor de la corona debía de ser enorme… incalculable. Cuando el desconocido se movía, las blancas gemas arrojaban mil destellos con los colores del arco iris, reflejando las luces de la cúpula y de las columnas de mármol.

El hombre del rostro oscuro parecía profundamente concentrado, hasta tal punto que ni siquiera se daba cuenta de la presencia de los demás. Era como si todas sus energías se centraran en un solo objetivo.

Entre los personajes que formaban el séquito del duque Villagro se veía el rostro siniestro de Zarono, el bucanero, y también una figura encapuchada, que algunos se dieron cuenta de que era la de Menkhara, el sacerdote de Set. Este hombre era conocido como uno de los moscones que siempre rodeaban al duque.

Ferdrugo siguió leyendo con voz monótona, pero estaba a punto de terminar. Todos los presentes se quedaron helados de asombro cuando oyeron las débiles palabras del rey:

—Y así, por todo cuanto antecede y ante todos los presentes, Nos, Ferdrugo de Zíngara, renunciamos al trono en favor de Nuestra hija y heredera, la princesa Chabela, y la unimos en ausencia a su prometido y vuestro nuevo rey Toth-Amon de Estigia. ¡Vivan los reyes! ¡Vivan Chabela y Toth-Amon, ungidos reina y rey del antiguo e imperecedero reino de Zíngara!

En todo el salón del trono no se veían más que bocas abiertas y ojos desorbitados por la sorpresa.

Pero nadie estaba más asombrado que el duque Villagro. Miró aturdido al anciano rey Ferdrugo, y su rostro palideció hasta adquirir una tonalidad cenicienta. Sus delgados labios se retorcieron, dejando al descubierto su blanca dentadura.

Villagro se volvió, como si fuera a decirle algo a la silenciosa figura que estaba a su lado. El impasible estigio le sonrió, luego apartó la extendida mano del duque y subió los escalones de la plataforma, dispuesto a recibir los aplausos de la multitud. Pero no hubo aplausos… solo un clamor general de asombro y de indignación.

Por encima del murmullo se oyó la voz del rey Ferdrugo:

—¡Arrodíllate, hijo!

El estigio se detuvo ante el rey y apoyó una rodilla sobre la plataforma. Levantó la Corona de la Cobra con ambas manos y la dejó delicadamente sobre el suelo, a su lado.

Ferdrugo dio un paso hacia adelante y se quitó la corona del rey Ramiro, la enseñó a todos los presentes y luego la depositó sobre la cabeza rapada de Toth-Amon.

Lleno de ira por la traición de su aliado, Villagro se llevó una mano a la daga que le colgaba del cinto. Estuvo a punto de dejar de lado toda precaución y de hundir el acero en la espalda del enorme mago arrodillado. Pero de pronto la soltó y clavó los ojos con una terrible intensidad en la Corona de la Cobra, que se encontraba al lado de Toth-Amon. Sabía, o creía saber, algo acerca de sus poderes.

Zarono le había explicado:

—A juzgar por lo que me ha dicho Menkhara y por lo que confesó el mismo Toth-Amon durante el viaje, creo que esa Corona tiene las siguientes cualidades: amplía y multiplica la fuerza mental del ser humano hasta el punto de influir en las mentes de otros hombres. Así Menkhara, que solo es lo que podríamos llamar un mago de mediana categoría, pudo dominar a otra persona, en este caso al rey Ferdrugo. Toth-Amon, que tiene más poder, puede gobernar varias mentes a la vez. Pero el que lleve puesta la Corona, si conoce los métodos adecuados, puede, mediante su fuerza, dominar las mentes de cientos e incluso de miles de hombres. Por ejemplo, puede conducir a un regimiento de soldados a distancia para ser sacrificado cuando él considere conveniente. También gobierna a los animales; es capaz de dar órdenes a un león, a una serpiente venenosa o a cualquier otro animal salvaje para que destruya a un enemigo.

»Nadie puede enfrentarse al poder de la Corona de la Cobra. Su propietario no podrá ser asesinado ni sufrir un atentado, ya que esta puede indicarle en el acto las intenciones de los demás.

»Los mortales como tú y yo, mi señor, siempre estamos a merced de los errores de quienes contratamos para que cumplan nuestras órdenes… como cuando mis marineros dejaron escapar a la princesa. Pero Toth-Amon no teme tales fallos. Cuando da una orden, esta se ejecuta exactamente, incluso a costa de quien la lleva a cabo.

En ese momento, para sellar definitivamente la elevación de Toth-Amon

al trono, Ferdrugo estaba colocando con sus propias manos la corona de Zíngara sobre la cabeza rapada del estigio. Sin embargo, para que pudiera hacerlo, Toth-Amon debía quitarse la Corona de la Cobra. Entonces Villagro vislumbró una oportunidad.

Moviéndose con una rapidez impropia de su edad, el duque echó hacia atrás su capucha de terciopelo y subió corriendo los escalones que conducían a la plataforma. Puesto que Toth-Amon no llevaba puesta la Corona de la Cobra, no se enteró de lo que hacía su antiguo aliado hasta que Ferdrugo ya hubo tomado la Corona y se la colocó sobre la cabeza.

Cuando el duque dio un paso hacia adelante, oyó una aguda exclamación en la que reconoció la voz de Menkhara. Se dio media vuelta y vio que el sacerdote se acercaba a él empuñando una larga daga.

En cuanto la Corona de la Cobra tocó sus rizados y teñidos cabellos, el duque Villagro experimentó una serie de extrañas sensaciones que invadieron todo su ser. Tuvo la impresión de que, aun en plena confusión, acudían a su mente con absoluta claridad todos los pensamientos de los hombres presentes en la ceremonia. Puesto que no era mago, Villagro no podía clasificar ni entender esos pensamientos.

Al acercarse Menkhara, el duque, desesperado, centró su atención en el sacerdote, hacia el que extendió una mano con un ademán que suponía propio de un mago. Luego se concentró e hizo un gran esfuerzo para «ver» caer hacia atrás a Menkhara como derribado por un golpe terrible.

En efecto, así sucedió. Menkhara se detuvo y, acto seguido, cayó hacia atrás como bajo los efectos de un terrible golpe. La daga produjo un ruido metálico al chocar contra el suelo.

Entonces se oyó un rugido leonino y Villagro se volvió. Era Toth-Amon, que acababa de ponerse en pie.

—¡Perro, morirás por esto! —gritó el estigio en lengua zingaria, con acento gutural.

—¡Muere tú! —exclamó Villagro, con una mano extendida en

dirección al estigio.

No era fácil vencer al poderoso hechicero aun con la ayuda de la Corona de la Cobra, porque el duque no sabía cómo emplearla. Los dos hombres se enfrentaron por un instante en una tremenda lucha de fuerzas. El poder de Villagro sobre las mentes ajenas casi igualaba los poderes de Toth-Amon, el mago más extraordinario de la época, sin la Corona. Los dos se miraron intensamente, pero ninguno cedió.

Los nobles y funcionarios contemplaban la escena, atónitos. Había entre ellos muchos hombres valientes que hubieran tomado parte en la disputa por el bien de Zíngara, pero en ese instante caótico, ¿quién podía distinguir cuál de los tres representaba la sensatez? Un rey reducido a la imbecilidad, un hechicero de aspecto siniestro y un duque depravado y sin escrúpulos… ¿quién tenía razón?

Villagro oyó unas palabras mágicas a sus espaldas pronunciadas por Menkhara. Sintió que su fuerza mental se debilitaba. Toth-Amon crecía ante sus ojos en estatura y poder…

Entonces estalló un clamor que sacudió el salón del trono. Los ojos de los presentes buscaron el origen de aquel ruido súbito. De una puerta que había en un balcón situado encima de la habitación surgió un numeroso grupo de marineros rudos y fuertes. A la cabeza iba un bronceado gigante de melena desordenada y fogosos ojos azules. En su enorme mano llevaba un machete de ancha hoja de acero.

Zarono profirió una exclamación de asombro:

—¡Conan! ¡Por todos los dioses y diablos… aquí!

El bucanero palideció al ver aparecer tan repentinamente al corpulento bárbaro. A continuación hizo una mueca de desafío, los ojos se le llenaron de ira y desenvainó la espada.

La interrupción también distrajo a Toth-Amon, que movió su cabeza coronada para mirar a Conan. Si hubiera llevado la Corona de la Cobra, sin duda se habría enterado con antelación de la llegada del cimmerio y sus hombres.

Después de echar una rápida mirada a los intrusos, Villagro centró nuevamente su atención en

Toth-Amon
. Sabía que el estigio era su enemigo más peligroso en ese momento. Si podía vencerlo, aun sin saber cómo usar la Corona, ya encontraría algún medio para desembarazarse de Conan. Pero si centraba toda su atención en este,
Toth-Amon
lo eliminaría como si fuera un insecto.

Conan avanzó hacia la parte superior de la escalera y levantó los brazos para llamar la atención de todos los presentes.

—¡Señores de Zíngara! —bramó—. ¡Vuestro rey ha caído en las garras de la magia negra y de una vil traición!

Conan guardó silencio y señaló con una mano hacia la silenciosa figura del estigio. Luego agregó:

—¡Ese no es ningún príncipe de Estigia, sino un asqueroso servidor del infierno! Un hechicero de las profundidades de Estigia que ha venido a robar el trono de Zíngara a su casa real. ¡Ningún perro más villano que
Toth-Amon
ha ensuciado la faz de la Tierra! La mente de vuestro rey ha quedado anulada mediante algún truco de magia, y no sabe lo que dice. Solo repite las palabras que le dicta ese maldito usurpador.

Hubo una cierta agitación entre los presentes. Algunos creían lo que decía Conan, y otros no. Un obeso noble gritó:

—¿Qué locura es esta? ¿Cómo se atreve este pirata salvaje a entrar en el palacio durante una ceremonia sagrada empuñando una espada y diciendo estupideces…? ¡Guardianes, detened a esos bandidos!

—¡Observad al rey, y veréis que digo la verdad! —bramó Conan.

Ferdrugo, que se encontraba junto al trono, pálido y replegado sobre sí mismo, se mesó la barba y exclamó:

—¿Qué… está sucediendo aquí, señores?

Su mirada aterrada recorrió todos los rostros y luego, al contemplar el documento que sostenía en una mano dijo:

—¿Qué es esto? ¿Lo estaba leyendo? No tiene sentido.

Era evidente que el rey Ferdrugo no reconocía la proclama que acababa de leer hacía unos momentos.
Toth-Amon
, distraído por su lucha con Villagro y por la aparición de Conan,

había abandonado su dominio mental sobre Ferdrugo. En ese momento centraba sus poderes en el duque.

Cuando Toth-Amon se volvió hacia Conan, Villagro empleó los poderes que le otorgaba la Corona de la Cobra sobre el estigio. Toth-Amon se tambaleó bajo el impacto y casi se cayó; luego se apoyó en uno de los brazos del trono. La corona zingaria, demasiado pequeña para su cabeza, cayó sobre la plataforma de mármol con un ruido metálico.

Entonces se recuperó. Realizando un poderoso esfuerzo, miró hipnóticamente a Villagro, al tiempo que ordenaba.

—¡Dame la Corona de la Cobra, estúpido!

—¡Nunca! —exclamó Villagro.

El duque sintió que la fuerza mental que se le oponía iba en aumento. También notó que la potencia mental de Menkhara, que se encontraba detrás de él, se unía a la de Toth-Amon. El sacerdote de Set había corrido en ayuda de su maestro. Una vez más, Villagro se debilitó y sus defensas se derrumbaron.

Todos los ojos se volvieron hacia donde se encontraban Conan y sus bucaneros, en lo alto de la escalera. El ambiente estaba cargado de electricidad. Era uno de esos momentos en los que el destino de las naciones se mantiene en equilibrio sobre el filo de un cuchillo, cuando una sola palabra, una mirada o un gesto pueden cambiar la corriente de los acontecimientos y derrumbar imperios.

Entonces, en medio de ese silencio, se pronunció la palabra. Junto a Conan apareció la figura de una joven. Tenía un cuerpo hermoso, piel aceitunada y ojos muy oscuros Sus cabellos eran negros como la noche. Aunque su esbelto cuerpo estaba cubierto con ropas de marinero, los señores de Zíngara la reconocieron enseguida.

—¡La princesa! —exclamó un barón.

—¿Qué? ¿Chabela? —murmuró el anciano rey mirando nerviosamente a su alrededor.

Finalmente comprendió que era ella. Pero antes que comenzara a hacer preguntas, la muchacha dijo:

—¡Nobles de Zíngara, el capitán Conan dice la verdad! Ese estigio de corazón negro ha atrapado a mi padre en su magia

infernal. Conan me rescató del hechicero y hemos regresado a Kordava para impedir su usurpación. ¡Derribadlo, guardias!

El capitán de la guardia real dio una orden a sus hombres y desenvainó la espada. Luego avanzó a la cabeza de sus hombres.

Conan y nueve marineros más bajaron corriendo por la escalera con los machetes de abordaje en la mano. Chabela permaneció en lo alto de la escalera con Ninus, el sacerdote de Mitra. El hombre se puso de rodillas y su voz se elevó en una plegaria:

—¡Oh, señor Mitra, gran príncipe de la luz! Ayúdanos en esta hora aciaga contra el oscuro poder de Set. ¡En el divino nombre de Sraosha y por el imperecedero Zurván, señor del tiempo infinito, te lo rogamos! Destrúyelo con tu fuego sagrado para que la vieja Serpiente caiga desde lo alto.

Tal vez Toth-Amon se debilitó a causa de sus titánicos esfuerzos mentales, o el dominio de Villagro sobre la Corona de la Cobra se hizo más fuerte con la práctica; tal vez Mitra medió en la lucha, pero lo cierto es que Toth-Amon palideció y se replegó sobre sí mismo. Su aspecto era frágil. Luego dio un paso atrás. Villagro abrió la boca para lanzar un grito de triunfo.

Pero antes que sucediera tal cosa, Toth-Amon jugó su última carta. Extendió su largo dedo índice hacia el duque de Kordava. Un extraño fulgor de color verde jade surgió alrededor del dedo hasta convertirse en un rayo de luz esmeralda.

El rayo tocó la cabeza del duque y la corona incrustada de diamantes que llevaba en la cabeza, iluminándola con una terrible luz verde. Entonces el oro de la Corona se tiñó de rojo.

Villagro gritó con desesperación y retrocedió, tocándose la cabeza como si quisiera quitarse la Corona. Al incendiarse sus teñidos cabellos, se produjo un humo negro que ascendió hacia la cúpula.

El salón quedó inundado por una cegadora luz azulada y se vio un relámpago de furioso resplandor.

Una de las ventanas saltó hecha añicos, y una fina lluvia entró en la habitación. A algunos de los presentes, cegados por el resplandor y ensordecidos por el trueno que resonó a continuación, les pareció que un tentáculo verdoso se filtraba por la ventana rota

y golpeaba al duque de Kordava como si fuera un látigo cósmico.

Villagro cayó de bruces al suelo. La Corona de la Cobra rodó sobre el suelo de mármol. El cuerpo de Villagro se había calcinado, tenía los cabellos quemados y la piel que le rodeaba el cráneo se puso negra allí donde había estado apoyada la Corona.

Así acabaron los ambiciosos sueños del duque Villagro que, insatisfecho con su corona ducal, había ansiado la de los reyes, y murió a causa de tales sueños.

20. Sangre roja y acero frío

Por un momento, el insólito espectáculo dejó atónitas a todas las personas que habían en el salón.
Toth-Amon
fue el primero en reponerse.

—¡Menkhara! ¡Zarono! —bramó—. ¡Venid aquí!

Cuando el sacerdote de Set y el bucanero se acercaron, este último con una daga en la mano, el hechicero estigio dijo:

—Reunid a vuestros hombres y a los partidarios de Villagro. ¡Atacad duro y rápido! ¡Si no lo hacéis así, responderéis con vuestras cabezas! Con ese Conan al lado del rey, no tendréis ocasión de hacer las paces con el antiguo régimen.

—¿Dónde está tu magia? —preguntó Zarono—. ¿Por qué no aniquilas a nuestros enemigos con un gesto de tu mano?

—Haré lo que pueda. Pero también la magia tiene sus límites. Y ahora, ¡a las armas!

—Tienes razón —dijo Zarono girando sobre sus talones—. ¡Caballeros, el duque ha muerto, viva el príncipe de Estigia! ¡Si vuestras espadas lo colocan en el trono, todos seremos señores! ¡A mí!

—¡A mí todos los zingarios leales! —rugió Conan—. ¡Atacad en nombre de vuestro rey y de vuestra princesa, y salvad a Zíngara del gobierno de ese estigio salido de los infiernos!

Hubo un movimiento general cuando se formaron los dos bandos. La mayoría de los partidarios de Villagro corrieron hacia Zarono, mientras que casi todos los nobles y funcionarios rodearon a Conan y a sus marineros. Algunos, sin saber qué partido tomar, salieron del salón.

Enseguida se vio que el grupo más grande era el de Zarono. Mientras que algunos guardias del palacio se unían a Conan, un

gran número de soldados de Villagro se pusieron del lado de Zarono.

Todos los soldados llevaban media armadura, lo que les daba ventaja.

—¡Somos más que vosotros! —gritó Toth-Amon desde la plataforma—. ¡Rendíos y os perdonaremos la vida!

Conan respondió con un ademán muy poco cortés, indicándole lo que podía hacer con su propuesta.

—¡Las espadas por Toth-Amon, rey de Zíngara! —gritó Zarono lanzándose sobre el primer hombre del grupo de Conan.

Se oyó el ruido de las espadas, y los dos grupos se mezclaron en terrible confusión. En el salón del trono resonaban los juramentos y las maldiciones de la gente, que luchaba cual fieras. Los hombres caían empapados en su propia sangre. Al cabo de un rato comenzaron a oírse alaridos de dolor y lamentos de agonía.

Conan sonrió siniestramente, y su blanca dentadura brilló en su bronceado rostro lleno de cicatrices.

Aunque los años le habían enseñado prudencia y responsabilidad, bajo su capa de madurez aún alentaba el bárbaro que disfrutaba con la batalla. Y aquella era una de las peleas más gloriosas que había tenido en mucho tiempo.

Saltó desde la escalera y cayó sobre la primera fila de enemigos. Los talones de sus botas se clavaron con tanta fuerza en la espalda de un hombre que le fracturaron la espina dorsal. Luego, con otro salto felino, Conan le dio un violento puntapié en el vientre a otro hombre, y acto seguido hundió el machete en las costillas de un individuo que trataba de ayudar a su compañero caído.

Siguió moviéndose como una pantera acorralada, a pesar de su corpulencia. Derribaba a los hombres de Zarono como si fueran espigas de trigo maduro. Sobresalía por encima de los zingarios, que eran gente de baja estatura. Las espadas ligeras con que intentaban parar los golpes de su enorme machete sonaban bajo el impacto, y los hombres caían a sus pies. Detrás de él avanzaban sus bucaneros haciendo estragos con sus machetes.

La mayor parte de los zingarios de ambos bandos eran hábiles en la esgrima, ya que el manejo de la espada se había convertido en un arte en Zíngara. Pero Conan, aunque nacido y criado como un bárbaro, tenía la experiencia de toda una vida de lucha, y había

practicado el combate con arma blanca hasta alcanzar insospechados extremos de destreza. Por otro lado, mientras invernaba en Kordava, se había preocupado de tomar lecciones de esgrima con los mejores maestros de la ciudad, sobre todo con el gran maestro Valerio, cuya fama había traspasado las fronteras.

Por ello, los jóvenes nobles partidarios de Villagro recibieron una sorpresa cuando se abalanzaron sobre Conan, esperando atravesarlo como si fuera un animal en el matadero. A pesar de su tamaño y del peso de su machete, esquivó con toda facilidad los ataques. Contraatacó con los más sutiles golpes de esgrima y fue dejando a un hombre tras otro en el suelo, muertos o gravemente heridos. Los nobles retrocedieron sorprendidos ante aquel asombroso gigante que luchaba como un tigre enfurecido.

Entonces, una alta y esbelta figura vestida de terciopelo negro se abrió paso entre los combatientes.

Zarono se enfrentó a Conan. El cimmerio sangraba por varias heridas pequeñas, pero aún manejaba su sable con la misma ligereza que al comienzo de la batalla.

Zarono no era un cobarde, sino más bien un luchador duro y cruel. Nadie había puesto en duda su valor. Por otro lado, era un hombre inteligente y calculador en la batalla, y sabía aprovechar toda ventaja, por muy pequeña que fuera. De haberlo pensado mejor, probablemente no se hubiera enfrentado a Conan personalmente. Pero el gigantesco cimmerio le había dejado mal muchas veces y por ello lo odiaba con todas sus fuerzas. Tampoco le perdonaba que hubiera sido la causa de la caída de Villagro y de su precaria situación actual. Ansiaba vengarse desde aquella escaramuza habida en el Nueve Espadas, cuando el puño de Conan casi le arrancó la cabeza de cuajo.

Zarono no se hacía ilusiones acerca de la gratitud que podía esperar de
Toth-Amon
si este llegaba a ocupar el trono de Zíngara. Sin duda alguna, todos los cargos importantes irían a parar a manos de los sacerdotes de Set. Pero
Toth-Amon
le concedería a Zarono algún empleo que le permitiría sobrevivir.

Si vencían los partidarios de la vieja dinastía, Zarono solo podía

esperar el hacha del verdugo.

La espada de Zarono, de hoja más ancha y pesada que la que manejaban sus partidarios, chocó con el alfanje de Conan. Zarono hizo una finta y Conan lo esquivó, a la vez que le asestó un golpe en la cabeza. Zarono se inclinó, y el alfanje del cimmerio arrancó una nube de chispas a su espada.

Alrededor de ambos combatientes continuaba la batalla. Habían caído tantos hombres que el salón se convirtió en un río de sangre. Comenzó a notarse la superioridad de los hombres de Zarono. Los leales a la dinastía quedaron separados en dos grupos y fueron retrocediendo, uno hacia el pie de la escalera y el otro hacia un rincón, con el anciano rey en medio.

Pero Conan y Zarono continuaban luchando. Zarono comenzó a darse cuenta de que el ansia de combatir contra su odiado enemigo había sido un error, pues aunque su habilidad con la espada igualaba la de Conan, no tenía la misma fuerza que el cimmerio. Comenzaba a cansarse, pero la furia y el rencor lo mantenían en pie. Mataría al bárbaro o moriría en el intento.

Mientras tanto Toth-Amon, imperturbable como siempre, bajó de la plataforma. Evitando a los grupos de combatientes, caminó tranquilamente sobre el suelo cubierto de sangre y lleno de cadáveres, hasta donde se hallaba la Corona de la Cobra, olvidada sobre el mármol. El hechicero pasó varias veces junto a los hombres de Conan, pero ninguno de ellos lo atacó. Parecía que el mago se hubiera vuelto invisible para ellos.

Lo cierto era que, aunque los hombres lo veían claramente, el hechicero empleaba sus poderes mentales para privarlos de toda voluntad de hacerle daño. Estaba tan ocupado en proteger físicamente su persona que no prestó atención al dominio de las mentes de Conan y de otros jefes de la oposición.

Tampoco podía llevar a cabo una gran taumaturgia sin sus utensilios mágicos y sin disfrutar de la tranquilidad y la soledad necesarias para su tarea. Por otro lado, después de haber descargado su rayo verde, no podría volver a usarlo en varias horas.

Toth-Amon pasó con absoluta indiferencia junto al cuerpo de Menkhara, muerto por una mano desconocida. Al llegar a donde estaba la Corona, el estigio se inclinó y la recogió del suelo. Todavía estaba caliente, pero

Toth-Amon
la asió firmemente, sin sentir el menor dolor. Le dio la vuelta, la examinó mejor y a continuación la arrojó a un lado con una maldición, como el que se deshace de algo que ya no sirve para nada.

En ese momento se oyeron unos gritos. El resto de la tripulación de Conan, con Zeltran y Sigurd a la cabeza, descendía por la escalera empuñando picas y alfanjes. Cuando Conan partió con Ninus en dirección al palacio, envió a Sigurd a bordo con instrucciones para que los demás marineros del *Holgazán* lo siguieran y entraran en el palacio por el túnel secreto que conocía Ninus.

La llegada de refuerzos cambió inmediatamente el curso de la batalla. Los leales que se hallaban arrinconados al pie de la escalera avanzaron nuevamente. Ante el ataque, el frente del grupo estigio se derrumbó. Conan y Zarono se vieron arrastrado por la marea humana, que los separó en un abrir y cerrar de ojos.

Sin resignarse a abandonar la lucha, Zarono comenzó a abrirse paso entre los combatientes, haciendo tremendos esfuerzos por sostenerse en pie. Entonces sintió que una mano le oprimía con fuerza el brazo que sostenía la espada. Trató de deshacerse de la presión, pero se dio cuenta de que se trataba de
Toth-Amon
.

—Es hora de abandonar todo esto —dijo el hechicero—. La Corona ya no sirve para nada. Está quemada.

—¡Suéltame! —exclamó Zarono—. ¡Todavía nos queda una oportunidad, que aprovecharé para matar a ese cerdo!

—Los dioses han ordenado que esta vez gane Conan.

—¿Cómo lo sabes?

Toth-Amon se encogió de hombros.

—Sé muchas cosas. Yo me voy. Tú puedes quedarte o seguirme; como quieras.

El estigio se dio media vuelta y se dirigió a la salida. Zarono lo siguió de mala gana.

—¡Un momento! —bramó la voz de Conan—. ¡Perros, no os iréis de aquí tan fácilmente!

Conan saltó entre una verdadera maraña de combatientes y

corrió hacia la pareja que huía. Al gigantesco cimmerio le brotaba sangre por varias heridas pequeñas.

Toth-Amon enarcó una ceja.

—Comienzas a molestarme, bárbaro —dijo.

Acto seguido, el estigio extendió una mano, señalando un tapiz que colgaba entre dos estrechas ventanas. En el dedo índice llevaba un enorme anillo de cobre en forma de serpiente enroscada. Luego murmuró:

—*¡Nogok ga nafayakfangug! ¡Go niek!*

El tapiz cobró vida al instante. Se retorció violentamente y se desprendió del muro, haciendo un tremendo ruido. Luego cayó sobre las cabezas de los combatientes como si fuera un gigantesco murciélago, cubriendo por completo a Conan entre sus pliegues.

—¡Ahora apresúrate, si no quieres perder la cabeza! —le aconsejó
Toth-Amon
a Zarono.

Un segundo más tarde, cuando Conan logró desembarazarse del pesado tapiz,
Toth-Amon
y Zarono ya habían desaparecido. Miró a su alrededor y vio que los partidarios del estigio, al sentirse abandonados por su jefe, se estaban rindiendo.

Conan corrió hacia la puerta con el alfanje en la mano, atravesó el vestíbulo y finalmente alcanzó la entrada principal. Pero solo oyó el sonido de los cascos de los caballos que se perdían a lo lejos.

La fresca brisa del amanecer les dio en la cara. Arrastraba consigo un suave aroma a salitre, y tensó las velas del *Holgazán* cuando el buque abandonó el puerto de Kordava rumbo a alta mar.

En la cubierta principal, con la melena desordenada y recién afeitado, vistiendo ropas limpias de la cabeza a los pies, Conan llenó los pulmones de aire y luego exhaló un profundo suspiro de satisfacción. ¡Ya estaba más que harto de toda aquella apestosa magia y de pelear contra sombras insustanciales!

Con un barco resistente, una buena tripulación de hombres recios y audaces, una espada colgando del cinto y un tesoro que

conquistar, se sentiría el hombre más feliz de la Tierra.

—¡Por Ishtar, amigo! Todavía sigo creyendo que estás loco —dijo el pelirrojo Sigurd con un gruñido.

—¿Por qué? ¿Porque no me casé con Chabela? —preguntó Conan con una sonrisa.

El hombre del norte asintió con un movimiento de cabeza.

—Es una mujer magnífica que te daría hijos fuertes. Además, el trono de Zíngara sería tuyo con solo pedirlo. Después de todo lo ocurrido, seguramente el rey Ferdrugo no durará mucho. Entonces, esa muchacha heredará la corona y el reino, ¡todo!

—Gracias, pero no tengo la menor intención de convertirme en rey consorte —repuso Conan—. Me cansé de esa misma vida en Gamburu, aunque allí no tenía más remedio que soportarla. Y Nzinga era una mujer sensual y magnífica en todos los sentidos, y no una joven romántica y tonta, a la que doblo en edad. Además, Ferdrugo puede durar más de lo que piensas. Ahora que no es víctima de las brujerías del estigio, parece tener diez años menos y lleva sus asuntos con mucha cordura. Lo primero que hizo fue anular la proclama mediante la cual abdicaba y casaba a su hija con Toth-Amon

.

Conan se detuvo y miró hacia el horizonte, pensativo. Sigurd no dijo nada. El gigantesco cimmerio continuó al cabo de un rato:

—En cuanto a Chabela, te diré que me gusta. Incluso la quiero, paternalmente. Entre tú y yo, podría haber aceptado su oferta de no haberme dado cuenta a tiempo de cuál sería mi futuro.

—¿Tu futuro?

—Ocurrió cuando me curaban las heridas en los días que siguieron a la batalla. Comí y cené varias veces con el rey y su hija. Chabela me llenó la cabeza de cosas y de proyectos para convertirme, según decía, en alguien importante. Manifestó repetidas veces que yo debía cambiar mi forma de hablar, mis modales y mis ideas acerca de la diversión. Tendría que convertirme en el perfecto caballero zingario que se pasa un pañuelo perfumado bajo la nariz mientras contempla la actuación del *ballet* real.

Hubo otra pausa y Conan sonrió, pensativo. Miró al pelirrojo marinero y le dio una afectuosa palmada en el hombro mientras

agregaba:

—No, amigo Sigurd. Tal vez no sea tan sabio como Godrigo, el filósofo del rey, pero al menos sé lo que quiero. Algún día me ganaré un trono a pulso, si así lo desea Crom, pero lo ganaré con la espada y no como regalo de bodas. Por otro lado, Ferdrugo se ha portado muy bien conmigo. Me regaló la Corona de la Cobra, que luego vendí a Julio, el orfebre. Con el dinero me compré el nuevo aparejo y el nuevo equipo para los muchachos. ¡Aquí me tienes; aún no he cumplido los cuarenta y ya me estoy convirtiendo en un hombre prudente! Como siempre, no tengo dinero, de manera que será mejor que me siga dedicando al oficio de bucanero antes que sea demasiado tarde.

Sigurd sonrió, asintió con la cabeza y musitó:

—De acuerdo, capitán.

—Eso de ahorrar dinero o de tener reinos no es una tarea adecuada para bribones honrados como nosotros —concluyó Conan —. Estoy seguro de que hay muchos barcos mercantes cargados saliendo de Argos y de Shem. Olvida tus ideas acerca de casarme con una joven maravillosa, y pensemos en los negocios. Vamos a consultar los mapas que hay en mi camarote.

A continuación, Conan levantó la voz y exclamó:

—¡Segundo Zeltran! Ven a mi camarote cuando puedas.

Y se alejó a grandes zancadas. Durante un momento, el pelirrojo marinero se lo quedó mirando con la boca abierta. Luego levantó las manos con un gesto de desesperación y siguió a su capitán.

—¡Por las barbas verdes de Llyr y por el martillo de Thor! —exclamó—. ¡No se puede discutir con un cimmerio!

El aparejo crujió alegremente, la proa del barco cortó las aguas con firmeza y las gaviotas chillaron cuando el *Holgazán* puso rumbo al sur, llevando a Conan hacia nuevas aventuras.



ROBERT E. HOWARD (Peaster, Estados Unidos, 1906 - Cross Plains, 1936). Escritor estadounidense de aventuras históricas y fantásticas, publicadas principalmente en la revista *Weird Tales* en los años 1930. Se le considera como uno de los padres del subgénero conocido como «espada y brujería» y es mundialmente conocido por ser el creador de afamados personajes populares como Conan el Bárbaro, Kull de Atlantis y Solomon Kane. Es, junto con
J. R. R. Tolkien
, uno de los escritores más influyentes de la fantasía heroica moderna.

Hijo de Isaac Mordecai Howard y Hester Jane Ervin Howard. Su familia vivió en varios lugares del sur, este y oeste de Texas, además del oeste de Oklahoma, antes de asentarse en pleno centro del estado, en Cross Plains (1919). Muy enfermizo, se transformó en adicto al gimnasio y llegó a ser un joven fornido y apuesto, pero solitario, introvertido y huraño, de forma que apenas tuvo amigos, salvo los epistolares que hizo entre los escritores del círculo de Howard P. Lovecraft, autor con quien empezó a cartearse en 1924. Los temas que le interesaban eran, sobre todo, los conflictos entre civilización y barbarie (con una preferencia nietzscheana por esta última), las teorías geológicas e históricas, la decadencia de las

razas y la eugenesia. Desde 1923 empezó a sentir fuertes depresiones y tuvo varios intentos de suicidio. Su madre, que se llevaba muy mal con su padre, fue con él sobreprotectora y la relación entre ellos se hizo tan estrecha que, cuando su madre quedó en coma irreversible, el escritor, a sus treinta años, prefirió suicidarse de un tiro.

Consagraba su tiempo a la lectura de libros de historia y llegó a acumular una erudición notable; empezó a escribir con quince años y a los dieciocho vendió su primer relato, *La lanza y la espada* (diciembre de 1932), a la revista de ficción popular y papel barato (*pulp*) *Weird Tales*, lugar donde se publicó la mayor parte de su obra. En 1934 ya era el principal autor de la revista, en diez de cuyos doce números publicó, llevándose la portada en cuatro ocasiones; con este éxito se echó una novia, Novalyne Price, una maestra de Cross Plains, a pesar de la oposición de sus padres y empezó a hacer más realistas sus historias; pero en 1935 su novia le dejó por uno de sus escasos amigos y el editor de *Weird Tales*, que le debía 800 dólares, rechazó uno de sus relatos; su madre enfermó de tuberculosis y empezaron los problemas económicos no solo para él, sino para todo el país, postrado en medio de la Gran Depresión; entonces escribió el que consideraba su mejor relato, *Clavos rojos*, donde la barbarie desaparece y la civilización se destruye a sí misma en un relato protagonizado por Conan, a quien se disputan la pirata Valeria y la bruja Tascela en medio de una guerra civil que enfrenta a dos hermanos, presunta alegoría de la relación entre Howard, Novalyne Price, el amigo traidor y los padres del escritor. La crítica coincide en considerar este relato y *Más allá del río Negro* como las mejores historias de Conan.

En estas revistas *pulp*, de precio asequible, Howard creó una pléyade de héroes de la narrativa de ficción, casi siempre bárbaros que llegaban a ser reyes como Kull de Atlantis o Conan el Cimmerio; Solomon Kane, un puritano inglés armado con un talismán vudú; aventureros pictos y celtas en la Britania romana; el boxeador Steve Costigan; novelas del oeste estadounidense y un sinfín de géneros, incluido el erótico, que lo avergonzaba. El espacio en que se mueven estos personajes en realidad es un trasunto de las tierras fronterizas de Texas.

Su personaje más importante fue Conan, que el público descubrió en el relato *El fénix en la espada*, publicado por primera vez en diciembre de 1932. Fue probablemente para este personaje para quien Howard escribió sus mejores páginas.

Howard coincidió con otros autores de la época como Lovecraft (quien le otorgaría el apelativo amistoso de *Bob Two-Gun*, «Bob Dos Pistolas», en alusión a su origen texano) y Clark Ashton Smith, que influyeron de alguna manera en su obra en lo que vino en llamarse el «Círculo de Lovecraft». Así, los protagonistas de algunos relatos de Howard llegan a encontrarse con las criaturas ideadas por Lovecraft y viceversa.

El 11 de junio de 1936, hacia las ocho de la mañana, después de que su madre entrara en coma debido a la tuberculosis, Howard se sentó en la parte delantera de su coche y se disparó en la cabeza con un Colt del calibre 38. Murió a las cuatro de ese mismo día y su madre falleció al día siguiente. Compartieron funeral el 14 de junio y ambos fueron enterrados en el cementerio de Greenleaf en Brownwood.

Notas

[1] Véase «*La ciudad de las calaveras*» en Conan, núm. 1 de esta misma colección. (N. del E.) <<